



POLVO ROSA  
Yamid Zuluaga

© Yamid Zuluaga Quintero, 2014.

*“Cuando agua y fuego se encuentran irrumpe un deseo por lo autentico. Se enciende una pasión transparente que determina el futuro de esta historia para dos”*

*Oriana Godoy*

## 1. Ahí viene de nuevo

(Sergio)

Ahí viene de nuevo y debo llevarme una mano al pecho para comprobar que sigo latiendo y la otra al pantalón para que la sudadera no se levante con mi erección.

Debo confesar que cada vez que lo veo mi corazón se detiene, mis pulmones dejan de respirar, mis ojos dejan de pestañear, todo mi mundo se paraliza cuando sale sudado de su clase, con el cabello mojado y esos flecos que se pegan a su frente por la humedad y se cruza conmigo en la salita de espera, ignorándome de la manera más encantadora entre todos los que alguna vez me han ignorado.

Quisiera poder decirle que lo amo. Es probable que no le importe mi sentimiento de amor profundo que se extiende mucho más allá de mí realidad. De hecho creo que ni si quiera debe saber quién soy. Eso ya no importa tanto. Solo me bastan los 20 segundos que tengo a su lado antes de entrar a la siguiente clase. Siempre llega con su botella de agua y se sienta en la mesa al otro extremo de la salita.

Cuando está en mi espacio visual, de repente mi cara empieza a actuar sin el permiso explícito de mí mente.



Mis mejillas se sonrojan y mis ojos se pierden en la calidez de su piel. Es como si mi cuerpo se volviera una caja en la que estoy encerrado y me impide salir e ir a abrazarlo. A decirle que lo amo.

Ayer almorzó una ensalada de atún. Eso es genial porque curiosamente a mí me encanta el atún, para él puede que sea irrelevante pero para mí es la comunión de un destino cósmico que nos concedió el mismo placer gastronómico. Abrió su porta comida y desde ese instante caí en el estado de idiotez absoluta captando cada uno de sus movimientos. Solo reaccioné tiempo después cuando el amor que le tengo no me dejó escuchar lo que pasaba a mí alrededor y Rocío hizo que un libro aterrizara con toda la fuerza de esos brazos de bailarina en mi cabeza.

- ¡Deja de babear que vas a inundar toda la escuela!  
-me dijo.

No me importaría inundar toda la escuela. Rocío no entiende lo que se siente. Estoy enamorado, completamente atrapado por sus ojos azules que en las tres veces que me han visto de frente me han derretido al instante.

Rocío ha tenido mucha más suerte que yo, debe ser porque es mujer y las vaginas tienen algún tipo de imán para atraer cosas buenas. Ella habló con él en un par de ocasiones. En la clase de acrobacia hicieron pareja para

aprender a hacer un giro que iría en la coreografía grupal de fin de año. La hice repetir de memoria y con detalles todo lo que él le había dicho.

Él le preguntó que cómo estaba, a lo que ella le respondió que bien. Luego de eso estuvieron discutiendo la mejor forma de agarrarse para que cuando Rocío pusiera sus piernas en 90 grados y él la sujetara para subirla hasta el cielo y lanzarla para que ella girara y cayera en sus brazos, todo resultara exacto y cómodo. Después de eso se tomaron un descanso mientras se reían de la forma en que lo hacían Luisa y Diego. Esos dos eran novios y cada vez que tenían que bailar juntos terminaban rompiendo la relación y odiándose como enemigos jurados eternamente. Ya el coreógrafo había decidido no dejar que hicieran pareja en la pista.

Rocío y él volvieron a practicar el lanzamiento y el giro, cada vez que lo hacían, les salía mejor. Ella era delgada y flexible mientras él había nacido para bailar, mientras tanto, yo, agradecía haber nacido para poder verlo moverse con esa tranquilidad como si fuera el viento quien lo llevara.

Cuando terminó la clase me dijo Rocío que le había dado las gracias por trabajar con él. Pero esa no es la mejor parte. Lo realmente importante de ese momento en el que se estaban despidiendo y Rocío venía hacia mí para irnos a casa juntos, fue cuando él, desde el otro extremo

del salón, la llamó y casi gritando a causa del sonido de la música y las habladurías de los demás bailarines que estaban en salón secándose la frente le dijo lo siguiente:

- Rocío, mañana es la fiesta del fin del verano, si quieres puedes ir, va a ser en mi casa, en Facebook está la dirección-

Hasta ahí todo era perfectamente normal. Eso tampoco es realmente lo me atrapó. Lo sinceramente trascendental es que dos o tal vez tres segundos después, cuando ya estábamos a punto de perder el contacto visual, él me miró a mí, esbozó una media sonrisa y clavó sus ojos en los míos. Era tal como lo esperaba. El tiempo se detuvo. La tierra completa dejó de moverse, cada uno de los átomos de mis células paró por un momento para absorber todo el calor de esa mirada que marcó por completo mi cuerpo y mi alma.

Lo siguiente que vi fue la cara de Rocío. Me dijo que llevábamos dos horas en la enfermería porque me había desmayado.

No lo podía creer, esa era la confirmación que mi amor por él era tan grande que inclusive mi cuerpo no lo podía soportar. No le creo al médico que dijo que estaba deshidratado y por eso me desplomé en medio del salón. Si

esa hubiera sido la causa, pude haberme desmayado en cualquier momento antes o después de esa mirada. Pero no fue así como sucedió. Fue en el segundo exacto en el que nuestros ojos se juntaron en una conexión astral.

Antes de seguir aburriéndolos con dulce y romántica historia de amor eterno me voy a presentar para que no crean que soy un acosador desquiciado. Me llamo Sergio. Estudio baile en la academia de danza y expresión Eva Tarabini. Tengo 17 años y estoy enamorado del hombre más hermoso que jamás ha nacido. Él se llama Marcos casi como Marco el amante del Cleopatra y por el que murió. Él toma clases de Hip Hop y zamba. Yo por mi parte bailo salsa y flamenco. Los dos compartimos algunas clases de ballet clásico y jazz lírico.

Marcos es como el hijo del más bello rayo de sol que haya atravesado la atmósfera de la tierra para llenar del más incomplexo aroma, las porciones de oxígeno que mi cuerpo inhala cada segundo. En esos ojos azules se esconde el secreto de la felicidad, en su cuerpo tallado reside la mayor forma de perfección. Su cabello largo y liso hace que mi tímida realidad se transforme en un cauce que conduce pasión a cada tejido de mi cuerpo, su piel blanca, su altura, sus cejas, sus ojos son el universo, el principio y el fin de todo lo que conozco y lo que quiero conocer.

Volvamos a lo que venía contando. En la enfermería,

con un suero inyectado a mi brazo como si estuviera conectado a la Matrix, Rocío me dijo que antes de desmayarme, Marco me había invitado también a la fiesta del fin del verano. Como ya era costumbre, la hice repetir palabra por palabra lo que había dicho y que yo no había escuchado por estar ocupado en mí proceso de pérdida de razón y de humillación pública.

Las palabras exactas mientras me mataba con su mirada escandalosa (según Rocío) habían sido:

-Hey, si también quieres ir a la fiesta, eres bienvenido-

Yo no lo alcancé a escuchar, ya mi mente estaba en el trance que luego me llevaría a la inconsciencia. Sin embargo era lo mejor que había escuchado en todo el año, me imaginaba una y otra vez de qué forma habían salido las palabras de su dulce boca.

Duramos como una hora y media esperando a que se terminara la última gota de suero entrar a mí organismo. Para ese punto ya me sentía más alimentado que en dos navidades en casa de mi abuela con todas esas tortas de dulces y pollo acompañado de papas al horno. Con ese litro de cosa que entraba por mi brazo podía haber dejado de comer unos cuatro días sin miedo a desnutrirme.

Mi cabeza solo podía estar en un lugar; en el momento

en que volviera a ver a Marcos, en su casa, en medio de la fiesta de fin de verano.

Al principio, tardé un poco en convencer a Rocío de ir a esa casa, ella no estaba muy entusiasmada porque decía que le daba un poco de miedo la gente que iba a estar. A mí la verdad la gente no me importaba nada, estaba acostumbrado a que me trataran mal y esa noche iba a haber una diferencia enorme. Esa noche iba a poder ver sonreír durante largas horas a Marcos. Hasta de pronto, si tenía la suerte, iba a poder saludarlo. Incluso si se daba la oportunidad, me podría tropezar "accidentalmente" y derramar alguna cerveza sobre el solo para tener la excusa de disculparme por mi torpeza y por mi amor eterno.

Ese era el primer año de Marcos en la escuela de baile. Yo al igual que Rocío empezamos a tomar clases hace cuatro años y éramos del grupo más viejo que quedaba. En ese tiempo, solamente enseñaban mambo, salsa y bachata. El grupo se hizo muy popular y empezamos al poco tiempo a viajar a campeonatos y congresos en Brasil, Argentina, Venezuela, Puerto Rico, Estados Unidos y Panamá.

Recuerdo que éramos cinco parejas. Teníamos alrededor de 13 años en ese tiempo. A todos se les fue llevando la vida lejos y aceptaron ofertas para trabajar en compañías de baile en otros países, unos entraron a la universidad

y dejaron de bailar profesionalmente y otros simplemente se aburrieron de las largas sesiones de ensayos.

De esos diez, solo estábamos en la escuela tres; Rocío, que al principio me odiaba y luego nos acercamos en un pacto eterno al ver que estábamos solos contra todos los nuevos y Sebastián, que era parte del cuerpo de profesores porque había decidido aceptar la oferta de ser coreógrafo e instructor de los recién entrados.

El hijo de la señora Tarabini que había estudiado danza contemporánea en Francia volvió al país y se puso al frente de la escuela, en contra de las políticas estrictas de su madre, quiso ampliar la oferta académica y fue cuando comenzó a contratar profesores para estilos urbanos, folclor internacional, algo de jazz, preparación física para bailarines y ballet clásico. Fue entonces cuando este local, que al principio eran dos salones con una recepción y un baño, pasó a ser toda una escuela de tres pisos con pistas de baile, salas de espera, camerinos y un pequeño teatro donde se hacían muestras ocasionalmente a los padres de los niños que tomaban clases.

Lo demás es historia, empezamos a trabajar mucho y ahora éramos tantos estudiantes que difícilmente uno alcanzaba a conocer personalmente a la mitad de ellos.

Recuerdo el día en que Marcos llegó por primera vez. Era la noche anterior a una presentación de salsa y



ritmos caribeños en la discoteca Azúcar en el centro de la ciudad. Era el ensayo más largo y estresante ya que lo que no se corrigiera iba a salir mal. Como de costumbre antes de los espectáculos, el profesor Orlando, al que le decíamos "Caderas locas" o en su diminutivo práctico "Caderas", estaba un poco malhumorado porque según él, no teníamos precisión ni coordinación con las demás parejas y se veía como si todos estuviéramos borrachos saltando en un concierto de David Guetta. Cosa que por cierto me pareció extraña ya que no pensaba que Caderas conociera la música electrónica y mucho menos a los djs, fue desde ese momento cuando me convencí que era gay, aunque todavía no había tenido la oportunidad de comprobarlo.

La gran puerta del salón estaba abierta durante el ensayo porque las paredes no podían contener el enojo de Caderas y debíamos tener todas las rutas de escape disponibles en el caso que explotara. Por la puerta principal entró Marcos, venía en un grupo de cuatro, eran dos hombres y dos mujeres, todos muy emocionados entraron. Antes de anunciarse en la recepción, pasaron derecho y se acomodaron en la sala afuera del salón para poder ver el ensayo que teníamos.

No tuve la oportunidad de detallarlos bien, solo hice un escaneo rápido y seguí bailando. La música estaba muy alta, pero sin importar los decibeles que estuvieran emitiendo los parlantes, los gritos de Caderas se



escuchaban más fuertes. Mucho más fuertes.

-¡Hagan puntas que se ven como payasos!- gritaba mientras estiraba una de sus cortas piernas hacia adelante para mostrar lo que era una buena punta de baile.

-¡Mi abuela baila mejor que ustedes y está en una silla de ruedas! -

-¡Usted!- señalaba con el dedo a alguien ya que en ese estado no se acordaba de ningún nombre- ¡Está atrasado un tiempo, acomódese al resto!-

-Parecen niños de cuatro años... ¡Muevan ese culo como si fueran bailarines de verdad!-

Ya estábamos acostumbrados a los gritos, pero la pequeña audiencia estaba aterrada ante tanto desborde de furia. Al poco tiempo, entró por la puerta una mujer mayor que se reunió con los cuatro espectadores mientras que terminaba la pista y todos los bailarines estábamos increíblemente inestables en una pirámide que izaba a Rocío en la punta.

Rocío se desequilibró y cayó en mis brazos.

-¡Descanso de 5 minutos!- gritó Caderas y todos salimos a tomar agua.

Dejamos que todos salieran primero y nosotros dos íbamos de último en el grupo. Fue en ese momento en que tuve la oportunidad de mirar a los que estaban anonadados sentados afuera. Siempre me ha gustado ver la reacción de la gente cuando estoy bailando. Es como una droga, una forma de decirle a mi ego que todo va por buen camino. Donde hay espectadores encantados con la forma en que bailamos, siempre habrá la oportunidad de sentir admiración y respeto. Aunque también sea una forma algo ofensiva de elevar la autoestima.

Una de las chicas parecía distraída, la otra miraba la forma en que caminaban por el pasillo las bailarinas del grupo que no perdían oportunidad para coquetear con quien fuera, y el siguiente era Marcos. Estaba viendo a Caderas mientras se secaba su cabeza con la toalla y de repente volteó a mirarme de frente cuando yo tenía mis ojos clavados en él.

Fue a lo mejor un solo segundo, ¡no!, qué segundo, fue incluso menos que eso, un micro segundo si es que eso existe. Fue suficiente para dejarme sin poder hablar por los próximos tres minutos, seguí caminando por osmosis y arrastrado por el brazo de Rocío hasta el sofá que estaba junto a la entrada donde solíamos sentarnos a tomar agua mientras se acababa el corto tiempo de receso lejos de la ira de Caderas.

Resultó al final que los cuatro chicos venían a

solicitar una audición para poder entrar al grupo de baile y tomar algunas clases. Las admisiones habían sido muy fáciles al principio pero ahora por el nombre tan importante que ostentaba la academia eran muy exigentes. Cada año decenas de chicos intentaban obtener un puesto en el grupo que contaba con 22 personas, el número de la suerte para algunos. No se admitía ni una persona más ni una menos por alguna extraña razón. Creíamos fervientemente que era algún tipo de cábala para Caderas. Aunque otras leyendas que se manejaban en el mundo de los pasillos decía que era ese el número de amantes de la que había coleccionado la señora Tarabini durante sus viajes a Europa. Por ello solo había puesto para esos y cada vez que alguien abandonaba por alguna razón su puesto, se lesionaba o empezaba a cometer muchas faltas a los ensayos, se hacía un anuncio público y empezaban las pruebas abiertas para todos los que quisieran matar por ese lugar y competir durante todo el año.

Marcos y sus tres amigos venían a inscribirse para solicitar una vacante o pedir encarecidamente que abrieran nuevos puestos. Había dos cupos porque una pareja de bailarines, que casualmente eran novios, por esas cosas de los giros del destino y de los pasos mal jugados de la vida, salieron embarazados y no pudieron continuar. Ella por obvias razones físicas y él, por su parte, tuvo que salirse y empezar a trabajar para poder

darle todo lo que ella necesitaba y cumplir casi al pie de la letra todos los caprichos y antojos que ella demandaba durante los próximos nueve meses. Quizás por el resto de su vida. Era impresionante cómo esa niña estaba tan barrigona, era el doble de su cuerpo lo que llevaba en su vientre. Sus antojos se basaban en comer tomate y cebolla picada con limón, pimienta y salmón. Casi nada caro ni difícil de conseguir de lunes a sábado en horario de supermercados.

Volvamos al tema que nos atañe. Ese día se concretó la fecha y hora para la audición de los cuatro chicos, entre los que estaba Marcos. Era dentro de aproximadamente una semana. Lo divertido de las audiciones era el panel que calificaba a cada uno de los bailarines que estaba compuesto por la propia directora, algunos profesores y los demás integrantes del grupo de baile. No nos dejaban hacer apreciaciones pero debíamos estar ahí sin reír mirando a los del banquillo. Era para los que hacían la prueba, absolutamente aterrador estar parado en esas circunstancias frente a 28 o más personas viendo cada movimiento que haces.

Puntuales estaban faltando quince minutos para las tres esperando a ser llamados como si fueran a hacer parte de algún musical de cine. Los dos primeros hicieron algo que no sorprendió a casi nadie, la primera chica parecía estar cargando costales de papa cuando intentó

hacer una pequeña secuencia de jazz mientras el segundo no paraba de hacer que su labio y sus piernas temblaran, posiblemente eran los nervios, pero no había nada que justificara su falta de concentración.

El que seguía era Marcos, entró tan asustado como los dos anteriores (no le salía bien su esfuerzo por parecer despreocupado), se paró en la mitad y dijo su nombre y respondió a la pregunta que hacía el hijo de la señora Tarabini y que siempre me pareció ridícula: ¿por qué te gusta bailar?... ¿Acaso hay una explicación a eso? puede ser que esperen una respuesta de esas existenciales como: "cuando bailo, siento que mi alma se puede expresar al fin."

Luego del cuestionario bochornoso, empezó a bailar detrás de Rocío aprendiendo los pasos de ballet que ella le indicaba. No era nada difícil, sin embargo teniendo tantos ojos encima era suficiente para tener una muy mala memoria a corto plazo. Se salvó bastante bien, hizo todo relativamente correcto y en un momento, en el que estaba ahí siendo juzgado y a punto de comenzar la rutina de improvisación, me miró tan profundamente que mi alma se desvaneció, era una mirada de ayuda, gritando que le diera apoyo, estaba en medio de un ataque de pánico sin poder ocultarlo de ninguna forma. Solo pude esbozar una sonrisa antes que comenzara el piano, sus pies se movían mientras mi alma a deliraba.

Dos meses después estamos aquí Rocío y yo, a unos metros de la puerta de la casa de Marcos, en su fiesta de fin de verano.

-Sigo pensando que es una mala idea -me dijo Rocío.

-Yo creo que va a ser fabuloso, de todas formas nunca nos habían invitado.

-Claro que no nos invitan porque nos tienen miedo. Toda esa gente cree que soy una bruja y piensa que tú eres el gay más promiscuo e intimidante del planeta.-

-Eso no es cierto, bueno, no lo de ser intimidante, lo de promiscuo tengo mis reservas al respecto. Además dicen que cuando alguien se siente intimidado es porque te admira.-

-Eso es diferente, Sergio. Ayer escuché en uno de los baños que incluso hay apuestas para ver si hoy te follas a Marcos o no.-

- ¡¿Qué?! No sabía, eso, es un insulto, hoy no me voy a follar a nadie, él es el amor de mi vida, es totalmente diferente a los anteriores.-

-Eso dices siempre y resultan ser el amor de tu vida hasta las próximas audiciones, ¿sabías que incluso uno de los de la academia está haciendo una encuesta con todos los que te han besado?-

-Eso si lo sabía, incluso amenacé a algunos para que dijeran cosas buenas. Estoy ansioso por ver los

resultados.-

-Eres el más hipócrita que he conocido en toda mi vida, debe ser por eso que te quiero tanto. Aunque tu fama de puto no ayuda mucho. Solo espero que esto no sea una trampa y resultemos siendo víctimas de un ataque nerd o algo por el estilo- me eché a reír después de ese comentario, la cabeza de Rocío volaba a lugares insospechados cuando su sentido arácnido se sentía amenazado.

No importaba si toda la gente en la escuela pensaba que yo era lo peor, y al mismo tiempo lo mejor. Marcos era diferente, su energía me hacía elevarme a un lugar en el que nunca había estado antes, estar cerca de él me hacía alguien diferente. Además no había marcha atrás, ya estábamos ahí y no pensaba regresarme. Me iba a enfrentar por primera vez a toda la patrulla de perdedores de la escuela solo por verlo. Esperaba al menos que hubiera algo de alcohol, aunque el rumor decía que la fiesta era supervisada por los padres de Marcos.

Tocamos el timbre y nos abrió una señora. No era fea, de hecho estaba muy bonita para sus 40 años, era lo que creía que tenía aunque podían ser mas, rubia y de ojos azules iguales a los de Marcos, supe que era su madre.

-Buenas noches chicos-



-Buenas noches, venimos a la fiesta- le contestó Rocío con exagerada sonrisa

-Oh, ustedes son de la escuela de baile, tu eres Sergio. He escuchado hablar mucho de ti-

-Ehhh, gracias, espero que hayan sido solamente cosas buenas-

-Sí, eres un gran bailarín, tus padres debieron haberte apoyado mucho-

-Vivo con unos tíos, mi mamá me abandonó cuando estaba pequeño y mi papá es probablemente el hijo de puta más grande del país, nunca lo veo- la señora se alarmó luego de escuchar mi palabrota. Hizo un gesto que me pareció de desaprobación pero muy sutil como para ser reconocido.

-Perdón, no sabía eso, lamento haberte incomodado- dijo con su cara inmóvil.

-No se preocupe señora, no es ningún secreto-

-Bueno, sigan, espero que disfruten la reunión-

Entramos y todos voltearon a vernos. Era como si hubiera llegado el rey y la reina del baile, o mejor dicho, Cruela de Vil acompañado de Drácula.

La gente estaba en extremo sorprendida. No era para menos, después de todo, nosotros nunca íbamos a ninguna de esas reuniones, eran aburridísimas, solamente gente tomando gaseosa y hablando barbaridades. Nuestros planes



eran ir a una discoteca con las cédulas falsas que habíamos conseguido por precios bastante accesibles y bailar la noche entera.

Nos dieron dos vasos de jugo. Seguían examinándonos. No todos eran de la escuela de baile, algunos del colegio de Marcos y otros debían ser gente del barrio, pero bastó solo media hora para que sus homogéneas e incómodas miradas nos rasgaran las vestiduras. Sin necesidad de hacer mucho esfuerzo, teníamos una idea de lo que pasaba por sus cabezas; la falda de Rocío era muy corta, mi camisa muy pegada, el maquillaje excesivo, el pantalón entallado.

Yo tomé mi bebida y me fui a sentarme en un sillón junto a la puerta que daba al jardín mientras Rocío se aventuró a ir por uno de los chicos nuevos de la escuela y sacarlo a bailar. El pobre casi explota de la vergüenza. Era típico de Rocío hacer esas cosas solo para llamar la atención, yo reía disimuladamente hasta que vi salir de la cocina a Marcos.

Mi corazón de nuevo se paralizó. Ya era muy cliché lo que me pasaba. Lo veía venir con la mano llena de papas fritas. Me miró por cuarta vez en toda mi vida y se vino directo a mí.

Se sentó a mi lado y mi cabeza se quedó nula, no entendía cómo era posible que su presencia influenciara tanto en mí, nunca nadie me había hecho eso sin siquiera

hacerme nada, era la emoción, la excitación, ilusión, deseo, todo junto.

-Hola, gracias por venir a mi fiesta-

(Vine solo a verte)

-No hay problema, de todas formas no teníamos nada más que hacer-

-Sí, lo imagino, apenas llegaron ustedes muchos no podían creer que estuvieran aquí, van a hablar de esto toda la semana-

(No me importan los demás, solo quiero besarte)

-Bueno, son muy exagerados ellos, no somos ningunos aliens que bajaron del espacio, aunque si no te importa, dejamos la nave espacial estacionada en tu techo- Marcos comenzó a reír. Me encanta ver sus dientes blancos y sus labios.

-¿Sabías que hay una encuesta sobre ti?- me dijo

-Sí, no sabes lo ansioso que estoy por saber los resultados, la mitad deben odiarme-

-No creas, el chico que la hizo acabó de subir las deducciones preliminares a su blog desde mi computadora en el segundo piso-

(¡¿Qué?!, ¿por qué demonios se había prestado para ser cómplice de esa encuesta?)

-Mira como es de pequeño el mudo, ¿algún dato te pareció importante?-

-Varias cosas Sergio, por ejemplo que 126 personas te han besado-

(¡Maldición!, yo no he besado a tanta gente)

-Pues ya desconfío de la veracidad de los datos, no creo que hayan sido tantos-

-Muchos dicen que incluso son más, lo curioso es que una de las conclusiones es que eres el mejor besador de toda la ciudad y más de la mitad de ellos aseguran que podrían besarte por el resto de sus vidas-

-Pues lamento decirles que nunca van a volver a tener el privilegio-

-No deberías privar al mundo de ese privilegio-

(Si me lo pidieras nunca te podría quitar ese privilegio por el resto de la eternidad a ti)

-Hay algunos que no se lo merecen- me esbozó una sonrisa tímida mientras veía que se ponía algo rojo y su pie estaba moviéndose sin seguir el ritmo de la música. Era como un tic.

Era insoportable pensar toda esa basura, no había besado a tanta gente, era casi imposible, y lo peor era que con la mayoría de las personas reales a las que he besado ha sido solamente un encuentro por lo que es improbable determinar en una escala de valor objetiva si soy o no un buen besador, los mejores son los terceros o los cuartos besos, no el primero. De cualquier forma,

Marcos no era ningún inocente, sabía lo que estaba haciendo.

-Quiero que me beses- me dijo de frente y con todo el descaro del mundo

Me quedé helado, mi esfuerzo por parecer una persona normal y mantener toda la saliva dentro de la boca ya estaba a punto de derrumbarse. Hice un escaneo rápido para intentar buscar a Rocío y que viniera a salvarme. Por fortuna ella me estaba mirando directamente, estaba concentrada en mi cara, al igual que todos los demás.

Estaban en silencio, solo se escuchaba una canción de Britney Spears pero ningún murmullo, todos a la expectativa, ni siquiera parpadeaban por estar registrando cada movimiento o gesto que hacíamos.

Marcos no era ingenuo, al contrario, era incluso más audaz que yo, quizás por eso me gustaba tanto, porque sabía que tenía el coraje para dar algunos pasos que muchos por miedo al rechazo no se atrevían a dar. Su tic con el pie me tenía loco y en sus ojos había algo que no podía reconocer, me latía que era tímido y estaba tan asustado como yo. Para haberme dicho eso o era muy valiente o estaba muy borracho porque no parecía en ninguna forma de esos que son lanzados. Seguía mirándome directamente y las palabras salieron de su boca con algo

más que picardía.

-Qué dices, ¿me vas a besar?-

En ese momento vi directo a sus ojos y en un destello de cordura mi cabeza proceso todas las señales y lo entendí. Mi respiración seguía igual de acelerada y mi cerebro enviaba todas las órdenes que podía a los músculos de mi pecho para evitar que mi corazón atravesara mi caja torácica por lo fuerte y rápido que estaba bombeando sangre.

Sin embargo, sabía que algo estaba pasando y la lucidez vino a mi mente. Nunca había estado tan cerca de Marcos para poder detallar su mirada. No era del todo seductora, había algo de inexperiencia y travesura en ella, algo que alborotaba mi estómago porque sabía que me estaba haciendo entrar a su juego. Era como había dicho Rocío. Estábamos en medio de lo que parecía una trampa. Algo que nunca nadie había logrado. Marcos era una joya, era igual o peor que yo. Pensé un poco antes de responder.

-Solo te voy a besar con una condición- le dije poniendo mi cuerpo derecho para evitar lanzarme a comerme su boca

-¿Cuál?- me respondió sin quitar sus ojos de los

míos.

-Con el dinero que vas a ganar por la apuesta, me vas a invitar a salir-

Sus ojos se hicieron más grandes y una leve sonrisa dibujó sus labios.

-¿Cómo lo supiste?-

-Tengo buenos informantes, les pago con besos, me salen muy baratos. Además, tenía entendido que la apuesta era para follarte no para besarte solamente-

-No faltan los que tergiversan la información, es solo por el beso. Si hubiera sido por una follada hubiera ganado tanto dinero que hubiera alquilado una piscina para hacer esta fiesta-

-¿Haces esto muy a menudo?- le pregunté.

-No, es la primera vez que voy a besar a un hombre. Bueno de hecho la primera vez que voy a besar a alguien. Estoy temblando por dentro y lo hago porque no quiero que el resto de mi vida sea aburrida.- me dijo. Eso era lo que estaba esperando. Marcos estaba cagado de miedo.

-Pues es admirable tu valentía-

-No es solo valentía, también son tres copas de tequila que me han dado a escondidas mientras mis papás están repartiendo gaseosa como buenos cristianos. ¿Sabías que accedieron a hacer esta fiesta porque les dije que si no me dejaban entonces me iba a Europa con mis ahorros durante las vacaciones?- tenía razón, su aliento apestaba

a alcohol.

-Si yo fuera tu papá te hubiera mandado a Europa por mucho más tiempo que las vacaciones- al escucharme soltó una pequeña carcajada. Su pie seguía temblando. No era un chico malo, eran los efectos del alcohol y su estómago débil.

-No, ellos no quieren que vaya porque tienen el miedo que vuelva. Piensan que soy peor de lo que en realidad soy. Además, me hicieron usar esos ahorros en esta fiesta así que estoy de nuevo en banca rota- me dijo haciendo un mohín.

-Entonces al menos ya no tienen el miedo que te escapes- le dije

-Sí. De todas maneras no sería capaz de irme. Solo quería hacer algo para que vinieran todos mis amigos- sus confesiones me parecían travesuras de un niño de jardín infantil al que le había dado un ataque de rebeldía.

-Bueno y... ¿Cuándo quieres el beso?-

-¡YA!-

Hizo una seña con su mano libre y tres de los chicos entraron a la cocina. El ambiente se tensó, incluso Rocío me miró y sonrió. Ella fue quién me dijo lo de la apuesta. Después de eso empecé a sospechas y tuve que averiguar lo que se estaba tramando. Solo me bastó acorrallar a uno de los chicos que estaba supuestamente

enamorado de mí y sacarle lo que necesitaba saber.

-Listo, es ahora- me dijo apresurado.

Yo estaba confundido con los detalles de logística a cargo de Marcos pero solo se me ocurrió seguir el juego.

Me acerqué y toqué mis labios con los suyos. Exhaló un suspiro dentro de mi boca antes que las dos se cerraran en un beso intenso. Instintivamente tomó una de mis manos con las suyas y noté que era víctima del temblor y el sudor. Estaba nervioso, mucho pero mucho más que yo.

Mi cuerpo sintió la descarga eléctrica más potente desde que me puse a jugar un día con mi prima a meter cuchillos en la parte de atrás de la nevera de la casa. La energía fluía por todos los rincones. Era un beso que nadie me había dado nunca. Uno en el que se movían mis pensamientos a la velocidad de la luz de un lado a otro. No podía dejar de besarlo, estaba perdido en ese mar que me ofrecía solo con su boca y su mano nerviosa.

Duró una eternidad. Marcos soltó mi mano y me separé de él. Abrí los ojos y ahí estaba mirándome. Sonreí y le dediqué una mirada tierna al tiempo que Rocío se vino, me tomó de la mano y me arrastró a la salida en el empleo de toda su fuerza casi sin darme tiempo de recuperarme.



-Tenemos que irnos, los tres chicos que entraron a la cocina estaban encargados de distraer a los padres de Marcos pero el padre alcanzó a ver-

-Eso me tiene sin cuidado- le dije con cara y caminata de tarado.

Estábamos ya afuera rumbo a la esquina. Rocío tenía una cara preocupada e intentaba ir más a prisa chequeando si alguien nos había empezado a seguir, yo solo pensaba en su boca, en esa boca.

-¿Y qué te pareció?, no es ningún santo el chico- me dijo Rocío ya a salvos en la esquina donde esperamos el taxi.

-No Rocío, no lo es. Por eso me voy a casar con él-.

## **2. Alabado sea Dios**

**(Marcos)**

Han pasado tres días desde la fiesta de fin de verano y mis padres aún no me hablan. Espero que todo no se ponga de un oscuro perturbador e irreversible. El silencio ha sido sepulcral. En la mañana cuando me

levanto y bajo a desayunar intento no verlos a los ojos porque ellos evitan mirar los míos.

Mi mamá se limita a poner comida en mi plato todos los días mientras yo solo me esfuerzo por comer lo que ella quiera darme, espero que no se le ocurra echarme en la sopa ninguna cucharada de cianuro. En cada cena, los minutos avanzan lentamente al mismo tiempo que el tenedor transporta la comida a mi boca y mi cuerpo se encarga de digerirla.

Me concentro en el estampado del mantel del comedor. Las flores se entrelazan unas a otras con pequeños tallos llenos de espinas. Nunca había prestado atención a ese detalle. Es como las relaciones humanas, cada persona es una bella flor rodeada de espinas. De obstáculos y sensaciones que impiden tocar los suaves pétalos.

Así mismo estaban mis padres en ese preciso momento. Heridos con una de mis espinas. Lo del beso había sido solo un juego. Una inocente apuesta que no tenía que salir de ahí. Mis padres eran probablemente los cristianos más evangélicos de todo el perímetro y se habían dedicado a dirigir una iglesia cristiana durante los últimos 20 años.

Siempre nos educaron bien a mi hermana Susana y a mí. Pero esa educación ha estado marcada por el "silencio sexual". Esa frase no la inventamos la noche en que Susy me contó que había perdido la virginidad.

Durante todo ese mes en que ella pasó de ser niña a mujer (esas cosas son influencia de las telenovelas) nos dedicamos a investigar en internet cómo era la primera vez para una mujer. Recopilamos la información e hicimos algunos ejercicios prácticos. Mis padres nunca nos hablaron de sexo, de novios o condones. Era un tema prohibido. No se mencionaba nunca a menos que fuera para recordarnos que era pecado tener sexo fuera del matrimonio, ser infiel y por supuesto, se ganaba la condena eterna quien se atreviera a dormir con alguien del mismo género.

Yo no sabía que era gay hasta el día en que en el colegio un compañero me arrinconó en uno de los vestuarios e intentó besarme. Por suerte se abrió la puerta del vestuario y me soltó lo más rápido que pudo. Nunca ha pasado nada más después de eso pero había sentido un calor inexplicable su cercanía. Después de eso intentó buscar otra oportunidad para terminar lo que había empezado pero yo me di a la tarea de esquivarlo todas las veces que eran necesarias para que mi boca nunca tocara la suya. No iba a pecar. O por lo menos no con él.

Esa mañana Susana me dijo que mis papás iban a hablar conmigo en la noche. No habían tenido la valentía de decírmelo a mí de frente. Durante todo el día pensé en eso, la angustia ocupaba cada una de mis células e

impedían que me concentrara en las clases.

Ellos nunca pasaban mucho tiempo al día con nosotros, no pensé que iba a ser tan grande el problema. Mis padres siempre trabajaban mucho y nunca tuvieron la determinación de interesarse por las cosas que nos gustaban o lo que nos pasaba a diario. No nos conocían.

-Ya terminaron papá y mamá con la última reunión de la iglesia, ahora te están esperando abajo en la sala. Te advierto que los dos están muy enojados Marcos- Me dijo Susana con su típica cara de: "Dios te bendiga"

-No entiendo por qué habrían de estarlo-

-¿Estás bromeando? Te diste un beso con ese chico de la escuela de baile en frente de papá y estabas tan mareado por el trago que no podías caminar en línea recta... ¿todavía crees que no pasó nada?-

-No fue para tanto. El culpable de todo lo tienen esos chicos que se suponía que iban a impedir que mis papás salieran de la cocina mientras ganaba la apuesta- reclamé en un intento de defenderme

-Deja esas tonterías para después. Lo que te espera en el primer piso no es nada bueno así que apúrate y no te pongas a responderles cosas porque luego se van a enojar más y empeorarás todo. Límitate a escuchar lo que van a sermonear y a hacer real tu arrepentimiento-

Estaba muerto de miedo. No tenía ni la menor pista de lo que podría pasar. Era el primer caso como estos que ocurría en la familia. Mis padres pocas veces se enojaban, pero cuando lo hacían era para atenerse al peor de los escenarios. Sin importar lo mucho que me esforzaba fingiendo que no fue un crimen haber besado a Sergio, sé que para ellos es lo peor que pudo haber ocurrido.

No sé si exista el cielo, pero lo que se venía iba a ser como el apocalipsis de la biblia. Con la diferencia que en este caso no habría nadie que viniera a salvarme. Esperaba que el castigo no fuera tan duro. Otras veces había metido la pata y los había visto con la furia en sus ojos pero nunca nada se ha comparado con un episodio de esta calaña.

No paraba de pensar en todo lo que pasaba por mi cabeza. Sé que fue un poco excesivo haber hecho lo que hice. Pero era solo un juego. Durante esos pocos días todo el mundo habló de eso en mi colegio, por suerte no estudiaba con Sergio porque de lo contrario lo hubieran atacado con miles de preguntas.

Mis padres no me pegaban desde que estaba niño, esperaba que no se le ocurriera a papá desabrochar su cinturón y dejarme marcas en las piernas. Seguramente mamá se iba a poner a gritar y a invocar a cuanto salmo recordara.

Esas escaleras que conducían de la planta baja al

primer piso me parecieron eran muy cortas, mi corazón estaba empezando a latir más fuerte por el suspenso que me generaba ver las miradas de ellos dos encima de mí. No tenía ninguna excusa que pudiera funcionar en ese caso. Mi padre lo había visto todo. Tan claro como la luna en una noche de cielo despejado. Lo peor que podrían hacer era dejarme sin dinero por todo el mes. A lo mejor me prohibían salir durante todo el año. No podría volver a la escuela de baile y tendría que caminar todos los días al colegio y devolverme exactamente a la hora que saliera sin desviarme un solo metro del camino.

Empecé a comprender que esa vez sí había pasado todos los límites. Recuerdo el día en que mis papás se enteraron que el primo Fabián era gay. Mi tía casi se muere de la vergüenza teniendo que enfrentar a toda la familia y saber todo lo que se decía de ella. Los rumores no pararon nunca y pese a que intentó apoyar a Fabián, la iglesia ejercía una presión muy grande sobre ella y no tuvo otro remedio que mudarse a otra ciudad con mi primo. Desapareció de los días y de los comentarios de todas las personas que la juzgaron como si hubiera cometido un homicidio. Entre esos estaban mis padres. Ellos decían que Fabián no tenía remedio y lo mejor que se podía hacer era echarlo de la familia y en lo posible cambiarle el apellido. En el momento en que me enteré, me pareció horroroso pensar que mi papá pensara de esa manera. Pero

como lo dijo mamá después: "ser firme es una de las obligaciones primordiales del pastor de la iglesia".

Ahí estaban los dos. Parados junto a la chimenea, como cada vez que deben decir algo importante. Cuando nos regañan toman la misma posición, exactamente la misma, mi padre al lado izquierdo del sillón verde de terciopelo con su mano apoyada en el espaldar y mamá sentada en el brazo de la parte derecha con cara de preocupada. No me estaba viendo con furia, era un nuevo tipo de mirada, no era decepción, era algo más.

Los ojos de papá estaban fijos en los míos, sentía que me estaba dando una paliza solo con esa forma en que miraba. Supuse que debía sentarme en el sillón grande dejando la mesa de centro entre ellos y yo.

Tenía todas las razones para sentir terror. Se miraron uno al otro en una discusión silenciosa en torno de decidir quién era el que comenzaría a hablar.

-¿Eres homosexual Marcos?- Mi padre como siempre lanzaba preguntas directas y sin ningún rodeo. Y como cada vez que lo hacía, me deja sin palabras.

-No lo sé papá- no tenía ninguna expresión en su cara. Pensé que iba a ser fácil decir que sí era gay, pero las palabras no me salían de la boca.

-Ese joven de la fiesta y tú ya han...- de repente miro a mamá en busca de ayuda. Cada palabra la arrastraba a

fuera como si estuviera en el intento de hablar en otro idioma

-¿han tenido sexo?- continuó mamá.

-¡No! solo nos dimos un beso, no ha sido nada más. Casi ni lo conozco-

-Ya no importa eso, hablamos con el consultor Henry Croston, te vamos a enviar a un centro de rehabilitación para que te curen- mi indignación creció como la espuma. No podía creer que ese era el plan que habían tramado para mí. Yo no estaba enfermo.

-Eso es humillante. Yo no estoy enfermo y no pienso ir a ningún lado a que me digan a quien debo querer y quién me debe gustar- respondí con el mayor cuidado de no alzar la voz.

-Marcos, es la única alternativa que tienes, como ya lo sabes, el diablo está en ti y tienes un espíritu maligno que debes combatir- papá me hablaba como lo hacía con los que vienen a pedir a la iglesia, intenta a toda costa hacer creer que estamos mal solo porque él lo dice.

-No voy a ir a ningún lugar. Dios me hizo así y es como quiere que sea.- mi voz se escuchaba impactada. Dentro del pantalón mis piernas temblaban descontroladamente y sentía que mi cuerpo se ponía frío, muy frío.

Mi madre se acercó con pasos cortos rodeando la mesa



de centro y me tomó de las manos, yo sabía lo que iba a pasar. Ella se disponía a usar el recurso de su amor para intentar manipularme. Sabía que algo así llegaría. Era sospechoso que estuvieran calmados. Muy calmados para mi gusto. Lo que me preocupaba era que el plan ya estaba trazado. No había posibilidad de alternativas diferentes; querían enviarme a que me torturaran en alguna parte, primordialmente para que los chismes no corrieran tan rápido.

-Hijo, Dios no hizo de esa forma a nadie. Debes entender que el diablo es quien te maneja y dice esas cosas pero no es correcto. Debes luchar, debes ir al internado un par de meses y verás que todo va a volver a la normalidad- decía mi madre presionando sus manos que envolvían las mías

-Yo no soy anormal mamá. Tengo 17 años y me gustan los hombres, no es tan difícil de entender. Me van a gustar por siempre, no quiero estar con una mujer ni tener novia ni tener hijos, es cómo soy- era inútil el intento por conservar la voz en un volumen decente.

-¡Pues no lo aceptamos!- mi papá comenzó a gritar. Su paciencia se había terminado, me pareció raro que hubiera pasado tanto tiempo sin reaccionar como siempre lo hace, dando órdenes e imponiendo su voluntad. -Vas a ir a ese internado para que te curen y no se habla más del tema-

se exaltaba cada vez más.

-No soy ningún enfermo a quien deban curar. Primero muerto que ir a ese internado- me levanté de mi silla y el volumen de mi voz aumentaba cada vez más.

-¡Tú no tienes derecho a hacer lo que se te dé la gana. Esta es mi casa y se hace lo que yo diga le guste a quien le guste, y al que no se puede ir! - de repente volteó su mirada hacia mamá -esto es culpa tuya por llevarlo a esas clases de baile que lo único que hacen es invocar al demonio-

-Marcos, sube un momento y ahora te llamamos para seguir conversando por favor- me dijo mamá. Di media vuelta y subí por las escaleras.

Susana estaba acurrucada oyendo toda la conversación. Me senté junto a ella para escuchar lo que decían mis papas en el piso de abajo.

-¡Él no va a ir al internado y no pienso tener aquí a un... enfermo!-

-¿Y entonces qué vamos a hacer?- le preguntó mamá.

Susana se levantó del piso y me hizo una seña porque iba a bajar a la cocina por unas galletas, me señaló con su mano para saber si yo quería algunas y asentí con la cabeza. Ella bajo de a dos escalones por vez y en el

final se tropezó y movió la mesa junto a la puerta. Mis padres se callaron y miraron en dirección a ella.

-Estoy bien, solo me golpee- dijo y continuó su camino.

Mis padres comenzaron a hablar mucho más despacio y ya no pude entender nada de lo que discutían. Me levanté del piso y fui a acostarme en la cama de Susana.

Mi cabeza daba vueltas, estaban muy enojados. No se cómo se les ocurrió la idea del internado, era la peor piedra que me pudieron haber lanzado. Ellos en realidad creían que ser homosexual era una enfermedad, una muy grave que solo Dios podía curar. También sabía que no estaban dispuestos a aceptarme, llevaban mucho tiempo con la palabra del señor en sus manos. Con sus cabezas en dirección a las decenas de personas que venían a los grupos de oración y de sus bocas salían palabras como "el mundo de los salvos es para el que siga el camino indicado en la biblia", "aquél que desobedezca será merecedor al castigo eterno" y todas esas barbaridades con las que asustaban a la gente.

Llegó Susana con galletas de chocolate y dos vasos de leche en la charola. Nos sentamos a comer en silencio. Yo la miraba y sabía que estaba muy triste por mí. Ella sabía que ese había sido mi primer beso. Era mi mejor

amiga y la persona en quien más confiaba en el mundo entero. Es dos años mayor que yo y siempre hemos pasado buenos momentos juntos.

Ella estaba en ese momento en la universidad y yo en la espera que finalizara el año para estudiar danza a tiempo completo. Ese por lo menos era el plan hasta ahora, después de esto no sabría lo que podría pasar conmigo o con mis padres.

-Y ahora sí... ¿cuéntame cómo fue el beso?- me preguntó Susana con una sonrisa muy forzada en su plan para cambiar el tema y hablar de cosas más amenas

Le devolví la sonrisa y me puse a recordar ese momento. No había tenido tiempo de pensar mucho en eso. Fue todo muy rápido.

-Estaba muy nervioso Susy. Sentía que se me iba a parar la respiración. Nunca pensé que fuera a ser capaz de hacer algo así. No sabía cómo hablarle o qué le iba a decir, me acordaba de las películas donde el galán era un prepotente pomposo y creído. Creo que Sergio no confiaba mucho en mi versión de chico malo- le dije.

-Es muy lindo. Cuando lo vi entrar y todo el mundo volteó a verlo junto con su amiga me pareció muy guapo, yo estaba justo en la sala y tres chicas empezaron a

suspirar por él, casi me muero de la risa-

-Es mucho más que eso Susana. En la escuela de baile tiene la fama de ser el más lindo de todos, aunque también dicen que es un rompecorazones. Alguien me dijo que no ha habido un solo chico al que no haya besado. Y sin importar si es hetero u homo él busca la forma de seducirlo-

-¡Uy! pero suena como todo un pecador- Susana lo dijo con una voz irónica y los dos comenzamos a reír

-¿Qué piensas que van a hacer mis papás conmigo?- le pregunté con una intención de recibir una respuesta sincera. Sabía que ella había escuchado la conversación con el asesor de la iglesia pero no había querido decírmelo.

-La verdad no sé. Ellos te aman, pero sabes lo estrictos que son. Me imagino que te van a obligar a ir a ese internado-

-Yo no lo voy a hacer. Primero muerto que eso-

-Entonces solamente puedes esperar algo mucho peor.-

...

-¡MARCOS!-

Llamó la voz de papá desde el primer piso. Mis piernas de nuevo empezaron a temblar y mis pasos eran lentos. Bajé las escaleras y me encontré con los dos sentados en el sofá grande.

Me paré junto a la chimenea en el intento de hacer que la mesa de centro me separara de ellos, era el único escudo que podía usar en ese instante para hacer de la situación algo menos incómoda.

-No queremos volver a verte Marcos- Mi mamá fue quien empezó. Eran las palabras que menos me esperaba. ¿Qué quería decir con eso?

-No entiendo mamá-

-Es muy sencillo Marcos. Lo que hiciste es pecado. Tú lo sabes y Dios castiga a todos los que no hacen su voluntad ni se arrepienten, así que si eso es lo que quieres entonces no puedes estar más en esta casa-

-¿Quieren que me vaya?-

-Sí, que te vayas muy lejos en donde nadie pueda saber las cosas demoniacas que estás haciendo en tu vida- dijo papá muy alterado. Yo no volteaba a verlo, estaba fijo en la cara de mi madre.

-Mamá, creo que no es para tanto, fue un beso, no va a pasar nada con eso-

-¡¿No entiendes Marcos?! Te vas a largar de esta casa y hacer tus cochinadas en otra parte. Nosotros no vamos a permitir que un... - Papá empezó a gritar como nunca lo había escuchado, había puesto toda su fuerza evitando que su ira se desbordara y liberara al hombre agresivo y violento que albergara en el fondo de sus versículos y sus discursos divinos, muy pero muy en el fondo de su

ser. Pese a que su cuerpo intentara mantener la calma sus ojos decían todo lo contrario - pervertido y depravado viva con nosotros y mírame cuando te hablo porque no estoy pintado en la pared- terminó casi a los gritos, la vena de su cuello se hinchaba amenazando con explotar y manchar las paredes con sangre sagrada.

-Pero papá soy tu hijo, no me puedes echar. ¿Qué voy a hacer allá fuera solo?- le dije a muy poco de tener que empezar a suplicar.

-Nunca vuelvas a decir que eres nuestro hijo Marcos. Nosotros no criamos a ningún ¡MARICA!, está muy claro en las sagradas escrituras que los que eligen el camino del pecado y la perdición deben ser apartados con toda su inmundicia- sus palabras eran en realidad ofensivas, me estaba tratando como si fuera un perro con rabia que mordió a un vecino.

-En la biblia también dice que hay que perdonar, es lo que dices a toda la gente que viene al culto los domingos-

-Es diferente Marcos, hay cosas que se pueden perdonar y otras no. Lo que hiciste es una de las que nunca, oiga bien, nunca van a recibir perdón-

No sé qué estaba pasando, mis papás me estaban sacando de la casa como si estuvieran despidiendo a un empleado. No parecían ellos. Me decían todas esas cosas

como si no les importara. Yo esperaba maldiciones, condenas, reclamos, incluso golpes, pero nada de eso pasaba. Solo gritaba con su boca extendida al máximo para decir que debía irme. Un padre no puede ser así de frío, menos el mío.

-Mamá, ¿quieres que me vaya y no regrese nunca más?-

-Marcos, la gente no puede enterarse por nada del mundo que tenemos un hijo con un comportamiento como el tuyo-

-¡¿Qué?! ¿La gente no puede saber qué mamá? ¿Que soy homosexual?-

-¡Cállate Marcos!- grito papá cada vez más alto -no vuelvas a decir esa palabra como si fuera normal-

Ahora era todo más claro, mamá había dicho una palabra específica que me había hecho llegar a una conclusión. Ella dijo que la gente no se podía enterar.

-Mamá. ¿Lo único que a ustedes les importa es que la gente no se entere que tienen un hijo marica?, claro, qué irán a decir el resto de mis tíos, que a ustedes tan buenos que se ven y tan cristianos que son, les salió un hijo volteado. Eso es lo que les preocupa, que todos esos maricas feligreses no empiecen a rumorar que el señor pastor de la iglesia dice cada vez que puede que los maricas se van a ir al infierno y el hijo es uno de esos.



Eso es lo que les preocupa ¿no?- había perdido las esperanzas, sabía que me estaba perdiendo en el dolor que yo mismo me había causado.

La cara de mi papá empezó a ponerse roja. Estaba al borde de una implosión. Yo lo conocía muy bien. Hace 17 años vivía con él y sé que por su cabeza lo único que se le pasaba era venir a golpearme hasta que entrara en razón. Cuando estaba bravo no podía parar, era de esas personas que tiraban cosas hacia todas las direcciones. No entendía por qué estaba tan controlado, solo me gritaba cuando me respondía, pero no estaba siendo él. Si así fuera, yo estaría tirado en el piso con la marca de una cachetada en la cara.

-Marcos- mi mamá de nuevo tomó la palabra. Se aseguraba de mirar cada dos segundos a papá con su mano apoyada en el brazo de la silla -nosotros hemos construido esta iglesia desde hace muchos años, no podemos permitir que tú destroces todo el esfuerzo que hemos puesto para que esto funcione-

-Mamá, ¿lo que quiere decir es que prefieren darme la espalda por la iglesia que les paga las vacaciones en el extranjero cada año?-

-No se te olvide que esa misma iglesia a la que te refieres es la que también te ha dado de comer a ti desde

el mismo día en que llegaste a este mundo. Te ha dado ropa, viajes, estudio y todo lo que tienes. Todas y cada una de tus cosas es gracias a esta iglesia. Dios es un ser absoluto, si no estás con él, estás en su contra, lo que hiciste en la fiesta lo dejaste muy claro. Gracias a Dios no pude verlo con mis ojos-

-Tu obligación también es amarme mamá, sobre todas las cosas, eso lo dice Dios, echarme no va a hacer que vayas al cielo y que me gusten los hombres no va a hacer que me vaya yo al infierno-

Sentía que caían las lágrimas por mi mejilla como si la felicidad fueran gotas que se marchaban de mi vida y de mi corazón. No podía entender lo que querían que hiciera. Mi mamá era una buena persona y me amaba por sobre todas las cosas, aunque después de eso, Dios tomaba el primer puesto en esa lista de prioridades. Nunca habíamos tenido una buena relación pero siempre tuve la certeza que era esa mujer la que más me amaba en todo el planeta.

Al ver la tristeza en sus ojos sabía lo que ellos pensaban. Dios los había cegado, o mejor, la idea de Dios había hecho en ellos un muro inquebrantable que ni siquiera el amor de una madre podía derrumbar. No solo querían que me fuera porque yo era un pecador. Lo que en realidad pretendían era que no le contara nada a nadie.

Siempre fueron en extremo ambiciosos. Estaban prefiriendo quedarse sin hijos a estar quebrados, sin iglesia y sin dinero. Todas las noches, papá decía que la única forma de salvar el mundo es con el ejemplo. Tener un hijo gay era la forma más eficiente de contradecir su propio argumento. Eso implicaba renunciar a los lujos, a las vacaciones en cruceros o en hoteles, a los carros y las casas porque no sabían hacer otra cosa que pararse cada noche a hablar del infierno, de Dios, del pecado y de la fe.

No tenía nada para decir, estaba petrificado delante de mis padres. No tenía ningún lugar a dónde ir, no había terminado el colegio aún. Pensé que esto era una broma. Ellos no eran capaces de mandarme a la calle como si fuera una mascota.

-Mamá, yo no tengo a dónde ir. No puedes abandonarme-

-Es eso o el internado Marcos. No hay más caminos. En tus manos está tu boleto al reino de los cielos o tu salida a la oscuridad. Tienes hasta mañana para decidirlo. Ahora ve a dormir-

Mis ojos no parpadeaban. Me levanté de la silla, caminé hasta el pasillo y subí las escaleras. Al llegar al segundo piso me encontré con Susana sentada escuchando la conversación. Me miró durante un instante sin que

pudiera articular una sola sílaba. Entré a mi cuarto y cerré la puerta.

Me quité los zapatos y me acosté en la cama. Miraba el techo de madera. Aún estaban pegados los letreros con las versículos de la biblia que mi mamá había escrito en papeles para que antes de acostarnos y al levantarnos los leyéramos y oráramos.

*"El Señor es mi Pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar; Junto a aguas de reposo me pastoreará." Salmo 23*

*"Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio". Timoteo 1:7*

Simplemente era inconcebible, no quería elegir ninguno de los dos caminos. Quería tener la familia de siempre sin que un Dios omnipresente juzgara cada uno de mis actos. La justicia es inversa cuando en el intento de parecer normal y leal a nuestro instinto, descubrimos que las interacciones sociales que han teorizado nuestra existencia impiden el libre desarrollo de la propia conciencia social.

Estaba destinado a subirme en un bus que me llevaría a un lugar oscuro y secreto. No creo que ser homosexual tenga cura porque en principio no es una enfermedad. No sería pecado que la luna se enamorara de una estrella,

las dos son ellas las dos existen en el mismo mundo. No sería pecado que un soldado eligiera pasar la vida con su compañero de guerra, el que lo vio llorar, reír, sufrir, agonizar, porque los dos conocen bien sus sentimientos. El deseo de unas vidas juntas no debería estar ligado a la necesidad de encajar socialmente.

A Dios le faltó especificar en sus sagradas escrituras que la vida se basa en las decisiones con las que queramos vivir, no en los caminos que podamos recorrer.

TOC TOC

TOC TOC TOC

¡Ay por Dios!, son las 3 de la mañana, no puede ser que mis papás quieran continuar con la pelea

TOC TOC TOC

-Marcos- el susurro era de mi hermana. ¿Por qué estaba tocando mi puerta a esa hora?

-Hola, ¿qué quieres?- se veía preocupada, con su pijama enteriza siempre me había parecido muy tierna, como si nunca creciera.

-Debes irte ahora Marcos-

-¿De qué estás hablando Susana?-

-Yo escuché ayer cuándo hablaban con el asesor del internado, si mañana no decides irte, te van a sacar de la casa sin oportunidad de llevarte nada, ni ropa ni

ninguna cosa-

-¿Qué?, pero ¿Por qué?-

-Henry les dijo que era lo mejor que podían hacer, de esa forma, te daría miedo estar solo y sin nadie a quién acudir, volverías a casa en menos de una semana rogándoles que te reciban y sería entonces más fácil convencerte para que vayas al centro de rehabilitación. Esa charla y todo fue planeado- Susana hablaba rápido, como si estuviera en medio de una cuenta regresiva y ya estuviera en los último segundos.

-Es por eso que no muestran compasión mis papás, porque creen que entre más duros sean más voy a bajar mi cabeza- le dije mientras ella afirmaba con su cabeza. Ahora todo tenía un poco más de sentido. Sin conocer a ese Henry ya lo odiaba sin piedad.

-Vamos, no hay tiempo que perder. En una hora papá se va a levantar a orar y se va a dar cuenta-

-Y a dónde voy a ir a esta hora- No creía que la mejor opción fuera huir a mitad de la noche en pijama.

-Eso ya lo tengo solucionado. Ponte esos zapatos y te espero en la puerta principal en un rato. Baja lo antes que puedas-

Sin pensarlo dos veces, me puse a toda prisa los zapatos tenis que tenía al pie de la cama y bajé. Si en alguien podía confiar era en Susana. Ella siempre tenía

un plan. Era muy brillante para solucionar problemas y si había insistido tanto era porque tenía razón.

Bajé con cuidado por la escalera. Evitar que el piso de madera suene era bastante complicado. Llegué a la puerta principal y estaba Susana parada con la mochila que usaba para irse de excursiones y un sobre.

-Escúchame con cuidado Marcos. En esta mochila hay ropa tuya, espero que sea la que necesites por unos días mientras solucionamos todo. Y este sobre tiene instrucciones a dónde vas a ir. Arreglé con una amiga y le expliqué la situación. También hay dinero, sal de aquí, llega a la esquina y toma un taxi, mañana te llamo-

-¿Por qué haces esto por mí?- no pensaría que fuera tan grave, me parecía que se estaba tomando muchas molestias en vano.

-Lo hago por qué te amo. Y espero que el tiempo logre apaciguar las cosas y hacer que todos entren en razón- sus ojos se inundaron en lágrimas y me abrazó tan fuerte como nunca antes lo había hecho. No éramos muy sentimentales en la familia. Sentí en esos brazos una tristeza profunda. Como si fuera la última vez que me fuera a abrazar. Sabía que algo me estaba ocultando, pero también tenía la seguridad que ella me entendía muy bien, incluso mejor que nadie, así que decidí tomar el camino que ella misma había cuidado de crear.

Le devolví el abrazo y salí por la puerta. Comencé a caminar muy rápido porque lo hecho estaba hecho, no había vuelta atrás. Llegué a la esquina, me senté en la banca del paradero de buses y abrí el sobre. Había bastante dinero, eso tuvo que haber sido sus ahorros y un papel.

Wendy Rendón

Avenida Manzúr número 13-45

3108746352

### **3. Dieciocho**

**(Sergio)**

-¡MIERDA! ¡MIERDA! ¡MIERDA!-

-¿Qué te picó Sergio?-

-Hoy tampoco vino Marcos a clases, debió ocurrir algo después de la fiesta, creo que lo asusté y desistió.

Ahora ¿Qué va a ser de mi vida sin él Rocío?-



-Estoy bastante segura que vas a sobrevivir. Si tenemos en cuenta que a este lugar llegan decenas de chicos lindos cada semana, podrás remediártelas para pasar bien el despecho- me dijo sin preocupación por lo que le estaba contando.

-No se trata de eso, no entiendes. Marcos es el amor de mi vida, ya estaba viendo en la revista IKEA de mi tía, muebles para adornar nuestra casa en el centro de la ciudad y adoptar dos hijos y molestar a todos los vecinos poniendo una bandera gay inmensa en la ventana de la sala- le dije y ella empezó a carcajearse como si estuviera sentada en la primera fila de un stand up comedy.

-No te aceleres tanto, señorita simpatía, por ahora preocúpate por la presentación del viernes. ¿Sabías que ya se vendieron todas las entradas del teatro?-

-Esa es una buena noticia Rocío, seguro que lo vamos a dejar todo en la pista de baile-

Rocío siempre estaba alegre, los momentos de depresión los guardaba para sus momentos más oscuros y absurdos, escondida en su cuarto con la luz apagada y sus demonios rondando en la penumbra de sus pensamientos junto a los posters de sex and the city que colgaba en su pared.

Siempre me pareció extraña esa afición confusa que sentía por Samantha Jones. Podía tomarlo de dos formas: la primera era creer que estaba atraída por el poder femenino y la libertad sexual absoluta que representaba Samantha en la serie de televisión al acostarse con medio Manhattan. Eso la convertía en una revolucionaria y en su material de estudio para luego usar esas mismas técnicas de seducción en una versión fatal y letal para el sexo masculino cuando fuera mayor de edad.

La segunda era pensar que Rocío era lesbiana. Como aún era virgen, no podía explicar ella misma lo que sentía, solo quedaba esperar a que algún suceso afortunado ocurriera en su vida y probara de los dos caminos que de cualquier forma estaban prohibidos por la santa iglesia católica a ver con cuál iba a andar pecando el resto de sus mortales y bienaventurados días.

En la escuela de baile se había ganado una fama de mujer terrible por andar conmigo, sin embargo, al igual que los rumores de pasillos que empiezan a hiperbolizarse a lo largo de las bocas sucias e impuras, era de las más puritanas que alguien podría conocer. Debajo de su disfraz de despiadada y en ocasiones bastante cruel, se escondía una persona muy justa. Solo se comportaba mal con quien en su criterio se lo merecía. Definitivamente iba a ser una mujer llena de éxitos y de enemigos por coincidencia. Tenía una energía muy sexual que atraía la

mirada de todos los hombres y de bastantes mujeres, cuando probara tener sexo, tenía la teoría que iba a ser imparable.

-¿Qué vas a hacer mañana por la noche?- me preguntó con una sonrisa ansiosa

-¿Lo dices por mi cumpleaños?-

-Claro que lo digo por eso Sergio. No todos los días se es mayor de edad. Debes estar muy emocionado-

-No lo estoy, tú sabes que nunca he celebrado mis cumpleaños así que probablemente vaya a la catedral a ver si Dios me da alguna pista de lo que debo hacer-

...

Cumplir dieciocho años no era gran cosa. Mi mamá decidió que no era lo suficientemente bello para ser digno de su crianza así que se largó y me dejó con mi papá. Por su parte, él consideró que no valía la pena sacrificar su libertad y la oportunidad de follar con todo el mundo así que me dejó al cuidado de una de las hermanas de mi mamá. Que es la tía con la que vivo.

Mis tíos viven ocupados con sus dos hijos, esperan que teniéndome en casa puedan borrar sus pecados y Dios les envíe por mail el ticket con el paquete completo de su estancia eternamente en el paraíso gracias a la gran

obra de haberme criado. Aunque luego descubrí que había algo mucho más que solo su buena intención de cuidarme.

De cualquier forma nunca me ponían atención así que decidí que yo tampoco tenía que prestarles atención a ellos. Nada de fiestas, regalos de navidad o disfraces en Halloween. Nunca unas felicitaciones por haber aprobado el año o por ser el mejor en matemáticas.

Daba igual. Desde que puedo recordar, había entrado en el negocio de los trabajos de colegio. Se podía decir que yo era quien controlaba la mafia educativa. Un padrino con pantalones prestados de mi primo y corbata con un caucho para evitar hacer el nudo todos los días. Hacia reportes, proyectos, dibujos, exámenes y lo que fuera necesario por dinero. Nunca me iba mal. Fue con esa plata que lograba pagar la escuela de baile y comprar ropa.

En una presentación que hizo la academia de baile en la reunión anual de una empresa que vendía automóviles, un hombre mayor, en uno de los momentos de descansos se acercó a mí y se presentó. Se llamaba Eduardo, me dio una tarjeta con su número celular y me dijo que el día que lo necesitara para algo, no dudara en llamarlo.

Me pareció extraño el ofrecimiento pero sin pensarlo dos veces guardé su tarjeta en mi billetera. Esa había sido la peor de las estrategias de conquista. Pero no tan errada con lo que paso poco después.

El día en que cumplí 17 años, estaba solo en mi casa. Mis tíos habían decidido que era el mejor momento para irse a vacacionar a la playa y se les ocurrió la grandísima idea de dejarme en casa para que no les robaran los televisores ni su falsa devoción.

Eso fue lo más hipócrita que me han dicho. No querían llevarme y listo. Nadie en el mundo se puede comparar con los papás. Los que viven en orfanatos están destinados a ser esclavos a cambio de una educación mediocre y un futuro como obreros. Por su parte, los que viven con tíos o abuelos, como yo, estamos en una situación bastante particular: no somos esclavos pero tampoco libres. No somos hijos pero tampoco somos desconocidos. Era una mierda andar haciendo tareas de limpieza mientras mis primos se limitaban a quejarse todo el día.

No me sentía tampoco como Harry Potter. Si hubiera tenido una varita mágica a mi disposición, hubiera abandonado esa casa y viviría en un circo. Además mis primos eran una fuente constante de diversión. Catalina tenía 19, estaba en la universidad y me contaba en detalles las veces que se acostaba con su novio en el carro. Por suerte para ella, la habían obligado a hacer gimnasia artística durante cinco largos años en los que ella sentía que era una tortura pararse en enterizo a abrir las piernas frente a los jurados y la audiencia. Ni

ella podía haber sospechado el placer que esa flexibilidad le iba a traer años después.

Por su parte Ricardo tenía 10 años y su pasión eran los videojuegos. Casi se podía decir de él que era un adicto crónico a pulsar botones frente a la televisión durante imparables horas. Vi un programa en el que decían que el exceso de contacto con las pantallas ocasionaban daños irreparables en la visión. Un día les aseguré a mis tíos que el niño padecía estrabismo. Que lo miraran de lejos para que se dieran cuenta que sus ojos andaban en direcciones diferentes. Inmediatamente entraron en pánico y el pobre Ricardo fue sometido a cuanto examen de ojos se habían inventado. Al final resultó que no tenía nada, pero por mera precaución, decidieron reemplazar tantas horas de juegos por el fútbol. No podían ser más ignorantes; lo pasaron de un vicio malo a uno peor.

Era viernes el día en que se fueron a sus vacaciones sin mí y me quedé solo con mis diecisiete primaveras. Mi dieta era a base de arroz, huevos fritos, salchichas y yogurt. Lo último que quería era ponerme a hacer estofado si podía estar en la computadora portátil de mi tío revisando sus archivos porno.

Desde que soy consciente de mi existencia me han gustado los hombres. Nunca me detuve a ver las tetas de mis compañeras de clases, lo que me importaba era los brazos, el pecho, las nalgas y esa cara varonil de los

hombres. Eran un reto, mucho más difícil de tener. Imaginaba a hombres desnudos para masturbarme en el baño en las noches luego de llegar de la escuela de baile.

Eso hasta que descubrí los videos de mi tío. Nunca más tuve que imaginarlos. Ahora los podía ver, a los más grandes, a los más marcados, a los más sensuales, a los más fuertes. Obviaba el cuerpo de las mujeres, era inconfundible mi gusto.

El sábado me desperté al medio día sin nada interesante para hacer. Cuando estoy solo me da por pensar en sexo. Mi cabeza llena los vacíos con penes y bíceps. Había estado la noche anterior acompañado por tres horas de porno así que no quería más de eso. Me recosté a imaginar cómo sería tener sexo de verdad, los besos suaves y las bellas caricias, hasta que por mi mente pasó la cara del tipo que me había dado la tarjeta.

Mi pene tomó el control y busqué el número en mi billetera. Tome el teléfono de la casa y marqué. La quijada me empezó a temblar como si acabara de salir del agua fría en invierno.

-Aló-

-Hola, soy Sergio-

(¡Maldición!, tuve que haberme inventado un nombre falso, eso lo ponen en todas las páginas de internet por seguridad)



-¿Cuál Sergio?-

-Eh... soy un bailarín. Usted me dio su número de celular cuándo estábamos en una presentación en el teatro metrópolis-

-Ok, lo recuerdo, tú eres el chico que devoraba la comida-

(Qué diablos está diciendo)

-No entiendo-

-Si no recuerdo mal, había en esa presentación un buffet y con un amigo vimos que probaste todas las comidas, incluso nos preguntamos si habías quedado con hambre luego de comer tanto-

(Oh por Dios, lo recuerdo. Había mucha comida, tenía mucha hambre porque había estado ayudando al montaje durante todo el día. Pero no sabía que tenía espías acosadores)

-No me acuerdo. Ese día bailamos mucho-

-Jajaja, seguro. A qué debo tu llamada, eso fue hace dos meses, pensé que ya no ibas a comunicarte-

(¡Demonios!, no sabía para qué lo había llamado. Eso tuve que pensarlo antes de marcar su número)

-¿Sigues ahí?- Me había quedado en silencio. No sabía de qué manera responder. Con razón la gente dice que se debe evitar pensar con la cabeza de abajo.

-¡Quiero perder la virginidad!-

(Oh por Dios)



De mi boca habían salido esas cuatro palabras sin permiso. Se me escaparon como se le escapó a la monarquía española el poder sobre Latinoamérica. Fue brusco, violento y sin sentido alguno.

-¿Qué acabas de decir?- me dijo para que yo repitiera esas condenadas palabras.

El silencio se apoderó de mí. Mi mente en blanco estaba invadida de nada, pasaron algunos segundos y ya que mi boca no fue capaz de articular alguna otra frase comprometedora, él fue el que habló.

-Hagamos algo, dame tu dirección y te paso a buscar en 20 minutos, así vamos a tomar algo y discutimos el asunto de tu virginidad-

-Conjunto residencial Oviedo, casa 25-

-Te veo en un rato-

Mi cuerpo se desbordó. El síndrome de Parkinson reclamó cada centímetro cúbico de mi integridad física que hasta ese día nunca me había traicionado de esa manera tan baja y carnal. No podía parar de temblar como si dos placas tectónicas hubieran hecho coalición dentro de mí.

Corrí a bañarme lo más rápido que pude y me puse unos jeans, una camisa y zapatos sin medias. Me peiné, me cepillé los dientes y no dejaba de temblar. Recordé que siempre se debe usar condón pero no tenía ninguno, de hecho, nunca en mi vida había visto alguno, solo una vez en la clase de biología cuando la maestra Liliana nos dio una demostración de la forma correcta de ponérselo a una banana.

Rebusqué en los cajones de la habitación de mis tíos con la esperanza de encontrar alguno sin ningún éxito. Estaba totalmente paranoico y fuera de mi propio ritmo.

Rin - Rin.

Sonó el timbre. Me levanté de mi cama y vi por la ventana. No se veía ningún carro y el techo sobre la entrada me impedía ver quién estaba en la puerta.

Salí de mi habitación y comencé a bajar las escaleras. Paré un instante para pensar si lo que estaba por hacer era una buena decisión. No se me ocurría ninguna razón absolutamente válida y poderosa para creer que era un error así que continué mi descenso y abrí la puerta.

-Hola-

En efecto era el mismo hombre de hace dos meses. Aproximadamente 1.75, delgado, de brazos peludos.

Esperaba que el pecho y las piernas fueran igual. Ojos marrones y la edad era difícil de adivinar. Aunque nunca he sido bueno con ese juego.

-Hola, cuántos años tienes- le dije como si mi boca hablara sola.

¡Otra vez no! Cada vez que emitía un sonido era para decir alguna estupidez peor que la anterior. Menos mal que Eduardo sonrió, me imaginé que se iba a molestar y dejarme ahí bañado, parado y con el corazón bombeando sangre a mi pantalón.

-Espero que no te moleste que tenga 47 años- dijo sin quitarme sus ojos de encima.

-No, ¿quieres entrar?-

-Prefiero ir a otro lugar si no te molesta-

-Estoy de acuerdo-

Cerré la puerta y caminé detrás de él. Salimos del barrio y algunos cuantos vecinos alcanzaron a verme junto al hombre de los 47 años. No se veía gay, tenía una camisa a cuadros y unos pantalones de vestir. Me imagino los comentarios que llegarían a los oídos de mis tíos. Ya después pensaría en alguna explicación.

Lo seguí hasta la parada del bus a un par de cuadras. No puedo negar que esperaba un carro. Pero daba igual. No hablamos mucho en esos momentos cuando se

acercó el bus y subimos. Él pagó mi pasaje y nos ubicamos en una silla doble en la mitad, por suerte no estaba lleno, ya eran las 3 de la tarde y la ciudad estaba semi desierta.

Recorrimos muchos lugares, llevábamos una hora en el colectivo y nada que llegábamos a donde quiera que fuéramos. Estábamos entrando en el centro de la ciudad. Una zona oscura y desolada, en donde se la pasaban los drogadictos, bohemios y toda la onda "under" de la capital.

Empecé un tanto a asustarme. Nunca había estado en estos barrios, empecé a creer que no era después de todo una buena idea. Ese tipo que estaba a mi lado no lo conocía en absoluto. Era un completo extraño y podía ser un completo violador, secuestrador, asesino, pervertido, depravado, caníbal o explotador.

La emoción del comienzo se esfumó como un mago de Las Vegas y el terror comenzó a colarse por mi cuerpo.

-A dónde vamos- le pregunté con mi voz de confianza escondida.

-Ya vamos a llegar, no te preocupes que no te va a pasar nada-

-Eso espero, porque me falta un año para acabar el colegio-

-Jajaja, eres bastante gracioso y rápido para tener tan pocos años-

-¿Cuántos crees que tengo?-

-16-

-Hoy cumplo diecisiete-

-Entonces creo que encontraremos una buena forma de celebrarlos. Feliz cumpleaños-

Se levantó de su asiento y timbró para que le bus parara. Nos bajamos y vi alrededor. Era el centro en pleno. Edificios viejos, calles llenas de basura, gente loca caminando de un lado a otro vestida con harapos y todo tenía muy mal aspecto.

Caminamos otro par de cuadras más y llegamos a un lugar. Parecía un bar, entramos y había mesas de madera con sillas de plástico, todas ocupadas por hombres mayores con aspecto muy rudo. Parecían todos obreros de construcción u hombres que desarrollaban trabajos pesados. Eran algo ordinarios y burdos en su manera de actuar. Su ropa también decía mucho de sus vidas; camisas desabotonadas que descubrían vellos fuertes en el pecho, pantalones de overol gastados y manchados. No solo ese era un código que compartían, también las cervezas por montón encima de las mesas los hacía uniformes y pertenecientes a un mismo club de estatus social.

Las meseras estaban vestidas con minifaldas de prostitutas, cabellos abundantes recogidos en colas mal hechas y blusas que dejaban ver sus ombligos y la grasa acumulada en el estómago. Se me vino a la cabeza la frase de la profesora Liliana que siempre nos decía: "estudien para que no terminen en un bar de mala reputación". Esto era definitivamente a lo que se refería.

Tanto hombres como mujeres bebían las cervezas desde las botellas. A alguno les faltaban dientes y otros los tenían picados, fumaban y se reían a carcajadas altísimas. Las hacían sentarse en sus piernas y los besaban llenos de sudor en la cara mientras ellos metían sus manos por dentro de la minifalda.

Eduardo me tomó del brazo y me llevó a una mesa de dos sillas en uno de los rincones del lugar. Todo estaba medio oscuro y las rancheras mexicanas sonaban a través de los parlantes amarrados con sogas en las esquinas. Era un hueco asqueroso y sucio.

Se acercó de repente una de las meseras y nos miró a los dos. Esbozó una sonrisa casi imperceptible y saludó a Eduardo, luego nos preguntó qué queríamos tomar. Él pidió dos cervezas y yo no podía parar de mirarle la cara a esa mujer. Tenía pintalabios rojo barato y demasiado rubor. Yo le ofrecí una sonrisa tierna y ella me respondió con otra amplia y un guiño de ojo.

En menos de cinco minutos volvió con dos botellas de cerveza y las puso en la mesa. Se acercó a mi oído y pude oler su perfume. Era un aroma floral intenso mezclado con el humo del cigarrillo y el sudor. Puso sus labios muy cerca de mi oreja.

-Te traje un vaso para que no tomes de la botella. Eso solo lo hacen los hombres indecentes- me susurró.

No pude dejar de cuestionar mi decencia luego de ese comentario de la mesera de las medias de mayas rasgadas. Se alejó de mi cara y puso junto a mi botella un vaso desechable de plástico. Debió haber visto lo atento que estaba viendo hacia todos los lugares analizando cada rincón del lugar con mi ropa cara que me daban mis primos. De nuevo me sonrió asentó con su cabeza en dirección a Eduardo. Él respondió el gesto y se alejó.

-¿Te gusta el lugar?- me dijo Eduardo sin perderse un solo instante de mi adaptación al bar asqueroso.

-Sin duda alguna he estado en mejores-

-Lo sé. Ahora cuéntame cómo es eso de tu virginidad- El color rojo se instaló en mi cara al escuchar eso. Me tomé media cerveza de un solo trago y la dejé en la mesa.

-No creo que se deba explicar mucho eso. Quiero tener sexo- dije sonando despreocupado.

-¿Esperas tener sexo conmigo?, soy un poco mayor para ti ¿no crees?-

-Eso lo puedo decidir yo solito. ¿Todavía se te para?-

-¿Por qué me preguntas eso?- Él también se estaba comenzando a sonrojar, a pesar de sus estrategias para disimularlo.

-Para saber si eres demasiado viejo para mí. Si ya no puedes mantener una erección entonces creo que estoy desperdiciando mi tiempo-

Se quedó atónito con mi respuesta. Eso era genial. ¡Un punto para mí!

-Deberías buscarte a alguien de tu edad y enamorarte, podrías perder la virginidad con él y tendrías novio-

-No me interesa tener un novio. Lo que quiero es terminar de estudiar e irme de la casa. Trabajar y ganar dinero. Viajar, leer, vivir- eso había sonado muy esperanzador, con un gran potencial de ridículo o de libro de Paulo Coelho.

Mi cerveza ya se había terminado. Y como había entrado en terrenos en donde nunca había pisado antes, busqué con mi mirada a la mesera y le señalé mi botella para que me trajera otra.



Eduardo estaba divertido con todo lo que hacía. No ocultaba su placer al verme en el intento de actuar como un adulto.

Ella se acercó con la cerveza tomando la que estaba vacía. Me sonrió durante todo el rato y se fue. Al igual que con la primera, tomé mucho en el primer trago.

-Eres muy maduro para tu edad. Espero que no sea por los efectos del alcohol- me dijo con una cara de serio que no podía mantener mucho tiempo.

-No estoy borracho. Volvamos al tema. Tener sexo es una bobada, no se necesita estar enamorado de nadie para disfrutar. Toda la gente vive hablando del amor y esas cosas pero no se preocupan por nada más que sus míseras vidas limitadas y llenas de pesadillas como los hijos o las hipotecas o los créditos-

-Hey niño, te cuidado con lo que dices. ¿Qué tienen de malo las hipotecas?-

-Que lo único que hacen es recordarle que es tan pobre que debe estar endeudado durante toda su vida-

-¿Por qué conmigo?- me preguntó reflexivo y con la seria intención de volver al plano sexual.

-Porque se nota que te gustan muy menores. Sabía que ibas a aceptar-

-Me estás diciendo que tengo cara de pedófilo-

-Por suerte para ti, ya tengo diecisiete-

-¡Termina la cerveza que nos vamos ya!- sentenció luego de mi comentario de los diecisiete.

Me dio el ultimátum y no estaba seguro si se había puesto bravo. Estaba algo serio. Acabé la botella y nos levantamos. Lo seguí a la calle y caminamos una cuadra. El cruzó a una calle muy angosta, muy parecida a un callejón. En la esquina había algunas prostitutas que me enviaron besos. No estoy seguro que todas fueran mujeres de nacimiento.

Paramos en una reja blanca. Eduardo timbró y nos abrieron. Seguí detrás de él y una mujer en un mostrador protegido por otra reja le preguntó qué quería.

Él le dijo que una habitación y dos condones. Era un motel. Le dieron las llaves y subimos las escaleras, todas las paredes eran blancas. Abrió la puerta y me dejó entrar primero. Era una habitación como de residencia. La cama doble con cobijas blancas, dos mesas de noche a los lados, una ventana, una silla y encima de la cama una toalla con dos jabones chicos, el techo era alto y de madera, no tenía espejos como lo esperaba en un principio y un peine en una de las almohadas terminaba perfectamente con la decoración feng shui que imagino habría hecho la mucama.

-¿Estás listo?- me preguntó.

Sin responder a la pregunta me fui directo hacia él y lo apoyé contra la puerta. Comencé a besarlo. Mis manos estaban pegadas a mi cuerpo mientras las de él me tomaron la cara sin dejar de besarme. Bajaron hasta mis brazos y pasaron a la correa del pantalón. Con una de sus manos toco mi paquete por fuera y empezó a masajear. Estaba tan parado como podía estarlo alguien de diecisiete años que lo más cercano que había estado de tener sexo eran los videos porno de heterosexuales y esa escenita caliente de la película "Y tu mamá también" con Gael García y Diego Luna.

Me sacó la camisa y yo puse mis manos en sus Caderas. Era bastante delgado. No tenía el cuerpo marcado o lleno de músculos tonificados pero tampoco exceso de grasa. Su estructura física guardaba proporciones muy estándares. En una caminata torpe llegamos hasta la cama y me lanzó. Se quitó los zapatos con sus propios pies y su camisa de botones. Rápido se deshizo de mis zapatos y me jaló los pantalones. El hizo lo mismo con los suyos y se parqueó encima de mí.

Me besaba la boca y pasaba al cuello. Me gemía en el oído y metía su lengua. Esa sensación de su piel era nueva, excitante. Como lo había imaginado, tenía el pecho velludo. Movía su pelvis en contra de la mía aún con los bóxers puestos y no podía evitar soltar gritos. Su pecho

y abdomen eran fuertes y pasaba mi mano sintiendo cada vello, de ahí lo acariciaba hasta sus brazos gruesos. Trataba de tocar todo lo que podía. La espalda era ancha y lo agarraba de la nuca.

Sin darme cuenta, con un envi3n seco y sin aviso me volte3 y me puso boca abajo en la cama. Me sac3 el b3xer y empez3 a besarme las nalgas con peque1os mordiscos. Sac3 su lengua y lami3 toda mi espalda hasta llegar al cuello. Mi piel estaba erizada completamente. Ponía sus manos en mis hombros y apretaba con fuerza.

Solo me dejaba ir. Era como si quisiera esa fuerza, que al tiempo fuera suave pero con persistencia, medio salvaje y medio cari1oso. Todo su peso sobre mí llevaba a mi mente fuera de este mundo.

Me volte3 y comenz3 con el sexo oral. Ya lo había visto en los videos. Pero en la vida real era realmente fuera de concurso. Me agarraba con fuerza de las sábanas como película romántica y me retorcía. No paraba de lamer y yo cerré mis ojos porque no era capaz de verlo. Además estaba quedándose calvo en la parte superior de la cabeza y era lo menos sexy en lo que podía fijar mi mirada en ese momento.

Al parecer terminó allá abajo y vino a seguir con mi boca.

-¿Quieres intentarlo tú?-

Por su puesto que quería. Pretendía tachar de mi lista todas las actividades posibles. Lo acosté sobre la cama y empecé a besar su pecho hasta estar casi a la altura del asunto. Antes de ir por el premio tuve que usar mis dedos para sacarme de la boca algunos pelos. Eso no les pasaba a los actores de los videos. Tomé aire y sin mirar abrí la boca y comencé.

Hacía lo mejor que podía. No era tan difícil y Eduardo estaba en medio de gemido y gemido así que pensé que no estaba tan mal.

-¡Para, para!- me dijo tomando mi cabeza con sus manos.

-¿Lo hago mal?-

-No, pero ten cuidado con los dientes porque me vas a decapitar-

Me causó gracia. Hice una mueca de disculpa y volví al trabajo. Esta vez probé despacio y sin complicaciones y resultó mejor que lo anterior. En realidad me pareció algo aburrida esa parte, el que recibe placer es el otro y uno se dedica es a mantener la boca abierta y luego, cuando finalicé tuve que hacer algunos movimientos con la mandíbula porque estaba medio acalambrada.

-¿Qué quieres hacer ahora- me preguntó sin dejar de besarme y con su cuerpo de nuevo encima de mí.

-No sé. Se supone que tú eres el experto- le respondí

-¿Quieres ser activo o pasivo?-

-¿Se pueden las dos?- dije sin saber qué parte me llamaba más la atención

Soltó una risa y me miró con esa cara pícaro de ocultar algo que no me quería decir.

-Bueno, chico ansioso. Primero vas a ser activo para alcanzar a hacer las dos antes de venirme-

Supongo que era una muy buena idea porque estaba a punto de terminar. Todas las sensaciones tenían a mi cuerpo al borde de la locura.

Él se sentó encima de mí, tomó un condón de la mesa, y no pudo abrirlo. Sus manos estaban sudadas y le quedaba difícil rasgar la envoltura. Probó con los dientes y lo logró. En las películas tampoco mostraban todo ese tiempo perdido con el preservativo. Empezaba a pensar que eso del cine porno era todo un engaño. Me puso el condón con la boca y con cuidado se sentó encima. Fue muy lento mientras yo lo tomaba de los muslos y veía su cara de dolor con algo de placer, o placer con algo de dolor. Era difícil deducirlo.

El movimiento era muy cuidadoso y toda mi mente se concentraba en lo que sentía mi parte media. Era en extremo delicioso sentirlo. Pasaba mis manos por su pecho mientras él usaba sus piernas para subir y bajar. Estaba a punto de terminar y al ver el mi cara de "ya me voy a venir", se salió y me agarró con fuerza las manos para evitar que yo terminara el trabajo.

Bajó la sensación y en medio de mi frustración e incomodidad él tomó otro condón. Se lo puso solo y se acomodó encima. Tomó mis dos piernas ubicándolas a cada lado de su cabeza sobre sus hombros.

-Intenta relajarte, si no lo haces te va a doler mucho más-

La palabra dolor hizo que me aterrorizara un poco pero cerré los ojos y pensé en algo relajante. No recuerdo que era. Tuvo que haber sido la imagen de mi abuelo en el piano.

Abrió una bolsa de lubricante y lo regó por doquier. Comenzó muy lento mientras introdujo su dedo pulgar en mi boca. Fue muy despacio y al menos gemido que yo emitía él paraba. Dolía y mucho. Pasaron diez minutos antes de poder estar todo dentro. Empezó el movimiento despacio y en aumento de la velocidad. Me volví loco del éxtasis. Era la mejor sensación del mundo, estaba descontrolado,

en otro universo. Pasar del dolor a ese placer no tenía descripción alguna. Era como si juntaran la navidad con el cumpleaños. Como si Papa Noel existiera y transportara al niño Dios en el trineo para repartir entre los dos los regalos. No cambiaría eso por nada del mundo. Ni siquiera porque mis tíos se fueran del país por seis meses.

Al terminar sentí que mi cuerpo explotó llenando de mí toda la habitación, todo el motel, todo el barrio. Estábamos sudados y acostados uno al lado del otro. Ahora que había pasado la emoción me percaté del ventilador de techo funcionaba muy lento, era un deshecho de electricidad y también del olor. Un cuarto de motel tiene un olor a nada. A esa nada desolada llena de suspiros y necesidades inaudibles.

-¿Te gustó?-

Era la pregunta más estúpida que alguien me había hecho en toda mi vida.

...

-¡Sergio!, vuelve al planeta, te pregunté qué vas a hacer para tus dieciocho- Rocío chasqueó sus dedos en mi cara y me trajo de nuevo al mundo.

-Lo siento Rocío, estaba acordándome de algo. Aún no se. Conocí hace algún tiempo a un señor que es dueño de



algunos bares en el centro de la ciudad y me dijo que cuando fuera mayor de edad, si quería un trabajo, lo llamara y el me empleaba en uno de esos lugares. Creo que voy a llamarlo para ser mesero, dice que las propinas son muy buenas-

-¿Quién es ese señor?- Me preguntó. Siempre le contaba todo pero esa historia la había dejado solo para mí.

-Se llama Eduardo, es una historia bastante larga, otro día te la cuento-

Un día más y legalmente podría ir a lugares nocturnos, podría trabajar y si me iba bien, hasta sería una buena opción independizarme. Pero por ahora, estaba preocupado por Marcos. No había venido en todo este tiempo y sentía que era mi culpa.

Puede que después de todo no era homosexual y no haya vuelto por pena. Me sentía responsable. Lo próximo que debía hacer era buscarlo y aclarar las cosas.

## **4. La chica Cross**

**(Marcos)**

Espero que no sea una mala idea. Ojalá sea una buena persona. Además de la mala reputación que tiene no lo conozco en lo más mínimo. Solo lo veía en las clases y me intimidaba. Tiene mucha técnica en danza, baila muy bien, se nota que lo ha hecho por años y suele ser algo arrogante.

No sé ni siquiera qué le voy a decir. Ya me estoy poniendo nervioso. Mejor me voy, esto es una estupidez, me voy a seguir con mis problemas en otro lado.

Doy media vuelta y emprendo el camino de regreso a casa de Wendy. Me detengo a tres cuadras. Pero... no tengo nada que perder, a lo mejor podría ganar mucho con esto. Me devuelvo y camino de nuevo las mismas tres cuadras hasta la puerta de la escuela de baile.

Llevo una hora a la espera que salgan del ensayo grupal y poder hablar con Sergio.

Pero... ¡por Dios! Llevo parado mucho tiempo acechando esa puerta, la gente va a empezar a sospechar algo raro. Mejor voy y le doy una vuelta a la manzana. No vaya algún vecino a pensar que soy un ladrón o peor aún. Un asesino. Comienzo a caminar.

Llego a la esquina de la tienda y cruzo a la derecha. Le doy una vuelta entera. No pasa nada interesante en ese barrio. Un perro blanco grande que parece fino estaba en medio de su descarga de excremento junto a un árbol. Dos niñas pasan con sus uniformes de

colegio a mi lado, ni siquiera me miran, alcanzo a escuchar cuando una le dice a la otra que besó a un tal Bryan en el recreo. Al parecer, al igual que yo, todo el mundo tenía sus propios dilemas amorosos que los hacían pensar y pensar durante horas eternas.

Llego a la otra esquina donde hay un local de internet. Un hombre con traje de ejecutivo y corbata hace un chiflido y se viene a toda velocidad el perro blanco que acaba de dejar sus desechos en el árbol de algún vecino. Ni siquiera tuvo la decencia de recoger la mierda de su perro en el espacio público.

Lo miro mal pero ni siquiera me determina. Un señor sale de su casa con su silla y se sienta en el andén en la esquina de enfrente. El sol emite sus últimos rayos de luz antes de esconderse al otro lado del planeta y volver a visitar la ciudad mañana muy temprano.

Cruzo de nuevo y hay dos tipos fumando cigarrillos apoyándose en una pared larga llena de grafitis que componen una majestuosa obra de arte contemporáneo. Uno le dice al otro que su sueño es llegar al mundial de futbol. Con ese cigarro va a llegar por mucho al pasillo de enfermedades respiratorias del hospital.

Estoy de nuevo aquí frente a la puerta de la escuela. En cinco minutos se termina la clase y empiezan a salir los estudiantes. Sergio va a salir y voy a ir tras él hasta que esté solo para poder hablar sin que

nadie nos escuche, ese es mi plan. Mejor me siento en la esquina para que al salir no me mire nadie. Emprendo mi viaje hasta la esquina y me acomodo en el andén esperando los tres minutos restantes.

Es hora. Ya casi no queda rastro de sol y por la puerta sale gente de la escuela. Están en grupos muy grandes, no puedo ver a todos los que salen. Ojalá no se me escape. Hago malabares para ver a todos pero es casi imposible. Me acerco un poco para tener una mejor posición y evitar que salga sin ser visto. Estoy a dos locales de la puerta y nada que lo veo.

Ya empieza a disminuir el volumen de las personas cuando Sergio y Rocío salen directamente hacia el lado donde yo estoy. Los dos me clavan sus miradas y yo siento que se me está quemando la cara de la vergüenza. Vienen hacia mí. Debí quedarme lo más lejos posible. Me sonríen y Sergio levanta una mano para saludarme. Lo mejor es activar el plan B, voy a decir que pasaba por aquí y hacer de esto una coincidencia.

-Hola Marcos, tenemos mucho tiempo de no verte- dice Sergio algo emocionado, tiene razón, han pasado tres meses desde que dejé de venir -¿Dónde has estado?, pensamos que te habías mudado de planeta-

-Hola, lo que pasa es que he estado muy ocupado en el colegio y no había podido venir- esa mentira no sonó muy convincente.

-Bueno, lo importante es que has vuelto, ¿tienes clases a esta hora?- me pregunta Rocío con su mirada inquisidora, algo me hace pensar que ella lo sabe todo por medio de algún extraño poder sobrenatural. O es muy intuitiva o es bruja.

-No, solo pasaba por aquí, iba a encontrarme con unos amigos- eso sonó mucho mejor. Esto de las mentiras no es tan difícil.

-y... ¿Dónde se quedaron a encontrar?- me pregunta Sergio

-Eh... en el parque- ¡maldición!

-¿En cuál parque?- pregunta Rocío.

No sé qué decir, no se me ocurre nada, ni siquiera conozco ese barrio, solo venía a las clases y mi hermana pasaba por mí luego de salir de su universidad y nos íbamos en el bus como unas cotorras parlanchinas. Cada uno decía lo que le había pasado en el día y nunca me detuve a ver por la ventana.

-La verdad es que no me voy a encontrar con nadie. Quería hablar contigo Sergio- ahora si me siento como un completo imbécil, además de un mal mentiroso.

-¿Pasa algo?- me preguntó Sergio con una mirada preocupada

No sé exactamente lo que pretendía hacer al hablar con Sergio. Estaba perdido y mi vida se había convertido en un completo desastre. Debía hablar con alguien. Necesitaba que alguna persona escuchara lo que me estaba pasando sin juzgarme, sin hacer de todo un gran escándalo y algo en mi interior me decía que él era el indicado. Quizás la razón principal de haberlo buscado es que no tenía ningún amigo o cercano homosexual que me pudiera entender.

Tenía mucho miedo de lo que iba a pasar. Todo se había convertido en un infierno en muy poco tiempo. No se cómo ni por qué pero no tenía otra opción que él. Algo debía pasar, de lo contrario todo iba a acabar muy mal.

-No pasa nada, solo quiero contarte algo- me quedé en completo silencio y le dediqué una mirada de censura a Rocío que tenía clavada su mirada en mí sin siquiera pestañear. Era incómodo con ella ahí. No me generaba la misma confianza.

Rocío de nuevo con su extraño súper poder de saberlo todo, hizo una mueca y se despidió de Sergio, dijo que mañana se veían en la escuela y que le contara todo al

día siguiente. De pronto se sintió un poco rechazada y con su actitud de fría me dio un beso en la mejilla y me dijo que me cuidara. Se alejó despacio mientras cada tanto volteaba su cabeza a ver si todavía seguíamos viéndola. Llegó al final de la acera y cruzó hacia la derecha.

-Estoy feliz de verte Marcos, estaba algo preocupado por tu misteriosa desaparición. Dos días más y llamaba a la Nasa a que emitieran un comunicado de búsqueda inter espacial- Sergio sonrió y no puede evitar reírme del chiste.

Yo estaba mudo como si fuera un poste, sabía que le quería contar pero lo que desconocía era la forma de hacerlo. Me empecé a sentir un poco al venir a vomitar las cosas malas que me pasaban en la cara de un chico que me parecía simpático.

-¿Es algo malo?- dijo Sergio con un cambio de sonrisa a una sombra de confusión en su cara.

-Me echaron de mi casa- le solté la bomba sin ningún tipo de cuidado -Si quieres vamos a dar una vuelta y te cuento. No quiero estar aquí parado en frente de la escuela-

Sergio como que entró en un estado de shock. Su cara se puso en el modo: ¿qué demonios estás diciendo? Pero antes de decir algo, respiró un par de veces y no dejaba de mirarme con esos ojos marrones tan expresivos y llenos de vida. Abrió sus manos como si fuera a regañarme pero de nuevo ningún sonido salía de su boca. De repente exhalo un suspiro y me tomó de la mano.

-Vámonos de aquí-

Caminamos a una pizzería que quedaba muy cerca de la escuela. Nos sentamos en una mesa y él ordenó media pizza de champiñones. Me preguntó si yo quería algo pero recordé que no tenía mucho dinero y el que me quedaba debía ahorrarlo a toda costa así que pasé por alto la sugerencia y le dije que no quería nada.

-¡Señorita!- grito Sergio en dirección a la mesera que se había ido con el pedido -mejor tráigame una completa de champiñones y dos gaseosas de las que el dueño quiera-

-¿Te vas a comer una entera?- le pregunté.

-¡No, como crees!, estoy haciendo dieta. La otra mitad es para ti. La verdad es que odio comer solo. En el caso que no la quieras entonces la envuelvo en



servilletas y te la llevas en el bolsillo- respondió sin parar de sonreír.

-El problema es que no traje suficiente dinero de mi casa- le respondí. Definitivamente debía buscar apenas llegara a casa un tutorial por internet sobre cómo decir mentiras creíbles.

-No te preocupes por eso. Esta la pago yo-

-Te lo agradezco mucho-

-Quédate tranquilo. Además con esta me debes dos invitaciones, la primera era con el dinero de la apuesta ¿lo recuerdas?- Se me había olvidado por completo eso. Tenía toda la razón.

-Lo siento mucho, la próxima vez que nos veamos, yo invito- le dije en un intento de sonar confiado.

-Creo que sería mejor cobrártelo con besos- dijo con una sonrisa casi imperceptible.

Se me subió toda la sangre a la cara. Era muy coqueto y de la forma más descarada posible mientras yo luchaba por no decir mentiras estúpidas. Sergio me empezaba a generar problemas de piel.

La camarera volvió con la piza de champiñones cubierta con queso. La puso en la mesa junto con las bebidas y se retiró.

Comía muy rápido, se devoró dos trozos en menos de 7 mordiscos. Ese chico de verdad debía tener mucha hambre.

Recordaba los duros ensayos de la escuela. Yo terminaba muerto del cansancio y mi madre me esperaba en la casa con una comida enorme y un vaso de jugo de banano.

En el momento en que tenía la boca desocupada me preguntó lo que me pasaba. Que cómo era eso que me habían sacado de mi casa.

Le conté en medio de detalles y con toda la fidelidad posible los hechos después de la fiesta de verano. La pelea con mis padres, el internado de rehabilitación y lo que mi hermana había hecho para que me fuera de la casa y el papel que me había entregado con la dirección de Wendy.

Wendy era una amiga de la universidad de mi hermana Susana. Sus padres tenían mucho ganado y vivían en una ciudad pequeña rodeadas de mucho campo. Ellos le enviaban cada mes el dinero suficiente para tener un departamento con muebles y todo lo necesario para vivir cómodamente. Wendy es lesbiana. Se la pasa con amigas en el departamento que se quedan hasta tarde escuchando música y fumando marihuana. Como estaba aburrida de solamente ir a la universidad, se consiguió un trabajo como barman en un local cerca del edificio donde vivíamos. El lugar se llama "Leylas", van muchas mujeres lesbianas y ponen música buena. El trabajo lo hacía Wendy más por conocer mujeres y por no estar en la casa viendo películas que porque en realidad lo necesitara.

Le relaté a Sergio que mi hermana me daba parte del dinero que mis padres le daban cada semana para comprar sus cosas personales y solventar los gastos que le exigía la universidad. Faltaban 5 meses para cumplir 18 años y no podía conseguir un empleo siendo menor de edad. Además solo faltaban dos meses para terminar el colegio y graduarme.

Sergio estaba muy atento a todo lo que yo le decía mientras devoraba el resto de la mitad de la pizza que había en la mesa. También le hice saber que lo quería ver porque todo en mi cabeza estaba muy confuso. Mi vida estaba en pleno cambio y no tenía ninguna herramienta para enfrentar ese oscuro mundo homosexual que cada segundo me aterraba más y más.

Lo que no creí necesario decir era que sentía miedo. Estaba solo en un demasiado grande y tenebroso en el que no sabía enfrentar los obstáculos que se presentaran. Por las noches lloraba sin parar pensando en el pecado que había cometido. Yo crecí en medio de las leyes de Dios y no podía dejar de creer de la noche a la mañana que a lo mejor todo el horror que estaba experimentando era debido al castigo de Dios por no haber enfrentado mi lucha y evitado mi corrupción. Sentía una culpa profunda por lo que pensaba, lo que soñaba y lo que imaginaba con otros hombres.

Tampoco mencioné que tenía un terror indescriptible de solo pensar en contarle a alguien lo que estaba ocurriendo. Mi familia me hubiera dado la espalda. Mis amigos del colegio se hubieran empezado a burlar. Mis amigos del barrio no los veía más. Me encontraba en medio de un pasillo lleno de puertas cerradas y preguntas sin respuestas bajo la mirada inescrutable del Dios omnipotente, omnisciente y omnipresente.

-Es terrible todo lo que me cuentas. Tus padres son un asco- Me dijo Sergio devorando otro trozo de pizza, parecía un caníbal.

-No lo son. Han sido muy buenos durante toda la vida. Pero esto es algo que no saben manejar. Se les escapa de las manos- Era lo que pensaba de mi situación. En parte, yo me lo había buscado.

-De todas formas, es horrible la historia. Y ¿cómo puedo ayudarte? Si quieres me hago voluntario para ir a gritarle a tus papás que son los seres más horripilantes sobre la tierra. Después de los míos claro. Ellos sí que se llevan la medalla de oro-

-¡No! Por supuesto que no. Eso es lo que aún no tengo claro. Ni siquiera te conozco. Solo esperaba poder contártelo y que me entendieras.- Me sentía en extremo solitario, deprimido y encerrado en mí mismo.

-Bueno, lo primero es dejar aparte el drama por esas cosas. Si tus papás te echaron, déjalos ser. No te preocupes más. Ellos que son lo peor que te ha pasado. Los míos ni siquiera me llaman a preguntar si sigo vivo. Ahora lo que debemos buscar es soluciones. Necesitas un trabajo urgente para poder comer bien y seguir viniendo a bailar, estás mucho más delgado que la última vez que nos vimos en aquella fiesta- sus manos las puso sobre la mesa con los dedos pulgar e índice juntos. Parecía que estuviera haciendo planes para conquistar el mundo.

-No espero que me ayudes en nada. Tú debes tener tus propios problemas y no quiero que los míos sean una carga-

-Primero que todo ¡al diablo con las cargas! y antes de digerir mi pizza, te digo que dejes las bobadas. En parte yo soy responsable por lo lío en el que estás metido. Fue mi boca la que besaste así que soy tan responsable como tú de los atroces hechos, es como si estuviéramos embarazados, la culpa es de ambos- su voz siempre ocultaba algo de gracia que me hacía pensar que era su manera de burlarse de todo lo que lo rodeaba.

-Pero no sé. He hecho el intento de preguntar en restaurantes si buscan algún mesero pero nadie parece necesitar uno y menos menor de edad- era cierto, había estado en muchos lugares con la respuesta de siempre. Una negativa a mi solicitud de empleo. Contando que solo

podía trabajar en las tardes por el colegio, el proceso se hacía más complicado.

-Entiendo. Para eso necesitamos medidas más drásticas. Voy a llamar a alguien que nos puede ayudar en este caso.- sacó su teléfono del morral y buscó algún número en la libreta de direcciones.

Me inspiraba seguridad. Sergio es de esas personas con las que siempre te sientes de alguna forma protegido. Transmite ese sentimiento que te asegura que todo va a estar bien sin importar la mierda que te esté cayendo encima. Solo verlo moverse con tanta soltura por los lugares donde camina o entre la gente es su forma de demostrar que sin importar lo que pase, él siempre va a tener un plan para salir del enredo.

No conocía nada del mundo gay. Era como un principiante sin información. Sabía que me gustaban los hombres. Pero no todos. Solo los que tenían un aire de académicos revuelto con algo de aventureros y cariñosos. Los que te hacen creer que puedes reír por horas o hacer el ridículo en cualquier parte sin rechazos, sin que te estén corrigiendo. Alguien que te acepte como es y que crea que estás loco pero no más que él. Algo así como el príncipe azul de los cuentos. Así era Sergio.

Alguien al otro lado de la línea contestó el teléfono.

-Hola Eduardo-

...

-Sí, yo sé, tenemos mucho tiempo de no vernos. Todo va muy bien gracias. A ti cómo te va-

...

-Jajaja, me imagino. Mira necesito hablarte de algo. Es como un favor-

...

-Tengo un amigo que necesita un empleo. Es un chico que baila conmigo en la escuela y está pasando por una situación bastante difícil-

...

-Sí, bastante. Pero ni se te ocurra. Es un chico muy decente y en verdad sería de gran ayuda si le puedes dar algo, además tú siempre tienes vacantes en alguno de los bares, no te hagas ahora el desentendido-

...

-17, pero en pocos meses cumple 18-

...

-Mira, yo sé que es un poco complicado pero cualquier cosa está bien. Yo sé que en algo puedes ayudar. No seas así-

...

-Velo de esta forma: Si tuviera otra opción, te aseguro que no te hubiera llamado a molestarte.-

...

-Si es necesario, sí-

...

-Gracias. No te preocupes ya me pongo en eso-

...

-Chao y dile a Destella que el novio que tiene ahora parece un simio traído de algún lugar de África, que sea seria. Beso-

Colgó el teléfono y me ofreció una sonrisa que pudo haber iluminado todo el barrio. Sin decirme una sola palabra, se levantó de su silla. Fue hasta la caja y pagó lo que nos habíamos comido. La pizza estaba muy buena.

Volvió con su mano llena de monedas del cambio que le habían dado y alzó los hombros mientras las ponía en su bolsillo. Me indicó que me levantara y salió a la calle. Yo tomé mi morral y salí justo al lado de él. No me decía nada. Sonrió de nuevo casi que con todos sus dientes expuestos ante mí. Tomó mi mano con la suya y me jaló con nuestras manos entrelazadas y me hizo correr hasta la esquina de la cuadra.

Parecíamos película romántica de los años 80, yo me sentía extraño en toda la exhausta extrañeza de mi presente. Ningún hombre me había tomado la mano sin que fuera para saludarme de una manera formal. Se sentía



bien, era un apoyo. Sergio era el único lugar en el que me sentía a salvo y fuera de todas las tormentas en las que se había convertido mi existencia. También él tenía la mitad de la culpa de todo lo que estaba pasando. O por lo menos eso había dicho, aunque yo no quería que se sintiera responsable por nada y menos por mí.

Paró un taxi y ambos subimos. No sabía a qué lugar nos dirigíamos, tampoco me importaba mucho. Tenía la llave de la casa de Wendy y ella trabajaba hasta muy tarde así que no había problema. Me miraba y sonreía. Por mi parte no podía dejar de pensar que su alegría era contagiosa. Andamos como 15 minutos por lugares donde nunca había estado antes e hizo parar el taxi en frente de lo que parecía un bar. El barrio era algo solo y oscuro por no decir que se veía muy peligroso.

En la puerta Sergio tocó el timbre y esperamos un momento a que alguien saliera. Un hombre delgado, algo bajo y con los ojos azules salió de la puerta. Sergio lo saludó. Se llamaba Juan, al parecer era el hombre de seguridad. La verdad no sé de qué clase de males podría defendernos alguien como él. Sinceramente esperaba siempre a algún tipo con los músculos inflados y a punto de reventar de dos metros tan grande como los participantes de mister fisiculturista en vez de un flacucho con los pantalones a mitad de las nalgas y una mala postura que lo hacía incluso más bajo de lo que era.

Entramos y caminamos hasta la barra. Era un bar no tan grande, tenía luces de neón por todas partes. Una pequeña tarima y pista de baile. Las mesas de madera del tipo taberna del medio oeste se contradecía mucho con las pantallas de televisores grandes por todas partes con videos de música. Las luces estaban prendidas mientras dos jóvenes barrían el lugar y acomodaban las sillas.

Desde el primer piso se podía ver el segundo. Había un balcón en el segundo piso desde donde se podía ver la pista de baile y la tarima. En una esquina un montaje de equipos de música parecía ser el trono de quién ponía la música.

Un hombre más o menos mayor, salió en medio de unas puertas de madera movedizas. No era muy bello pero tampoco era feo. Me miró a mi casi que examinándome y luego salió para ir a abrazar y besar en una mejilla a Sergio. El saludo fue bastante eufórico.

-¡Hola Eduardo! cuánto tiempo. Pareces estar un poco más joven- le dijo Sergio sonriendo.

-No seas tan mentiroso que algún día me vas a convencer de eso- respondió Eduardo

-Te presento a Marcos, él es el amigo del que te hablé por teléfono- me señaló a mí con la boca.

Me extendió la mano y yo le di la mía. Esta vez volvió a escanearme de la cabeza hasta los pies con algo de morbosidad en su mirada. Era de esos hombres bastantes pícaros. Se le hacían unas arrugas extrañas en la frente cuando sonreía. Espero que cuando yo esté así de viejo no se me hagan también.

-Mucho gusto, mi nombre es Eduardo-

-Igualmente, me llamo Marcos-

-Tienes unos ojos preciosos- me dijo. Le solté la mano y agaché la mirada. Ya me habían dicho lo de los ojos pero no de esa manera tan sexual. Me sonreía de manera especial. Recordé cuando veía con mi hermana los programas de National geographic en los que el cazador escondido entre los arbustos tenía sus ojos enterrados en el pobre venado a lo lejos.

La puerta de entrada del bar se abrió y por ella se veía afuera a un hombre. Era un poco gordo. Debía medir un poco más de un metro con setenta centímetros. Tenía cabello como hasta la nuca recogida en una cola de caballo. Era rubio, un rubio antinatural, se notaba que se teñía el cabello a una legua de distancia. Se carcajeaba de la risa con el de seguridad. Le mandó un beso con la mano derecha al estilo diva del cine y entró.

Abrió los brazos hasta el cielo como si hubiera una multitud de personas que la estuvieran aplaudiendo en el lugar.

-¡Buenas noches a todo el mundo!- su voz era de lo más cómica. Un intento de hablar como mujer pero sin ocultar esa característica fuerte de la de un hombre.

Estaba vestido con un short de jean a lo vaquero, una camiseta con un estampado de Madonna, unos tenis y un reloj dorado de tamaño gigante. Eso sin contar los anillos en cada uno de los dedos y los aretes que parecían antigüedades precolombinas.

Tenía piernas de futbolista, brazos de futbolista y pecho de futbolista. No había visto en toda mi vida a un hombre tan folclórico. Era cuestión de imaginarse a un atleta de alto rendimiento vestido de mujer y mal maquillado.

Se acercó a donde estábamos nosotros y le dio un súper beso sonoro a Sergio y otro a Eduardo. En ese instante me miró de frente y se quedó todo en silencio por un par de segundos

-Eres el chico más lindo que he visto en toda mi vida- me dijo

-Gracias- le ofrecí una sonrisa tímida

-Y esos ojos que tienes son para morirse de amor- cada frase la decía con alto volumen, como si todo fuera un gran acontecimiento.

-Gracias-

-Qué hace un churro como tú hablando con Eduardo. ¿No me digas que le creíste lo que te dijo?, te aconsejo que corras porque es muy mal amante- volvió a decir con su chillido fingido.

Mi cara se puso roja de la vergüenza, era mucho más que imprudente. Volví a ver a Sergio y estaba divertidísimo con lo que decía. No sabía que decirle. Era toda una bola de energía que arrasaba con todo a su paso.

-Se llama Marcos, es un amigo mío que necesita trabajo y vine porque creo que Eduardo nos puede ayudar con eso- le aclaró Sergio mientras le prestaba toda su atención. Volvió a ver hacia mí e hizo una reverencia como de bailarina de ballet bastante torpe. Puso un pie delante del otro y se agachó abriendo un poco las rodillas y bajando al mejor estilo del lago de los cisnes. Luego se acercó y me dio un beso en la mejilla.

-Mi nombre es ;DESTELLA!- dijo con la voz más sexy que pudo hacer -soy la reina de todo este lugar- Sonreí porque me pareció lo más gracioso del mundo.

-Pero mira tus dientes, son perfectos- dijo Destella -así que estás en busca de un trabajo- asentí con la cabeza -pues no se hable más. Por supuesto que Eduardo te va a contratar. Hace mucho tiempo que le estoy pidiendo con suma urgencia un asistente porque una estrella como yo no puede andar con todas las cosas de un lado para otro. Así que tú eres el perfecto para el cargo. ¿No es así Eduardo?- volteó a verlo con su mirada letal.

Eduardo se quedó pensativo por unos instantes y luego asintió con su cabeza e hizo una reverencia como si estuviera en frente de toda la monarquía española reunida.

-¡Perfecto! Ahora que tenemos la autorización oficial del jefe todo está arreglado. Empiezas hoy mismo, vamos que tenemos mucho por hacer- Destella me tomó de la mano e hizo fuerza para llevarme. Yo me resistí un momento y miré a Sergio quien con una sonrisa me hizo una mueca de aprobación y entonces me dejé llevar por el chico - chica que parecía una estrella fugaz sin estela ni elegancia.

Fuimos hasta el fondo del lugar y cruzamos una puerta chica para entrar a una especie de camerino

improvisado que en realidad era el baño al que le habían puesto unas cuantas luces de más y un espejo enorme.

-¿Te parece este un camerino decente para una estrella?- antes de que tuviera la oportunidad de responder ella misma tomó la palabra -por supuesto que no. Me he tenido que aguantar estas incomodidades solo para no decepcionar a mis fans que vienen a verme todas las noches-

Destella era en realidad de una manera muy efusiva y confiada muy... destellante. Se sentó en la silla y yo en una junto a ella. Sacó de uno de los cajones de la mesita que tenía al lado derecho un montón de maquillaje que fue ubicando cuidadosamente encima junto al espejo. Una gama inmensa de delineadores, pintalabios, enchurcador de pestañas, lápices, polvos, rubor, brillo, sombras y cuanto era necesario.

Empezó a hablar como si fuera un monólogo. Me contó de todo un poco. En curioso como las personas hablan de sus vidas con desconocidos como si nada importara. En un intento desesperado por desahogarse, hacen catarsis con cualquiera que esté dispuesto a oírlos. Como al parecer mi trabajo era estar con ella todo el día entonces supuse que escucharla era parte del trato. Me relató detalladamente su fuerte pelea con su actual novio.

Habían discutido porque lo había descubierto con otro con el que ella ya había tenido sexo o algo así. Hablaba rápido y cuando llegaba al climax de su relato, suspiraba profundo y empezaba a hablar de otra cosa.

Sergio entró y se despidió. Me dijo que todo iba a estar bien y que mañana me llamaba para ver cómo había estado todo. Que no me preocupara por nada y que había quedado con Eduardo en que él me pagaba el taxi de vuelta a mi casa junto con el dinero por haber trabajado al final de la noche. Le dio un beso a Destella y luego llegó hasta mí. Me tomó la cara con sus dos manos y me dio un beso en la mejilla que me provocó una parálisis de cuerpo completo durante unos cuantos momentos. Le dijo a Destella que me cuidara mientras salía por la puerta del camerino.

-No te preocupes mi Sergy que este bombón está en las mejores manos de todo el mundo gay- dijo Destella.

Su transformación iba siendo sorprendente. Sus ojos brillaban y su piel se veía de un blanco uniforme bastante aceptable. Justo antes de aplicarse otro kilo de maquillaje en la boca y el cuello me preguntó por qué necesitaba trabajo y cuáles eran mis problemas. A mí no me gusta compartir lo que me pasa con mucha gente, pero luego de haberme contado hasta la cantidad de calzones que había comprado para tener feliz al novio, me pareció



justo hacerle un resumen poco dramático sobre mis necesidades. Le dije que me había ido a vivir a otro lugar sin mis padres por una pela enorme y ahora necesitaba dinero.

Ya eran las 10 de la noche. Destella estaba absolutamente hecha. Tacones de 13 centímetros de alto morados brillantes con plataforma. Pestañas postizas que casi le llegaban a la mitad de la frente. Labios brillantes como Cher en sus mejores momentos. Faja que no la dejaba respirar. Vestido rojo de lentejuelas hasta justo debajo de la rodilla y los respectivos anillos y pulseras porque sin ellos se sentía "desnuda". O eso era lo que decía.

-Mira querido. No te asustes por lo que va a pasar hoy- me dijo justo después de terminar de ajustar el relleno de su sostén derecho que consistía en una media velada con muchas espumas.

-No entiendo lo que me quieres decir ¿Qué va a pasar esta noche?- le pregunte casi en medio de un torbellino de ideas sobre lo que podría pasar esa noche en ese lugar de mala muerte.

-Cada mes, aquí en el bar "la galaxia perdida"- así se llamaba el lugar aunque no tuviera ningún tipo de letrero en la entrada. Destella me explicó que estaban en proceso de ahorro para poner el nombre en la puerta- se

hace una fiesta especial llamada la noche Cross. En ella viene un grupito de hombres que les gusta vestirse de mujeres- ella cuidaba cada una de sus palabras a la espera que yo tuviera tiempo de procesar la información. No era para tanto. Los hombres se visten de mujeres en muchas ocasiones. Los escoceses usan falda y los sacerdotes vestidos.

-Y... ¿qué tiene de raro eso?- dije con la confianza de parecer que no era gran cosa

-Bueno, espero que no te pongas nervioso o algo así. Son hombres normales. Más o menos son como 30 o 40. Es como un fetiche, de todos ellos solamente 5 o 6 son homosexuales, los demás son hetero-aburridos que te los encuentras en la calle un día normal y nunca sabrías que hacen esto-

-¿Por qué lo hacen entonces?-

-Ya te lo dije, es su fantasía. Les gusta sentirse mujeres. Yo al principio pensaba que todos esos eran gays escondidos pero mira que con el tiempo me fui dando cuenta que es solo un gusto. A muchos me los he encontrado en la calle con los hijos o con los trajes del trabajo y son súper machos. Algunos muy comestibles, no te lo puedo negar. Pero cuando los veo por aquí, te juro que se me cierra el culo con esas falditas-

-¿Y las esposas y los hijos saben?-

-No sé querido. Me imagino que muchas si porque no es nada fácil esconder vestidos y tacones en una casa de familia- me sonrió.

Eduardo entró. Estaba apurado. Le dijo a Destella que en media hora comenzaba el espectáculo. Ya estaban casi todas las Cross en el bar y a mí me hizo un guiño con el ojo y me dijo que cuando saliera Destella, yo me fuera para la barra porque iba a aprender a hacer cocteles.

-No te fíes mucho de Eduardo- dijo Destella -él no te va a hacer nada malo. Pero tiene sus mañas para confundir a los chicos y terminar cogiéndoselos para luego botarlos. Si quieres quedarte a trabajar aquí, nunca te acuestes con él. Trátalo bien, síguete el juego si sabes a lo que me refiero-

¿Tratarlo bien? ¿Seguirle el juego? ¿Destella me estaba hablando en algún tipo de clave morse gay? De ninguna manera pensaba acostarme con Eduardo. ¡Por Dios!, nunca me había acostado con alguien.

¡¡¡Y AHORA CON USTEDES, SEÑORAS Y SEÑORAS LA ESPECTACULAR, LA DESLUMBRANTE, LA ÚNICA QUE TIENE ALGO

MAS GRANDE QUE EL MICRÓFONO ENTRE SUS PIERNAS... MISS DESTELLA!!!

Risas - aplausos - risas - aplausos - risas - aplausos.

-Nos vemos allá afuera precioso- me dijo con un beso en el límite de los labios y la mejilla. Levantó su cabeza y salió de ese camerino al encuentro con su destino.

Salí detrás de Destella y me fui a encontrar con Eduardo detrás de la caja. Dejó lo que estaba haciendo para preguntarme si estaba bien. Respondí que por ahora sí. El bar estaba ahora oscuro. Solo las luces de neón y las lámparas de las paredes junto a la luz fija que seguía Destella en el escenario estaban encendidas. Se me revolvió un poco el estómago al ver a todos los espectadores.

Parecía una fiesta de disfraces: hombres con pelucas, vestidos, tiaras, relojes finos y maquillaje por doquier. Si Destella no me hubiera advertido seguramente estaría en una misión para huir de allí. Ninguno se veía realmente como una mujer y pocos en realidad se asemejaban bastante al concepto de femenino, a pesar de ello, todos actuaban como unas damas. Se acomodaban el cabello postizo con toda la precaución del caso y

cerraban las piernas para no parecer vulgares. Incluso algunas hacían un ademán para acomodarse el relleno del corpiño.

No podía ni siquiera pestañear. Había una alta, muy alta, debía medir más de un metro con ochenta con una peluca rubia hasta la mitad de su ancha cintura. Tenía un sombrerito de policía y un enterizo de cuero que apretaba su relleno de tetas y que le quedaba muy corto. Sus piernas eran gruesas como las de un jugador de rugby y las botas de cuero bajaban desde sus rodillas hasta el tacón alto. Sus brazos estaban cubiertos por unos guantes que casi le llegaban a los hombros al mejor estilo de Audrey Hepburn. Era la cosa más extraña y grande que veía a lo lejos.

No eran tan jóvenes. El que menos edad tenía era un tipo tímido sentado en una de las mesas contra la pared. Tenía el cabello negro largo y un vestido con escote. Un collar modesto y nada de relleno. No podía pasar de 35 años. Se había puesto un poco de pintalabios rojo barato y algo de sombra morada en los ojos. El más viejo, por su parte, podría tener al menos 60 años. Era un hombrecito encorvado con una falda de señora beige y una blusita muy recatada blanca. Perlas como aretes y un peinado muy a lo Vilma Picapiedras.

Llegué a la barra donde me esperaba Eduardo con la misma sonrisa "sensual" de hace un rato. Me entregó un

delantal y me presentó a los dos chicos de la barra. Uno era un señor que se encargaba de la comida que ordenaban, que se reducía a hamburguesas con queso, papas fritas o perros calientes. El otro era el encargado del trago. Hacía las bebidas y las servía. Se llamaba Franco aunque todos le dijeran Frank. Era de unos 26 años o algo más. Era muy guapo; ojos negros y cabello negro corto, su piel era blanca como la de un vampiro y su mirada amable.

Me explicó lo que debía hacer. En realidad no era muy complicado. Si me pedían un Cuba libre entonces en un vaso ponía una medida de ron, hielo y coca cola. Si lo que querían era un margarita entonces tomaba una medida de tequila, una de zumo de limón y algo de sal. Si la gente pedía una cerveza entonces se la servía en un vaso de pasta pero nunca debía darles la botella porque con eso peleaban cuando estaban muy borrachos. Si querían alguna otra cosa le decía y él se encargaba y ya con el tiempo iba a ir aprendiendo a hacerlos todos.

Destella se movía en la tarima como toda una estrella de rock. Hacía chistes con los asistentes. Daba la bienvenida a las nuevas chicas Cross y bromeaba con las antiguas.

-Hoy por ser el último día del mes, tendrán un descuento del 50% en todos los cocteles. Solo les digo que cuando estén borrachos tengan cuidado porque de

pronto la compañera de al lado le da por meterles la mano en la falda pensando que es la de ellos-

(Risas)

Todos reían con cada frase de Destella. Era toda una diva. Por suerte Eduardo estaba todo el tiempo en la caja. Cada tanto miraba a ver lo que estaba haciendo. El trabajo era divertido. No era nada complicado y las chicas Cross eran muy respetuosas, debía ser por el hecho que no eran homosexuales, es decir, que les gustaban las mujeres así que no me veían como algo especial y no tenían ningún interés sexual ni en mí ni en nadie del lugar. Solamente una que estaba bastante prendida por los tragos, hizo que me acercara a su cara y me dijo en el oído: "Que niño tan lindo. Si te tuviera una hora no sabes todo lo que te haría con mi boca". Me empezaron a temblar las manos cuando lo decía y Frank vino a mi rescate. Me la quitó de encima y él fue quien la atendió. Tenía olor a alcohol y me había agarrado por la nuca.

-Debes acostumbrarte, siempre hay alguno pasado de copas que empieza a faltarte al respeto- me dijo Frank luego que se fuera con un vaso de vodka con naranja.

Eduardo me pidió subir donde estaba el dj y preguntar cuánto tiempo faltaba para que terminara Destella. Subí las escaleras y un par de Cross en una mesa me mandaron besos con sus manos de hombres. Llegue donde el chico de la música y le pregunté. Me dijo que esperara un momento mientras hacía el cálculo del tiempo restante.

En una hoja de cuaderno estaba especificado todo el programa de la noche.

*Destella destella.*

1. *Saludo inicial y monólogo*
2. *Like a virgen - Pista de Madonna (carpeta de música en la memoria)*
3. *Imitación de Laura en América*
4. *Juego baile de parejas (preparar tango, samba y merengue)*
5. *Crazy in love - Pista de Billonce*
6. *Receso - Mix de Shakira (Loba, Rabiosa y Las caderas)*
7. *Juego de jemidos (bajar el otro micrófono)*
8. *Música de striptis*
9. *I will survive - Pista Glorya Geitner*
10. *Final, despedida.*



-Dile que faltan 10 minutos- me dijo el dj.

Estaba completamente seguro que había errores de ortografía imperdonables en esa lista. Al parecer eso de la escritura no era el don de Destella. Bajé y le mostré los diez dedos de mi mano a Eduardo para evitar tener que ir hasta la caja a decírselo. Él con los labios dijo gracias y volví al lado de Frank a seguir dando licor a las chicas que a esa altura de la noche ya tenían muchas copas y se había deshecho de las voces agudas trabajadas para volver a las fuertes de hombres.

Terminó el espectáculo con una pose estelar de Destella y todos aplaudían de pié. Casi como si el teatro Colón de Buenos Aires se hubiera levantado para darle un generoso aplauso al ballet ruso.

Destella tenía una sonrisa que escondía cansancio. El sudor le bajaba por la cara luego de su interpretación impecable del tema "I will survive". ¡Que energía! ¡Que pasión! ¡Que entrega! Se apagó la luz de la tarima y con una señal me indicó que la acompañara.

La alcancé en la puerta del camerino y entramos juntos. Le ayudé a quitarse el último vestido que era un disfraz de la edad media con una red de varillas como corsé.

-Casi no pude respirar con toda esta armadura- me dijo sentada en la silla con la cabeza en frente del ventilador que movía su peluca hacia atrás. -¿Cómo te fue en la barra, lindo?-

-Muy bien Destella-

-¿Y con Eduardo?-

-Me mantuve bastante lejos-

-Bien hecho chico. Ahora ayúdame a quitarme las botas y luego subimos a comer algo-

Le bajé la cremallera de cada bota que le llegaba muy por encima de la rodilla y las puse a un lado del espejo. Ella se puso un vestidito suelto, se cambió de peluca a una negra lisa que le llegaba hasta la mitad de la espalda, se tomó el último sorbo de champaña que tenía en una copa, se paró y apagó la luz.

Salí detrás de ella por las escaleras y nos dirigimos a una mesa al fondo del segundo piso. Las Cross en otras mesas la saludaban y felicitaban por la función de la noche. Había estado espectacular. Ninguna como ella.

Llegamos y nos sentamos. Uno de los meseros se acercó a preguntar qué iba a comer Destella. Ella pidió dos hamburguesas con todo lo que le pudieran echar y dos botellas de cerveza.

-¿Ahora qué piensas de las Cross?- me preguntó Destella

-Creo que sus esposas son muy felices. Ellos mismos prueban la incomodidad de los tacones y el maquillaje- Destella se reía con un gesto de burla

-Sí. A mí me parecen muy valientes. No tienen miedo a mostrar su lado femenino y a pasar un buen rato. Todos actúan como verdaderas mujeres. Eso los debe hacer menos prejuiciosos. Por ejemplo, el que está sentado en aquella mesa se llama Verónica- me señaló a una que tenía un vestido largo como de gala azul celeste y una peluca color marrón -él tiene un hijo homosexual. Un día me dijo que había empezado a venir para poder entender más a su hijo-

Esa idea no me parecía tan descabellada, ese tenía brazos marcados, como si hiciera pesas.

-El grupito de tres que está sentado junto a la puerta trabajan juntos en el ministerio de defensa. Aquí son conocidas como las mellizas. Se llaman Carla, Mónica y Perla- estaban riendo, lo común entre todas era que tenían pantalones de cuero muy pegados y zapatillas muy altas, las blusas eran diferentes para cada una -Mónica fue la primera que vino porque vio la información en Facebook, luego un día trajo a Perla y tiempo después, entre las dos convencieron a Carla de venir. El caso de Carla fue muy difícil, como ella misma dice: sacarla del

closet fue la decisión más horrorosa que ha tomado pero la más liberadora de toda su vida-

No podía evitar preguntarme las razones por las que cada una hacia esto. Debían tener muchas cosas en sus cabezas antes de haber dado el paso. Pensaba en la chica que era nueva, la delgada con el pintalabios barato. Se veía muy nerviosa siempre y evitaba pararse o hablar con alguien que no fuera su amiga con la que había venido.

-La que está junto a la barra pidiendo un trago se llama Anastasia, en la vida real es ingeniero mecánico. Un día llegó con su esposa porque ella había descubierto en el baúl del carro unos tacones talla 42. Él le explico todo pero ella, incluso así, no entendía absolutamente nada hasta que vino a conocer a las demás. Después de ese día dice que lo alienta a venir cada mes y ella no lo acompaña porque se siente excluida. Aquí entre nos, la esposa también me confeso que desde que su esposo la trajo, el sexo ha sido alucinante, ya no se inhibe en la cama y cogen como conejos-

Todas tenían una historia diferente, pero en términos generales sus vidas se reducían a la misma regla: de día eran hombres de familia y una noche al mes se convertían en las reinas de "La galaxia perdida".

-Esa que está allá se llama Isabel. Casi no habla de su vida privada- estaba sentada con otras cinco en una de las mesas, no las había detallado porque ninguna se acercó a la barra. Fueron atendidas toda la noche por uno de los meseros. -Isabel llegó sin ser invitada, nadie la conoce fuera de su personaje. El rumor de Isabel es que al parecer es alguien importante pero ninguna de las otras ha dado con la verdad sobre su vida fuera de estas paredes- Destella se quedó mirándola como si telepáticamente fuera a descifrar la verdad que ocultaba la chica a la que llamaba Isabel.

Una por una me fue diciendo la vida de todas las chicas del lugar, algunas más bonitas o bonitos que los otros. También me contó su propia historia. Me dijo que desde que tenía nueve años, su padrastro abusaba sexualmente de ella y de sus hermanos. Su madre trabajaba mucho y nunca se enteró hasta que un vecino un día vino a la casa a pedirles un favor y escuchó ruidos extraños. Dio la vuelta a la casa y por una ventana vio cuando el padrastro estaba teniendo sexo con el hermano de Destella. Él era menor, tenía en ese instante siete años.

Cuando se enteró la madre lo dejó y vinieron más padrastrros, uno más malo que el anterior, les pegaba o los trataba como sirvientes. Su hermana mayor se escapó con un novio que se consiguió y nunca más volvió a la

casa. Cuando Destella cumplió dieciséis años, decidió irse de la casa y se llevó a su hermano. Pasó por muchos trabajos horribles hasta que empezó a trabajar en una oficina como asistente administrativo. Ahí duró mucho tiempo y su vida mejoró un montón. Pero un día no aguantó la rutina y como ella misma lo dice "se puso el vestido y salió a encantar las noches".

-Mi hermano creció conmigo y cuando cumplió 21 años, conoció a un señor muy importante que se enamoró de él y se lo llevó a vivir a Suiza. Ahora es un médico y nos vemos como cuatro veces al año. Se la pasa diciendo que me vaya con él y el esposo a vivir allá pero yo no quiero dejar Bogotá. Esta es la vida que yo conozco, además no quiero andar de tercero. Me alegra mucho que él sea feliz- terminó de esa manera su relato.

Llegó el mesero con las dos hamburguesas y las cervezas. Cada tanto veía a Isabel, tenía una estructura ósea bastante armoniosa, pensaba que se parecía un poco a mí, compartíamos un secreto que no podíamos decirle a nadie por todo el daño que eso implicaría.

Le pregunté a Destella pero no tenía más información sobre Isabel. Le dije que ojalá no estuviera sufriendo mucho por tener que ocultar un secreto como este.

-La manera más fácil de reconocer a las chicas es con la voz. Por mucho maquillaje o relleno que usen, la forma en que hablan nunca la van a poder cambiar- me dijo Destella.

Tenía razón. Muchas de las que se habían acercado a la barra a pedir licor ya estaban tan mareadas que hablaban como si estuvieran en una oficina de abogados. Algunos con voz muy gruesa y otros con una agudeza no tan marcada.

-Cariño. Necesito que me hagas un favor.- Me dijo Destella mientras comíamos la hamburguesa a la que ella le había adicionado toneladas de mostaza.

-¿De qué se trata?- le pregunté.

-Necesito que vayas hasta la mesa de las cinco chicas, la de Isabel y hables con la que tiene la peluca rubia al estilo Shakira. Dile que por favor me envíe el encargo- la reconocí de inmediato, su cabello era muy abundante.

-Bueno- Me paré de la silla e iba a emprender mi viaje cuando Destella atrapó uno de mis brazos y me volvió a sentar en la silla.

-No. Eduardo no te puede ver. Debes ir como incógnito. Es una misión secreta- dijo Destella acercando su boca a mi oído y dejando lápiz labial con brillante en el borde de mi oreja.

-y... ¿Cómo se supone que vaya de incógnito?- me quedé pensando.

Diez minutos después de la hamburguesa estaba caminando en tacones bajitos con mi concentración puesta en no tropezar con nadie. La gran idea era ir vestido como una cros y no había forma de negarme. Destella había sido muy amable conmigo y se supone que me pagaban por cumplir sus caprichos. El dj estaba poniendo rock de los años noventa y yo caminaba despacio con la peluca negra larga de Destella. No había sido capaz de ponerme el vestido largo que me había ofrecido así que opté por un short y un nudo en la camiseta a la altura del ombligo eso bastaba para no desentonar. Gracias a Dios era lampiño.

No solo tenía que evitar caerme en medio de la obscuridad y 7 centímetros más alto de lo normal sino prevenir que Eduardo me viera porque seguramente si se daba cuenta me echaría a patadas de ahí. Destella cordialmente se ofreció a distraerlo un rato para que yo pudiera cumplir mi misión y se fue directo a la barra a coquetearle y a insinuarle un aumento de sueldo.

Me acerqué por la espalda de Isabel para que no tuviera la oportunidad de verme. Casi estaba junto a ellos y fingí que me estaba acomodando un zapato. Me acerqué un poco más a la mesa y le dije al oído a la que



se parecía a Shakira que venía por el encargo de Destella. Ella miró hacia la barra y en efecto estaba Destella asintiendo con la cabeza. Era su forma de asegurarse que yo era el encargado de la misión. Me dijo que esperara un momento y empezó a rebuscar en su bolso de mujer.

Era tal como decía Destella. Tenían su voz de hombre. Luego de las cervezas y los cocteles con sombrillas al mejor estilo caribeño ya no ponían esfuerzo en hacerla más aguda o más suave. Una de las chicas estaba hablando de su jefe en el trabajo que era un tonto cuando de repente habló Isabel. Su voz se me hizo más que familiar. Me quedé petrificado agachado como estaba. Sentí una punzada y un dolor horrible en el corazón. Shakira puso en mi manó una bolsa llena de un polvo blanco mientras yo estaba escuchando la voz de esa chica misteriosa. Isabel era mi papá.

## **5. Vaselina para curar**

**(Sergio)**

Hoy me desperté con instinto de filósofo. No dejaba de pensar en eso de la libertad. Pronto eran las

elecciones políticas en el país y todos repetían mucho la palabra libertad. Cuando eres un hombre libre te sientes como si todo el mundo girara alrededor tuyo. Al diablo los problemas de los demás y al diablo también esa vaina de Paulo Coelho de querer enseñarle a todo el planeta el camino de la paz interior que él encontró porque tiene plata y ha podido viajar a todos los jodidos lugares del mundo.

La felicidad no depende de los millonarios que están tan ocupados acumulando dinero, que no tienen tiempo para gastarse más de tres minutos orinando en un baño público. Mirando la mala ortografía de alguien que escribió en la pared con marcador la frase "el que lea esto es un marika". Para empezar, marica es con c y si no, que lo diga Gabriel García Márquez al que tanto le preocupaban esas cosas de la gramática y la ortografía.

Por mi parte creo que queda mejor "marika" y también por el mismo camino cambiaría la palabra cabrón por kabrón. Como diría Fernando Vallejo; la palabra tendría más prosodia. De cualquier forma, marica el que escribió eso en la pared por pendejo y por bruto.

Sigamos pensando en la libertad, porque si conocía a personas libres, esos eran mis papás que deben estar sabrá Dios dónde, en la tarea de fumar marihuana o bailando por ahí en alguna parte de este mundo cruel. Libertad la de esos políticos con sus caras invadiendo el

espacio público que lo único bueno que hacen es absolutamente nada.

Estoy caminando justo por la calle más bonita del barrio y no se me ocurre nada que sea completamente libre sobre este mundo o sobre la vida que nos toca vivir a cada uno de los espermatozoides que entre muchos millones logró ganar la carrera y fecundar el premio. En ocasiones me pregunto qué pensará Dios de todo esto. Si yo fuera Dios, seguramente sería uno medio malvado y con un sentido del humor más explícito.

En el octavo día de la creación luego de tanto trabajo y el domingo de descanso me hubiera puesto tomar cubas libres con los pies sobre una silla mirando a Adán y Eva como si estuvieran en un reality show de esos que tanto rating alcanzan.

No es solo cuestión de sentido común. También es de inteligencia emocional. Solía trabajar como bailarín de fiestas infantiles los fines de semana y era como entrar al infierno. Entre niños maleducados y papás obsesivos por ganarse un peluche barato para su hijo, pasaban las dos horas en las que más quería que se soltara alguna plaga como las de Egipto pero en vez de mosquito fueran pastillas de solidaridad para todas esas personas descontroladas por el exceso de azúcar del ponqué, que creen que todo en el mundo es una competencia y que por más insignificante que sea el premio, quieren ganárselo

solo para sentirse superior que los demás. Es un poco despreciable esa rivalidad entre los mismos humanos. Alguna vez escuché decir en alguna entrevista o libro que nuestra especie era la única en todo el mundo que mataba a su semejante por razones que nada tenían que ver con la supervivencia. Era muy curioso, incompresible y lamentable.

No importa mucho lo que yo haría con el mundo. Lo que en realidad es trascendental es lo que me dijo Rocío. No había celebrado mi cumpleaños número 18 y estaba muy mal eso. No todos los días se libera uno de esa estúpida regla de tener un representante legal.

Inconforme con mi celebración que se redujo a una torta comprada por Rocío y comida en un parque, me fui al ensayo de la escuela de baile directo a hablar seriamente con Sebastián, el otro de los tres que habíamos quedado del grupo original en la escuela. Él ya estaba por los 19 y se había curtido en el mundo y la rumba gay. Dictaba clases de baile en la escuela y además bailaba en algunas discotecas de ambiente de la ciudad (para los que no sepan que es eso de "ambiente" pues es la forma decente de mencionar los bares y clubes destinados a que lesbianas y homosexuales se encuentren y se levanten a alguien con quien tengan sexo seis horas después de conocerse y una después de haber cerrado el antro).

Ya tenía en mente preguntarle si me podía ayudar a entrar a alguno de esos lugares para ganar más dinero pero la verdad era que me iba muy bien con los trabajos del colegio y quería hacer otra cosa al graduarme. Aunque siempre estaba esa posibilidad. Se me paraba el pantalón de solo pensar en bailar en las barras de locales nocturnos con tipos por todos los lados con billetes que osaban dejar en mi bóxer de cuero. Lo más cliché pero también lo más fácil.

Los sábados venía muchísima gente a la escuela. En la mañana eran las clases de los niños y las niñas que iniciaban en ballet con sus papás en el pasillo hablando de la economía el país y del precio de los tutús. Mientras eso pasaba en la primera planta, en la segunda estaban sudadas como unas obreras de construcción las amas de casas que tomaban las clases de baile fitness y aeróbicos. Nada mejor que empezar el fin de semana eliminando toxinas (eso decía el afiche que nos tocó repartir cuando se estaba promocionando ese horario de clase).

Seguí en mi ascenso a ver qué más encontraba y los de hip hop invadían la tercera planta del edificio con sus pantalones anchos y sus franelillas que dejaban al descubierto todos los tatuajes de calaveras y los nombres de novios y novias en tinta indeleble. Al fondo, en una pequeña sala de estar con dos sillones tan cómodos como

el cielo estaba sentado Sebastián. Seguramente había dictado algún taller y se encontraba en su momento de descanso. Era el momento perfecto para abordarlo. Me acerqué con la seguridad que mis dieciocho años me proporcionaba y me le senté al lado como viejo amigo.

-Sebastián, que bueno encontrarte por estos lados hoy sábado- le dije con una sonrisa que a mi parecer era encantadora.

-No seas tonto que me la paso metido aquí todos los días. Ya estoy a punto de enloquecer con Caderas Locas histórico todo el tiempo- me respondió disgustado con cara de necesitar unas vacaciones

-Me imagino. Debe ser mucha carga tener tantas clases seguidas. Vine porque quería hacerte una pregunta.- le dije cauteloso.

-Espero que no quieras sexo porque estoy tan agotado que ni tres gladiadores sacados de una película porno podrían hacer que me levantara de esta silla- ni siquiera me miraba directamente. Estaba con sus ojos puestos en la televisión muda que pasaba las noticias.

-No te preocupes que aunque eres mi tipo, no pienso acostarme contigo. Lo que te quiero pedir es que me recomiendes algún lugar para ir a rumbear. Quiero salir en la noche y no conozco a mucha gente y mucho menos

sitios- sus ojos cambiaron. Pasaron de un negro pesimista a un azul de esperanza.

-Pero por supuesto que conozco no un solo sitio sino todos. No pensé que fueras tan santo- me dijo con su mirada fija en mí y prestándole toda su atención a mis palabras.

-Bueno, la verdad es que cumplí 18 hace un par de semanas y con Rocío siempre vamos al mismo lugar porque nos conocen desde hace mucho tiempo y no solo van gais. A ella no le incomoda pero a veces no le gusta- esa era la verdad, iba a tener todo el resto de la vida, no iba a entrar en una crisis nerviosa por no frecuentar la rumba gay. De todas formas si lo que quería ver eran prostitutas, gais y tomar cerveza, entonces podría salir con Eduardo.

-Que chico tan inteligente eres. Todavía recuerdo cuando nos conocimos por primera vez. Juraba en ese entonces que ibas a ser todo un gilipollas y mira que te has vuelto todo un cachas- lo dijo pronunciando las S con la lengua afuera como sacado de una película traducida en España.

-¿Por qué diablos estás hablando como español?-

-Jajaja porque estoy viendo una serie que se llama Queer as folk y la traducción es española. Es más divertido decir "come-polla" que "come-penes"- se quedó mirando a un punto fijo como si estuviera en medio de una



explosión de intelectualidad. Yo no pude evitar reírme. Lo que decía era muy gracioso, pero tenía razón.

-¡Hey Sebastián concéntrate!, dime dónde puedo ir que sea bueno-

-Si quieres salgamos esta noche juntos. Quiero divertirme un poco, de todas formas pensaba ir con unos amigos a un lugar que se llama "Theo", queda en Chapinero-

-Eso sería estupendo. ¿En qué parte nos encontramos?- le pregunté ansioso.

-Aquí en la escuela a las 10 de la noche. Vístete como una vagabunda para que puedas levantar algo. Tengo clase en 5 minutos. Nos vemos en la noche- se puso las zapatillas de baile y salió de la sala. Caminó hasta el otro extremo del piso. Los chicos del hip hop estaban en medio de la secuencia de ejercicios de estiramiento porque la clase había terminado. Sebastián saludó a algunos y bajó las escaleras.

Salí y me fui para la casa de Rocío, su mamá me había invitado a almorzar y era un pecado mortal rechazar una comida de esa señora. Era como tocar el cielo con la lengua. Cocinaba tan bien que sus imprudencias y el hecho que fuera la más entrometida de toda la ciudad pasaba desapercibidos cuando servía en la mesa los cortes de lomo de res con papas horneadas. Después de eso, traía



flan con dulce de leche como postre. Como si fuera poco, cuando terminaba se atrevía a ofrecermé una manzana o una banana.

Si Rocío no tuviera tanto sexo como tenía, probablemente sería obesa con esa comida tan rica y tentadora que hacía su mamá. Era bastante irónico que ella no supiera preparar ni siquiera un poco de arroz con un huevo encima sin que la cocina después de eso quedara como si se hubiera librado una guerra a muerte.

El resto de la tarde la pasamos en una pérdida de tiempo monumental, viendo películas románticas donde al final de la historia él se queda con ella. Eso pasa en todos los finales, deberían empezar a hacer las versiones en las que se divorcian o se quedan viudos. Sarah Jessica Parker nos alegró la tarde junto con Jennifer Aniston y nuestras suposiciones sobre el pene de Zac Efron. Esos guionistas de Hollywood eran los responsables directo de hacer del amor un objeto comercial y deseable muy ajeno a la realidad. Las cosas no eran así. Los actores nunca iban al baño o se quedaban en la miseria. Era un poco triste pensar que eso podría pasar, sin embargo, éramos encantados viendo a Julia Roberts en el papel de prostituta en *Pretty Woman*. Teníamos una fascinación secreta y oscura por esa película.

A las seis de la tarde me fui a casa de mis tíos en el bus. La ciudad era un poco desierta. Me bajé en la

estación de siempre y caminé las dos cuadras hasta el inicio del barrio. Todo muy tranquilo. El celador que siempre me saludaba no estaba. La señora de la tienda había cerrado su negocio. La heladería tenía a una parejita de novios y nada más. El asfalto solo a lo lejos daba algo de terror. Llegué hasta la casa catorce que era la de mis tíos y antes de abrir la puerta me encontré con un revuelto de gritos dentro de la casa. Parecía como si se estuviera discutiendo el destino de la humanidad en el monte de los dioses olímpicos, o peor aún, como si estuviera jugando la final del fútbol mundial la selección colombiana de fútbol contra Brasil. Sinceramente si eso pasara, preferiría que ganara Colombia. No exactamente por el triunfo sino por el montón de borrachos que terminarían muertos en las calles luego de riñas callejeras y de sujetos irresponsablemente alcoholizados al volante como si estuvieran conduciendo el carro de los supersónicos.

Claramente no era ninguno de los dos casos. Antes de dar vuelta al cerrojo y que se enteraran que había llegado, me quedé un rato con la oreja pegada a la puerta a ver si podía saber de qué iba la pelea adentro y si me involucraba en algún punto.

Al parecer, Catalina estaba embarazada y tenía dos meses. No, no, no era Catalina la embarazada, era una vecina que le había pedido a Catalina que la dejara

quedar en la casa porque los papás la iban a sacar. No, tampoco. La vecina si estaba embarazada pero mis tíos querían traerla a vivir a la casa porque los papas de la embarazada le habían pedido que la recibieran para que aprendiera la lección pero Catalina por nada del mundo iba a compartir su habitación. Francamente era mejor así, porque metía a su novio y lo sacaba bien temprano a la mañana. ¡Maldición!, no alcanzaba a escuchar nada claro. Pero ahora que había comprobado que nada tenía que ver con migo. Decidí entrar y pasar como un fantasma hasta mi habitación a prepararme para la noche.

Abrí la puerta y cerré lo más despacio y silencioso posible, algo casi imposible, con el mayor cuidado empecé a subir las escaleras y a mitad de los 24 estratégicos escalones escuché el grito de mi desgracia.

-¡Sergio, venga para acá ya!- era la voz de mi tío en su estado más furioso, un gritito agudo como de maestra de colegio.

Empecé a recordar qué había hecho mal y nada se me ocurría, había sido prácticamente un santo en este último tiempo. Me devolví hacia la cocina a entrar a la monumental discusión como un soldado sin entrenamiento que lo asignan en la primera fila contra el enemigo armado con bazucas.

Pasé por la puerta y mi tío estaba rojo como la bandera de China parado detrás de la barra de la cocina con sus ojos clavados en Catalina que hacía el esfuerzo por no mirarlo. Ella estaba sentada en una de las butacas y lejos en el extremo opuesto, mi tía guardaba silencio cauteloso con signos de haber llorado un poco y me miró con su expresión de "siéntese que esto va a ser largo y doloroso".

Estaba tan perdido que opté por sentarme en la banca al lado de Catalina y la miré con un signo de interrogación en la frente. Ella me respondió con una mirada de auxilio que de todas formas no comprendí y me senté. Mi tío hizo gala de un minuto y medio de silencio sepulcral. Él es muy inteligente, todo lo hace de una forma astuta y siempre le tuve miedo a sus preguntas. Me miró un instante y soltó lo que menos hubiera esperado esperaba.

-Sergio, ¿usted es virgen?-

-¿Qué?- Me quedé helado, por qué carajos me estaba preguntando eso a mí.

-Le estoy preguntando si usted ha tenido sexo con alguien- mi tío me cogió con los calzones abajo. No tenía ni idea de qué venía todo esto.

-No entiendo la pregunta tío- no sabía qué responder.

-No es tan complicado Sergio, es muy sencillo. Quiero saber si usted alguna vez en su vida ha sostenido relaciones sexuales con otra persona. Espero que no tenga que explicarle también lo que significa tener sexo- su expresión era de hombre serio y respetable, no había ni rastro de diversión en ninguna de las palabras que pronunciaba.

-Yo sé qué es sexo tío, lo que no entiendo es porqué me hace esa pregunta- le respondí evitando a toda costa tener que responder.

-Resulta que aquí la señorita Catalina. Si es que se puede decir señorita, acaba de decirnos que tuvo sexo con su novio Frank. Que por cierto, dejó embarazada a la hija de los vecinos- mi tío tenía su tono amable en medio de la furia que sostenía en su cabeza. Ahora entendía por qué estaban todos alterados.

-Bueno tío, pero al menos debe agradecer que dejó embarazada a la vecina y no a Catalina- una sonrisa se dibujó en mi cara. Mi comentario había sido de esos chistes que se dicen en el momento perfecto. Aunque no haya creído lo mismo mi tío.

-¿Usted cree que esto es una broma Sergio?- me preguntó mi tío conservando su expresión de punta de iceberg que le salía a de perlas.

-No, claro que no, pero no veo la razón del alboroto. Catalina tiene 19 años, va muy bien en la

universidad, nunca llega borracha ni drogada, siempre les hace caso y avisa cuando va a llegar tarde. Con todo lo buen hija que es al menos denle el derecho de poder fornicar en paz. ¿O es que usted era virgen a los 18 tía?- la situación me parecía graciosísima, todos volteamos a mirar a mi tía que se sonrojo como un tomate en la verdulería y no se atrevió a responder a mi pregunta.

-Se va ya para su habitación Sergio esto no tiene nada que ver con usted- dijo mi tío alzando la voz y señalando con su mano la escalera. No le convenía que yo siguiera en la conversación.

Le guiñé un ojo a Catalina que me esbozó una medio sonrisa y subí de a dos en dos los escalones hasta llegar a la habitación.

Ya eran las 8.30 de la noche y me apresuré a tomar una ducha y vestirme para salir al encuentro con mi rumba y con mi guía Sebastián que por cierto estaba muy marcado. No había tenido tiempo antes de detallarlo. Se había puesto muy bonito en los últimos años, no sé si por tantas horas de baile pero estaba esculpiendo un cuerpo asombroso. Estaba casi seguro que sin importar donde lo tocaran, uno se iba a encontrar con músculos duros.

La decisión no era tan difícil de tomar. Un buzo beige con muchos botones abiertos hasta el final del

esternón como si fuera un escote en V mayúscula. Un pantalón pitillo negro y unos zapatos tenis de bota alta color negro. Una correa de tachas, el cabello peinado hacia atrás y algo de polvos compactos para emparejar el tono de la cara. Dientes cepillados, desodorante, condones en el bolsillo de atrás, la contraseña, el carnet del seguro médico y dinero para gastos y expensas.

Bajé las escaleras a las 9:20 de la noche y todavía seguía la discusión de mis tíos con Catalina. En ese momento ella estaba en su exposición a gritos e histérica sobre su adultez y que ya no era una niña. Mi tía había emprendido de nuevo su tarea de segregar lágrimas tan tristes como conmovedoras por sus mejillas mientras mi tío cerraba los puños de las manos tan fuertes por el enojo que se le ponía roja hasta la muñeca.

Decidí no acercarme a beber agua antes de irme por miedo a volver a estar en medio de una discusión ajena en la que no tenía ninguna inversión y de la que no podía sacar ningún beneficio personal así que fui directo a la salida. Cerré con cuidado pero sin importar que esfuerzo pusiera en esa misión, la puerta sonaba como si hubiera llegado un borracho. Di media vuelta y fui a tomar el bus.

Llegué a las 10:05 a la puerta de la escuela y ahí estaba Sebastián sentado en las escaleras de la entrada. A penas me vio se levantó y me dio un abrazo enorme.



-Estás guapísimo- me dijo.

-Muchas gracias tú también- en verdad sí lo estaba. Tenía un no era mi imaginación. Su cuerpo era cada vez más asombroso, hacer ejercicio sin tomar esteroides era la mejor forma de volverse un sexy provocativo. Había elegido una camisa blanca algo pegada con los primeros tres botones abiertos y jeans claros. Su cara estaba audaz. Nada comparado a lo cansado que estaba en la tarde antes de dictar la clase.

-Vamos en taxi que mis amigos ya nos deben estar esperando- me dijo y se acercó a la calle a parar uno de los amarillos.

Nos subimos y me explicó que íbamos primero al departamento de una de las chicas del grupo con la que sale siempre. En ese departamento empiezan a tomar porque el trago es más barato comprado en una licorera y más o menos a las 12 de la noche salen del edificio y se van directo a la disco que queda a media cuadra. Era el centro de chapinero, el barrio gay de Bogotá donde todos podían ser libres sin miedo al rechazo o a los insultos inadecuados de los tradicionales heterosexuales. Esos prepotentes de la ciudad que se creen superiores o al menos moralmente sumos porque viven en una casa con dos hijos, un perro y una esposa con la que nunca tienen sexo



porque están tan amargados, cansados y aburridos de vivir, que la rutina se ha encargado de absorber hasta sus momentos de paz.

Llegamos a un edificio grande que ocupaba media manzana, era un complejo de apartamentos pintado de blanco. Al entrar nos encontramos con un portero bastante afeminado por no decir que parecía una recepcionista en vez de un hombre de seguridad privada. Era un tipo bastante grande pintándose las uñas de fucsia mientras hacía intervalos para mirar la pantalla del computador con las cámaras de seguridad alrededor de la calle.

Nos miró y nos sonrió amablemente, al parecer ya conocía a Sebastián porque lo saludó enérgicamente con un beso en la mejilla y un abrazo que para mi gusto se pasaba de amable. Charlaron un rato. Sebastián le preguntó por su novio y él le contó lo que había sido su relación en las últimas semanas. Yo me enteré de todo solo por estar ahí parado. El novio estaba de vacaciones donde los papás que vivían en un pueblo así que nuestro nuevo amigo el portero, se acostaba con todos los que quisiera. Por la forma en que lo decía, creo que ese sujeto era el inventor del concepto de promiscuidad. No podía imaginar a cuántas decenas de hombres se había llevado a la cama. Me pregunté si Sebastián era uno de esos.

Terminó el extenso y sexualmente emocionante relato y nos apuntó en una lista antes de despedirse y dejarnos libre el camino a las escaleras. Subimos hasta el cuarto piso y tocamos en la puerta con el letrero 4-F, todo eran pasillos. Me explicó que vivían puros estudiantes y trabajadores solteros, el complejo estaba lleno de aparta-estudios de una sola habitación. Eran solicitados en su mayoría por lesbianas y gais que les gustaba la zona por estar a poca distancia de todos los bares y discotecas.

Nos abrió una chica bajita y algo gordita. Tenía el cabello en rulos muy cortos, una gorra verde con las iniciales NYC, una camiseta blanca con el estampado que decía "soy tortera y si no te gusta ándate a cagar" y unos jeans. Saludó a Sebastián quien me presentó. Se llamaba Sara.

En el único cuarto del departamento había un colchón inflable contra una de las esquinas y cinco personas más. La primera era una morena muy bonita con la mitad de la cabeza rapada que al parecer era la novia de Sara, esa mujer era como una mezcla entre Rihanna y Chanel Iman, era bastante impactante. Me hizo un gesto con la cabeza. Luego estaban dos gemelos que se partían de lo bello que eran. No recuerdo los nombres pero tenían porte de lo que se cree que son los europeos, los dos altos rubios y con los ojos tan celestes como el cielo al amanecer en los

llanos orientales. Me sonrieron y comprobé que tenían los dientes perfectos. Era como el sueño para todo gay, eran divinos en toda su extensión con su piel blanca y lisa como la seda. Uno tenía el cabello peinado hacia un lado como sacado de la universidad de Oxford y el otro lo tenía parado cual concierto de Kiss. Los dos muy simpáticos.

Luego venía un chico blanco con la cabeza muy grande. Tenía el cabello corto y una camiseta rosada. Sus pantalones eran del color de la bandera gay. Se levantó y me dio un beso en la mejilla mientras me decía su nombre. El último era un chico que había visto en la escuela de baile en muchas oportunidades pero nunca había tenido la oportunidad de conversar con él. Estaba en el grupo de salsa nivel intermedio. Era bastante tímido y se limitaba a escuchar las conversaciones de los demás.

Me acomodé en el piso donde estaban todo sentados alrededor de una botella de ron y una caja de un litro de aguardiente. Es que había dos grupos, uno que tomaba una cosa y el otro la otra, me explicó Sara que me interrogó un rato hasta que la novia se dio cuenta y la abrazó para librarme de ella. En un gesto insonoro con sus labios me susurró un "perdón, está tomada" a lo que yo subí los hombros y seguí con los demás.

Empecé a tomar aguardiente como si fuera agüita de coco y cada vez que se acababa el litro iba Sara a la

nevera chica como de cuarto de hotel y sacaba otra y la ponía en la mitad del círculo alcoholístico.

Ya casi eran las 12 de la noche y hora de salir al lugar a terminar de pasar la borrachera cuando uno de los gemelos sacó una bolsa grande de su morral. La abrió en el suelo a la vista de todos y tenía una bolsa con yerba (imaginé de inmediato que era marihuana), un paquete de papelitos y una especie de cajita de metal en forma de óvalo. Todo el mundo miraba y reían. Él se puso a la tarea de poner algo de hierba dentro de la cajita metálica, la cerró y le empezó a dar vueltas como esos artefactos para esparcir pimienta sobre las comidas. Se escuchaba el sonido de la yerba en un crujido que se mezclaba con las canciones de reggaetón que salían de un parlante pequeño conectado a un celular que animaba la reunión.

Luego, abrió la cajita y esparció la yerba esta vez más fina en uno de los papelitos. Con una habilidad estupenda acomodó en el centro a lo largo del papel la yerba verde y lo cerró. Pasó por uno de los bordes su lengua y lo selló. Todos aplaudieron y aullaron como lobos. Ya estaba preocupado por la salud mental de los demás. Yo nunca había fumado marihuana, pero no era una mala idea empezar esa noche. Era la primera vez que salía a un club nocturno sin Rocío y también iba a ser la primera vez que metiera un porro.

El habilidoso creador del pucho se lo puso en la boca y lo prendió. El humo era más denso que el de un cigarrillo normal. Dio dos bocanadas y lo pasó al siguiente que era su hermano gemelo. El hizo lo mismo y así fue transcurriendo por todas las bocas del grupo.

Cuando llegó a la mía lo mire durante unos momentos. Lo iba a hacer sin duda alguna. Todos andaban hablando sin prestarme mayor atención pero Sebastián se acercó a mi oído y me susurró.

-No tienes que fumar si no quieres-

Lo miré y sonreí mientras llevaba el pucho a mi boca y aspiraba la primera bocanada transportando el humo directo a los pulmones luego de aspirar. No sentía nada, estaba muy atento a la reacción de mi cuerpo pero no mucho había pasado. Al igual que todos, volví a llevar el cigarro a mi boca y volví a aspirar esta vez más profunda y larga que la anterior. Casi empiezo a toser pero logré reprimir las ganas y evitar la vergüenza pública. Pasé el porro a la siguiente a mi derecha que era Sara y me quedé esperando la sensación.

A los pocos minutos de pronto me quedé pensando que no pasaba nada. Eso debía estar medio chimbo, empecé a creer que en vez de marihuana debía haber sido alguna otra mata como yerbabuena o eucalipto porque

definitivamente me había imaginado algo absolutamente diferente.

El chico tímido de la escuela de repente y sin aviso abrazó a Sebastián. Esté me miró levantando los hombros. Después se dirigió al que tenía al otro lado y también lo abrazó. Sara se acercó a mi oído.

-Ese cada vez que mete porro le dan ganas de abrazar a todo el mundo-

Me solté a reír. Era lo más estúpido que había escuchado en toda mi entera y corta vida. De pronto se levantó y fue a abrazar al gemelo que había armado el porro, o al otro, ya no me acordaba.

Jajajaja, no podía parar de reírme. Eran tan graciosos todos que me resultaba comiquísimo. La novia de Sara empezó a decir que debíamos todos empezar a hablar más despacio.

Yo no podía dejar de reír. De repente todo resultó tornarse en colores psicodélicos, no puedo asegurar que flotaba en el aire pero creía casi hasta la inconsciencia que un par de alas me llevaban por todos lados como en una nube ambigua de color verde con olor a campo de yerbas diversas y fascinantes. Era irreal y en extremo alucinante. Era como tener sexo con alguno de los discípulos de Jesús, era divino, era todo lo glorioso con

la porción mínima y saludablemente morbosa de una realidad confusa.

La marihuana era la solución a todos los problemas. No solo te hace más tolerante, también aumenta esa bondad de la que se mofa el ser humano.

Salimos todos juntos chocando cada rato hasta la discoteca. En la entrada pagamos la boleta y pasamos a través de una puerta luego de una minuciosa inspección de uno de los guardias que media como dos metros y tenía demasiados músculos.

Adentro sonaba música electrónica a todo volumen. La genta bailaba como loca y las únicas mesas del lugar estaban ubicadas en el borde de la pared dejando en la mitad una pista enorme de baile. Las luces giraban hacia todos los lados. Hombres sin camisa, mujeres bailando en jaulas a varios metros de altura. La barra llena de gente comprando bebidas. Todo era tan loco y tan divertido que no podía creerlo.

Fuimos hasta una de las mesas vacía y nos sentamos alrededor de una que tenía siete asientos de metal. Dos tipos gordos se acercaron y saludaron a Sara y a la novia. Ellas los invitaron a sentarse con nosotros y se ubicaron en los puestos libres. Me importaba tan poco que no recuerdo el nombre de cada uno cuando me saludaron con las manos.



Sebastián y los gemelos se ofrecieron a ir a comprar una botella de tequila para todos y se levantaron. Sara y la novia ya estaban en su trabajo de besarse como si estuvieran en medio de una transfusión de saliva. El chico de la cabeza grande miraba atentamente una servilleta sobre la mesa. Pensé que era otro de los efectos secundarios de la marihuana. El chico tímido de la escuela que le gustaba abrazar mucho se agachó y prendió otro porro. Me hizo una seña y yo bajé la cabeza hasta quedar oculto por la mesa y fumé otras dos bocanadas.

Todo se ponía cada vez más alegre. Tanto así que el gordo feo que estaba al lado mío se acercó casi hasta rozarme la pierna con la suya y puso su mano en mi entrepierna y empezó a moverla como un masajista hawaiano. En vez de quitarlo e insultarlo como debía hacer, yo me limitaba a sonreír como un tarado y le di un beso en la boca.

Mi razón y sentido común estaban encerrados en una jaula con barrotes olor a campo colombiano en lo profundo de mi mente. Se me ocurrió que si en una fiesta les diera a todos por fumar marihuana, entonces terminaríamos como la escena final de El Perfume de Patrick Süskind. Todos contra todos y en la plaza pública del pueblo. Ojalá fuera en la plaza de Bolívar de Bogotá con la honorable participación en la orgía de los congresistas. O en las



mismas instalaciones del senado que tanto espacio tiene y que cuenta con excelentes y cómodas sillas que serían lo ideal para llevar a cabo tan sexual comunión.

Ya me imaginaba toda la escena digna de un premio de la academia con los congresistas chupándose a los narcotráficos, los evangélicos a los sacerdotes, los policías a los hippies y que país de respeto y solidaridad nos volveríamos.

Los del trago llegaron y pusieron la botella en la mitad de la mesa con muchos vasitos chicos para tomar shots. Sirvieron la primera ronda y empezamos a bailar como nunca en la vida. Yo estaba entusiasmado con todo lo que pasaba. Sentía también mucha hambre y sed pero ya era tarde para decir que tenía ganas de comer algo.

El gordito con cara de mafioso que no dejaba de sonreírme y me sobaba el jean dejó de hacerlo cuando me levanté a bailar con Sebastián en la mitad de la pista. Yo saltaba y me movía mirando las luces ubicadas en todos los lugares del techo. Sin darme cuenta, busqué la cara de Sebastián pero estaba en los brazos de un tipo que debía tener por ahí unos cuarenta años y un cuerpo brutal. Yo estaba en el círculo de cinco chicos simpáticos que si no hubiera estado borracho o drogado, juraría que eran los de One Direction.

Fueron las cinco canciones más divertidas de mi vida. Cuando sentí que estaba muy cansado volví a la mesa

donde seguían Sara y la novia besándose. Los demás estaban en la pista de baile seguramente en brazos de algún desconocido.

Los gemelos volvieron y se sentaron al lado mío a decir que bailaba muy bien. Gesto que agradecí sinceramente. Ellos eran idénticos. Al principio los reconocía por el peinado. Pero dos horas después de estar bailando ya habían sudado mucho y sus cabellos caían de la misma forma sin posibilidad alguna de saber cuál era quién.

Ya faltaban diez minutos para las tres de la mañana y moría de hambre. Había estado tomando agua durante toda la noche y podría comerme una vaca entera si la asaban a la parrilla. Empecé la tarea de buscar a Sebastián para decirle que quería irme pero no lo veía por ninguna parte. En la mesa seguían Sara y la novia con las bocas unidas, los gemelos cada uno con un joven diferente en sus abrazos que no hacían más que lamerlos por todo el cuello. Los demás se habían desaparecido al igual que Sebastián.

Intenté preguntarles pero ninguno sabía nada, cada cual vivía la rumba como le gustaba sin prestarle atención al compañero de al lado. La pista de baile estaba llena, lo que hacía una tarea solo para el Dios omnipresente encontrar a Sebastián.

No iba a perder esfuerzos ni tiempo en la búsqueda de la aguja del pajar. Saqué el celular de la media en la que lo había puesto por seguridad para enviarle un mensaje y decirle que me había ido en un taxi para mi casa. Estaba agotado y para ser la primera noche de marihuana, baile y tequila, era suficiente.

Prendí el celular y tenía un mensaje de Sebastián.

**De: Sebas Escuela**

**Por favor ayúdame... estoy en el baño. S.O.S.**

El mensaje era de hace aproximadamente unos 10 minutos. Por mi mente pasó lo peor. Sin pensarlo fui directo al baño a ver si seguía allí.

La fila era de unas 10 o 12 personas, intenté colarme pero era imposible con todas esas locas histéricas a la espera de un cupo para ver su cara de drogados y de mal peinados en el espejo grande y sucio. Esperé impaciente. No sabía que le pasaba a Sebastián y me preocupaba su mensaje.

Cuando al fin pude entrar al baño empecé a mirar a todos los que estaban en frente al espejo pero ninguno era Sebastián. Toqué en el primer sanitario pero nadie respondió. El segundo estaba medio abierto y se veía a dos tipos en medio de la penetración. Tampoco era ninguno de los dos. Seguí al tercero y me gritaron que esperara

mi turno. La voz tampoco era de él. En el siguiente toqué. La voz me preguntó quién era. Ese sin lugar a dudas era Sebastián.

-Soy yo, Sergio- dije casi a los gritos para que me pudiera escuchar.

Inmediatamente me abrió la puerta. Estaba sentado en la taza del baño.

-Entra y cierra la puerta- yo hice lo que me ordenó.

-¿Qué pasó?- le pregunté. Me agarró del brazo y me hizo acercarme a su cara. Tuve que agacharme para estar a su altura.

-Quiero que me jures que no le vas a decir esto a ninguna persona- me miraba con cara de dolor.

-Está bien, no le voy a decir nada a nadie- me apretó más fuerte el brazo.

-Me estoy desangrando- me dijo

-!¿Qué?!-

-Me duele mucho. Vine con un tipo con el que estaba en la pista de baile para coger y me puso de espaldas y me penetró. Tenía enorme la verga y no alcancé a ponerme lubricante, fue muy brusco. ¡Me rompió el culo y ahora me estoy desangrando!-

Pensé en el tipo cuarentón de la pista de baile. Su cuerpo era grande pero nunca hubiera imaginado que tenía

el pene de tamaño descomunal. Por instinto miré hacia abajo y no veía nada. Tenía el pantalón hasta las rodillas sentado como si estuviera orinando al mejor estilo de "mujer decente". No se podía apreciar nada extraño excepto un hilo rojo por una de las piernas. Era sangre seca.

-Por favor ayúdame Sergio. Tengo miedo- me dijo con su cara de angustia. Estaba petrificado. No sabía cómo manejar una situación como esas. Lo primero que debíamos hacer era sacarlo de ahí y llevarlo a un hospital.

-Que nadie se entere, te lo suplico por lo que más quieras- seguía con su voz entre cortada llena de dolor, angustia y vergüenza.

-No te preocupes. Vamos a salir de aquí- respondí. Sus ojos me suplicaban.

Le dolía mucho. Pero teníamos que salir vestidos. Con su boca cerrada y su mano enterrada en mi brazo logró levantarse y le ayudé a ponerse los pantalones. Ahogaba los gritos. Me imaginaba que levantarse del baño fue lo más doloroso que había sentido en toda su vida. Si eso no era ser un hombre valiente, entonces no sé qué era. Me quité el buzo que tenía puesto y lo enrollé alrededor de su cintura al mejor estilo de Jared Leto para cubrir su

trasero y de esa forma la sangre no quedara descubierta a la vista de todo el que estuviera por allí.

Cada paso era dado con el mayor cuidado. Logramos salir del baño que estaba más iluminado que el resto de la discoteca para entrar en la penumbra del salón en el que solo se escuchaba música electrónica a todo dar y se veían a hombre en pleno baile y en un mundo más allá del real del que pretendían huir dejándose llevar por el ritmo. Ese sitio estaba completa y absolutamente lleno de lujuria y clamor de libertad por medio de éxtasis, marihuana, cocaína y alcohol.

Yo intentaba ocupar mi papel de bastón siendo el soporte del cuerpo de Sebastián lastimado por algún imbécil que creía que por ser gay podía tratar a los demás hombres como si fueran un hueco en una pared. Estaba muy mal humorado. Pero no solo con el imbécil. También con Sebastián por dejarse llevar, por no tener el coraje de protegerse a sí mismo.

Luego de 15 minutos bordeando la pared de la discoteca y evitando que los desenfrenados bailarines nos tocaran o empujaran para que Sebastián no sintiera dolor, llegamos a la puerta de salida. Tardamos mucho más de lo que esperaba. Cualquier roce era mortal para la herida. El portero nos echó una mirada sospechosa. Se puso en la mitad de la puerta impidiéndome la salida. Me preguntó si nos conocíamos Sebastián y yo. Respondí que por supuesto

que nos conocíamos. Éramos amigos de hace varios años. Le dije que Sebastián estaba muy borracho y le había caído mal el trago, por eso lo estaba ayudando a caminar.

El tipo blanco grandote con los brazos tatuados hasta el hombro tenía cara de no comerse nuestra versión. Fue entonces cuando Santiago levantó la cabeza y le explico con una coherencia brillante y prolija, sin errores de sintaxis o entonación que había comido algo que probablemente lo había intoxicado al empezar a tomar y se sentía realmente mal.

Luego de eso nos dejó salir y tomamos uno de los taxis que esperaban en la entrada para repartir borrachos como si fueran comida para llevar. Nos pusimos en el asiento de atrás. Yo entré primero y luego Santiago apoyando sus manos en el cojín para evitar que su cola hiciera contacto con la silla. De inmediato le dije al conductor que nos llevara a la clínica más cercana lo más pronto posible cual película Hollywood, pero Sebastián me hizo recordar que la salud en Colombia es una porquería y que hay que ir es a la clínica que tenga convenio con el seguro que paga él porque de lo contrario lo dejan desangrar con el mayor descaro médico.

-Llévenos mejor a la clínica Marly por favor.- El chofer arrancó y cada tanto nos veía por el espejo

retrovisor a ver si descubría el misterio médico que escondíamos.

Sebastián se estaba muriendo del dolor. Toqué con mi mano derecha mi camisa que estaba cubriéndolo y estaba casi empapándose de sangre. Yo andaba cual Tarzán en la madrugada Bogotana sin camisa y en mi improvisado papel de héroe. No sentía frío, así de grande era la preocupación que ni me había detenido a pensar que podía pescar una pulmonía.

Llegamos en cuestión de 25 minutos. Me bajé y corrí al otro lado del carro a abrir la puerta de Sebastián y ayudarlo a salir. Por la ventana delantera le pagué al taxista y fuimos hasta la entrada de urgencias.

La puerta principal de cristal conducía a un pasillo. Con cada paso, no sé si por la pérdida de sangre o por el dolor, Sebastián perdía más sus fuerzas. Ya casi estaba al borde del desmayo. Un enfermero desde adentro nos vio y tuvo la reacción de correr hasta dónde estábamos. Tomó la silla de ruedas más cercanas y se vino derecho a nuestro encuentro. No pude evitar soltar una carcajada. La silla era lo que menos necesitábamos en ese momento.

Llegamos a la puerta y el enfermero seguía con su insistencia de dejar a Sebastián en la silla a lo que yo



me negaba rotundamente hasta que me tocó soltar un grito de macho dominante.

-¡No se puede sentar en una silla de ruedas porque le rompieron el culo!-

El enfermero se quedó en shock y miró el pantalón lleno de sangre. Dejó la silla a un lado y tomó el brazo libre de Sebastián, lo pasó por encima de sus hombros y llegamos hasta un consultorio vacío. El médico de guardia llegó a nuestro encuentro y nos ayudó a acostarlo en la camilla boca abajo. Me dijo que debía salir y fui a la sala de espera.

En ese momento, yo no podía evitar odiar a todos. El mundo estaba lleno de maldad y nada era lo suficientemente satisfactorio ni placentero para tener una mirada positivista. Me senté en una de las sillas en dirección al televisor que estaba puesto en un canal de películas. Estaba lleno de sangre por todos lados mientras estaban pasando alguna muy mala de Steven Seagal, el peor policía de todo el cine.

Miré hacia una de las esquinas donde estaba una virgen. No creía mucho en eso pero no tenía nada mejor que hacer.

*"Dios. No sé qué quieres tú de nosotros. Puede que sea el más malo de todos, por eso evito pedirte cosas. La vida no me ha tratado nunca mal, sin embargo se ha encargado de enseñarme a no necesitar a nadie. No sé si debo agradecerte o sentirme furioso contigo por los padres que me diste. No sé qué lección intentas enseñarme, pero solo te pido una cosa. Que sin importar lo que me quieras hacer entender, nunca me hagas sentir un dolor que me haga dejar de creer en la felicidad. Nunca he intentado hacer cosas buen..."*

-¡Abran paso, es una emergencia!- gritó una voz de mujer a lo lejos.

Una camilla venía a toda la velocidad que podía, acarreada por un paramédico. Traían un gran alboroto y apartaban a la gente como si fuera el presidente el que hubiera sufrido un paro cardíaco. Me levanté para ver un poco qué pasaba. Detrás de la camilla venía Marcos.

Mi corazón se paró por una fracción de segundo. Yo estaba tan frío como un cubo hielo sacado de una montaña del ártico. Pasó por mi lado la procesión y vi acostada a Destella, estaba medio inconsciente. En un reflejo rápido, agarré por el brazo con toda mi fuerza a Marcos que no me había visto y lo detuve en seco.

Trató de zafarse pero lo sostenía con todo mi ánimo hasta que levantó su cara y me vio. Dejo de intentar soltarse y se paró en frente mío, vio la sangre que cubría mi ropa y abrió los ojos sorprendido.

-¡Por el amor de Dios, estás herido!- me dijo casi en un grito.

-No, estoy bien. Vine a traer a un amigo que tuvo un accidente. ¿Qué le pasó a Destella?-

-Se desmayó en la mitad de su Show. Llamamos a una ambulancia y la trajimos cuanto antes.-

-¿Y saben por qué se desmayó?- le pregunté.

-No, simplemente cayó en la mitad de su imitación de Beyoncé. Todos pensamos que era parte de su drama pero cuando vimos que no se reponía, todos en el bar empezamos a correr y a buscar al menos borracho que pudiera conducir hasta aquí.- me relataba tan rápido como su lengua podía.

-Y ¿Eduardo?-

-Se quedó en el bar, me dijo que lo llamara si necesitábamos algo-

-¿Tú estás bien?- le pregunté

-Estoy muy cansado, no he comido nada en todo el día por los preparativos en el bar de la celebración de Miss travesti que estaba presentado Destella esta noche, al

fin no se pudo saber quién había sido la ganadora- me dijo mientras las palabras salían veloz de su boca.

-Yo también tengo hambre. Vamos a comer algo a la cafetería mientras esperamos noticias.- le dije en mi trabajo por calmarlo.

Marcos me miró durante un segundo con esa mirada que me hechizaba en la escuela de baile y de un salto me dio un abrazo. Me apretaba muy fuerte con sus brazos y yo lo rodeé con las mías.

-Ayer me dijo Destella que el médico le había dicho que tenía sida- me dijo al oído -tengo miedo por ella- La noticia era grave, pero era algo que ya sospechaba desde antes, sin embargo Destella nunca me lo había confesado. Me sorprendía el grado de confianza que estaba teniendo con Marcos.

-Todo va a estar bien- le respondí perdido en su abrazo.

## **6. Enamórate del amor**

**(Marcos)**

Cuatro tazas de café, dos sándwiches de jamón y muchos chistes malos de Sergio después, estábamos ahí en

la sala de espera de la clínica con una sonrisa que inundaba cada parte de mi cuerpo. Él me hacía sentir como si el oxígeno que entraba a mi organismo en cada respiro estuviera cargado con una sensación de inexplicable paz. La sonrisa de tonto no se me iba a pesar de todos los desangrados que entraban por el pasillo. Hace un rato había entrado uno en la camilla con medio brazo mutilado. Detrás de él, corriendo, venía un muchacho con cara de perdido con una bolsa grande de basura, chorreaba agua por todo el lugar. Se me ocurrió pensar que adentro de la bolsa estaba la mitad de brazo desprendida conservada con mucho hielo.

Vi a Sergio mientras se armaba el escándalo por el chico del brazo y me hizo una mueca de preocupación bastante fingida. Era la persona más divertida que había conocido en toda mi vida. No tenía miedo a hacer el ridículo en ninguna parte, era un payaso completo. Era gracioso y cada una de sus miradas era eléctrica.

-Creo que alguien perdió el brazo en un juego de pulso- me dijo con toda su seriedad

Yo me solté a reír a carcajadas. Era graciosísimo, todo tenía sentido, a pesar de lo cruel, la escena era una comedia completa.

-¿Quieres ir a ver cómo se cortó el brazo?- me dijo con una sonrisa pícaro

-¿Tú lo conoces?- le pregunté

-No, pero podemos escuchar en urgencias mientras lo atienden. Tan mala es la salud en Colombia que al parecer cada paciente solo tiene derecho a una cama que está rodeada por una tela azul gastada que permite escuchar hasta el mínimo detalle del diagnóstico que hace el doctor con todos los súbditos estudiantes detrás- me explicó

No sabía qué decirle. Me parecía bastante siniestro ese plan y temía que luego de escuchar la forma en que se había quitado medio brazo él hiciera algo divertido y no pudiera contener la risa en medio de tantas personas agonizantes y adoloridas.

-Bueno vamos- le contesté sin más.

Me extendió su mano para que la tomara mientras nos levantábamos de las sillas. Eran las 6 de la mañana. Cuando empezamos a caminar por el pasillo, vimos venir al médico que nos estaba informando el estado de Sebastián y nos detuvo con su mano levantada. Estaba muy serio como todos los médicos, eso hacía que yo siempre imaginara las peores noticias. Era alto y bastante grande, se estaba quedando calvo y tenía muchas ojeras. Creo que era por el hecho de pasar tanto tiempo encerrados en un hospital que

adoptan esa expresión de revolver a punto de disparar su última bala.

-¿Que más ha pasado con Sebastián doctor?- le preguntó Sergio, esta vez lo hizo con una seriedad bastante creíble.

-Ya está mejor. Lo vamos a dejar interno hasta mañana para hacer el control de los puntos y asegurarnos que entienda todo lo que debe hacer para evitar que se infecte la herida- respondió el doctor

-Créame que ahora cada vez que vaya al baño se va a acordar que no debe tener sexo con desconocidos mientras está drogado en una discoteca- dijo Sergio mientras dibujaba una sonrisa en su rostro haciendo que su anterior seriedad desapareciera por completo. El doctor solo levantó los hombros ante el comentario y negó con la cabeza en un gesto paternal de desaprobación.

-¿Usted sabe algo del estado de Destella?- le pregunté

-¿Destella?- me respondió con mirada desconcertante

-La mujer transformista que trajimos en la mañana porque se había desmayado. Tenía puesto un vestido de gala fucsia- si había estado rondando por ahí durante las últimas horas era posible que la hubiera visto. Alguien tan excéntrico no pasa desapercibido tan fácil.

-Creo que te refieres al señor Orlando Muñoz, está mucho mejor, se desmayó porque estaba descompensado. Confesó que estaba haciendo una dieta llamada la sopa milagrosa y estaba en segundo grado de desnutrición. Con los cuatro sueros que se le han aplicado ya está mejor. Ahora está muy consciente hostigando a los enfermeros y médicos de guardia del sexto piso. Les agradeceríamos si pueden calmarlo o calmarla un poco. Ahora les pido permiso, tengo más pacientes que atender- hizo una inclinación con la cabeza y se retiró.

-¿Orlando Muñoz?- le pregunté a Sergio. Él me miró y se soltó a reír. Era todo diversión, nada tomaba con formalidad y su alegría me contagiaba hasta el último rincón.

-Así se llama Destella, nunca me lo quiso confesar hasta un desafortunado día, mientras estaba actuando y desplegando su magia en el escenario, le revisé su bolsa en el camerino y vi su cédula de identidad. Te recomiendo que nunca le digas Orlando, podrías generar una guerra mundial- me guiño un ojo -ahora vamos a despedirnos de Destella-

-¿A qué hora será prudente irnos?- le dije a Sergio.

-Yo creo que ya. Vamos a decirle que la dejamos por un rato aquí solo y nos vamos a dormir un poco. Hoy es mi último domingo en Bogotá- me respondió Sergio tomándose



de la mano para caminar hacia el ascensor ubicado al final del pasillo.

-¿Qué?, ¿cómo así que es el último domingo?-

-El miércoles nos vamos todos los del grupo de baile a competir a Argentina, deberías ver a Caderas Locas, está histérica en la mañana, en la tarde y para variar también en la noche. Nadie lo soporta por estos días-

Se me había olvidado. ¡Maldición!, había visto por Facebook el anuncio del viaje pero nunca pensé que fuera a llegar tan rápido el día. Quería volver a la escuela y retomar las clases para viajar con ellos, pero ya era demasiado tarde. Ahora se iban todos, se iba a ir él y yo me iba a quedar solo en la ciudad.

-No te pongas triste mi pequeño saltamontes, solo va a ser un mes, tampoco es el fin del mundo- me dijo Sergio al ver mi cara desconcertada.

Subimos por el ascensor y mi mano seguía pegada a la de él. Era como si los tejidos se entrelazaran cada vez que se unía mi piel a la suya. Me sentía parte de su mente y de su mundo. Todo estaba bien, con él siempre estaba todo bien.

Llegamos al sexto piso y caminamos hasta el escritorio de las enfermeras para saber la habitación en

la que estaba Destella. El médico nos había pedido que la calmáramos, no entendía por qué. Se supone que estaba enferma, no podía hacer mucho alboroto en las condiciones en las que la habíamos traído del bar.

-¡QUÍTEME LAS MANOS DE ENCIMA! ¡NO SE ATREVA NINGUNO A ACERCARSE A MI O LES JURO QUE ME ARRANCO LOS CABLES DEL BRAZO. LO DIGO EN SERIO!-

Al parecer no iba a ser necesario que ninguna de las enfermeras nos dijera el número de habitación. Esos eran los gritos típicos de Destella. Volvimos la mirada en dirección donde procedía el sonido y vimos al final del pasillo una puerta llena de enfermeras y algunos camilleros. Nos miramos sonriendo y caminamos hacia allá.

Todos estaban viendo el espectáculo como si fuera la exhibición de la cebra del circo. Cuando pudimos abrirnos paso entre el personal que estaba prestando toda su atención aglomerados en la ventana logramos llegar hasta la puerta. Allí la vi. Estaba con su bata azul poco glamurosa parada en la cama en posición de luchador de sumo, no tenía peluca y el poco maquillaje que le quedaba se le regaba por toda la cara como si fuera un cuadro de pintura mal hecho. Aún conservaba casi completas las uñas postizas largas. Tenía el brazo derecho extendido y la

mano izquierda sosteniendo el tubo por el que estaba entrando gota por gota el suero.

-¡LOS VOY A DEMANDAR A TODOS POR MANIPULACION DE IMAGEN Y POR VIOLACION DE LA PRIVACIDAD. LOS MALDIGO A TODOS, A TODOS!-

No creía que la manipulación de imagen fuera un delito real, sin embargo allí seguía Destella con todas sus amenazas, maldiciones y hechizos. De pronto miró directo a mi cara, sonrió levemente y alzó sus dos brazos hacia nosotros.

-¡Mis príncipes! Gracias a Dios que están aquí. Estos enfermeros de mierda no saben nada- nos dijo asegurándose que todos los presentes escucharan el tono de salvación en su frase.

Todo el mundo volteó la mirada hacia nosotros y nos abrieron paso para llegar hasta ella. Caminamos a su encuentro y se agachó para darnos un abrazo fuerte y dramático. Logramos que se sentara en la cama de nuevo y me senté a su lado mientras Sergio le pidió amablemente a todos que se retiraran para poder hablar a solas con Destella.

Una enfermera le advirtió muy molesta que no se debía quitar el suero por nada del mundo y que guardara reposo mientras se recuperaba. Si tenía suerte, en las horas de la noche le podrían dar la salida.

-Chicos, acaban de acabar con mi vida estos hijos de puta del hospital- comenzó Destella a decir mientras las últimas personas salían de la habitación y la enfermera acomodaba el tubo del que colgaba en suero ya casi a punto de terminar.

-No debe quitárselo señor Orlando- le advirtió por última vez la enfermera.

-¡ME LO VOY A QUITAR CUANDO SE ME DE LA PUTA GANA Y NO ME LLAME ORLANDO POR EL AMOR DE DIOS. QUIERO QUE SAQUEN YA A ESA ENFERMERA GORDA DE MI HABITACION!- ella con una mueca de enojo tomó la mesa de instrumentos y salió lo más rápido del cuarto cerrando la puerta con un golpe duro bastante intencional no antes de decir "vieja loca". Yo le alcé los hombros como en un gesto de desconcierto y le pedí disculpas con los labios al cuidado que Destella no lo notara.

-¿Por qué estás tan alterada Destella?- le preguntó Sergio.

-Ay príncipe, ahora si mi vida está completamente acabada. Esos malditos me pusieron cuatro bolsas de suero

mientras dormía. Han echado a perder dos meses de dieta con la sopa milagrosa- se lamentó Destella.

-Esa es una dieta de mierda Destella, debes alimentarte bien para poder actuar todas las noches en el bar- le dije molesto por ser tan despreocupada con su salud.

-¿Por qué diablos no me habías contado que eras positiva Destella?- le preguntó Sergio como una bomba, sin premisas ni avisos. Se lo soltó así como si fuera algo de lo que se hablara en el desayuno. El cambio de tema tan drástico hizo que Destella lo mirara con algo de rencor pero respondió como si estuviera dando el reporte del clima.

-Siempre soy positiva cariño, desde hace muchos años me levanto y leo frases en el computador, la de ayer era muy bonita, decía: "Si un problema tiene solución, no hace falta preocuparse. Si no tiene solución, preocuparse no sirve de nada."- ella seguía desentendida aunque obviamente sabía lo que Sergio le estaba preguntando.

-No hablo de eso Destella, estoy hablando del SIDA- le tiró la frase como una cachetada.

Destella me miró a mí y me quedé petrificado sentado en la cama. Desde el fondo de esos ojos con lentes de contacto verdes algo me decía que había metido la pata al decirle a Sergio que ella tenía SIDA.

-¿Cómo te atreviste a decirle a Sergio eso?- me dijo casi en un grito

-No pensé que fuera un secreto, me lo dijiste sin advertirme que él no lo podía saber- respondí bajando la mirada algo avergonzado. Destella suavizó su expresión, suspiro profundamente y con una de sus manos me tomó la cara.

-Quédate tranquilo mi niño bello, perdona por alzarte la voz. Supongo que eres chico para saberlo pero debes aprender que hay cosas que no se le deben decir a ciertas personas obsesionadas por el control- me dijo mientras me acariciaba con su mano mi cara desde el pómulo hasta el mentón.

-Aún no me has respondido Destella ¿por qué razón no me lo habías contado antes?- la volvió a enfrentar Sergio.

-Porque sabía muy bien que te ibas a poner como un maniaco y me ibas a hacer la vida imposible tratando de hacer que fuera al médico y comenzar a tomar pastillas todos los días. No quiero nada de esa basura. Si me voy a morir lo haré a la hora que sea y se acabó la discusión-

-No Destella. Esto no acabó de ninguna manera. Yo sé que en el fondo estas aterrorizada por lo que pueda pasar. Quiero que sepas dos cosas: la primera es que está bien tener miedo, pero debes saber que estamos todos aquí

contigo para apoyarte. La segunda es que no voy a ser yo el que te persiga para que te tomes todas esas pastillas, va a ser Eduardo, porque apenas salga por esa puerta lo voy a llamar a contarle todo- sentenció Sergio más serio que nunca.

-No te atreverías Sergio-

-No tengo nada que perder-

-Si le dices una palabra no te voy a volver a hablar nunca en mi vida-

-Prefiero que no me hables viva a que no lo hagas muerta-

-Eres un imbécil-

-Y tú una maleducada-

-¿Sabías que te quiero?-

-Lo sé muy bien, por eso necesito que estés saludable, para que me sigas queriendo-

Los ojos de Destella se opacaron y un haz de nostalgia con terror y mucha turbación bañaron su cara. Era verdad lo que decía Sergio. Temía por su vida y no sabía qué hacer. Las lágrimas bajaron por sus mejillas y nos abrazó a los dos tan fuerte que empecé a creer que antes de convertirse en lo que era, había sido boxeador o algo parecido.

-Muchas gracias muchachos por estar aquí conmigo. Gracias por preocuparse por mí y ahora vayan a descansar que no han podido dormir en toda la noche. Les prometo que voy a hacer lo posible por estar bien- dijo Destella no con su voz de diva de los ochenta. Era la voz de hombre, sin esfuerzo por agudizarla o por hacerla más suave. Cerré los ojos e imaginé al caballero coqueto y seductor que había detrás de todos ese maquillaje. Destella estaba conviviendo con sus miedos y seguramente con un pasado difícil. Algún día le iba a decir que me contara su historia.

Nos separamos de ella y salimos de la habitación. El silencio reinaba. Junto a nuestros pasos por el pasillo hasta el ascensor se olía a hospital, cosas esterilizadas, enfermos. No sabía que decir y estaba seguro que por la mente de Sergio pasaban cosas mucho más profundas que por la mía.

En todo el tiempo que llevaba trabajando en "La galaxia perdida" noté que la relación de Sergio con Destella era más que una simple amistad. Cuando no hablaban por teléfono se la pasaban chateando por el celular. Por lo menos tres veces a la semana se reunían en alguna parte para comer algo o ir al cine. Se confiaban absolutamente todo, en el pensamiento más



ridículo que se me ocurría, me parecía que eran como madre e hijo.

De la misma forma tenía un lazo bastante fuerte y que yo no alcanzaba a entender con Eduardo, el dueño del bar, lo que terminaba convirtiéndolo en el padre. Algo en realidad espeluznante de pensar.

Bajamos el ascensor en un silencio sepulcral, era muy obvio que esa noticia le había afectado de una forma muy grande a Sergio que en un momento de repente me tomó la mano de la forma más distraída posible. Yo no estaba preparado para ello ni lo esperaba por lo que di un pequeño salto de sorpresa. Él salió del trance en el que estaba y me miró. Abrió la boca para decirme algo y en ese momento las puertas se abrieron. Me sonrió un momento y me dijo "vamos" jalándome con su mano a la salida.

-¿Para dónde vamos? - pregunté

-Quiero dormir un poco antes de almorzar contigo y pasar la tarde en algún parque- me respondió exhibiendo todos sus dientes ante mí.

-¿Dónde vas a dormir?-

-Querrás decir, dónde vamos a dormir- hizo un acento enfatizando la palabra "vamos" -Mi casa queda muy lejos y mis tíos deben estar peleando con mis primos así que no creo que sea buena idea. Se me ocurrió ir a un motel por aquí cerca- me dijo.

Mis ojos se abrieron como si fueran platos. No tenía en mis planes ir a un motel con Sergio. Ni pensar en lo demás. De repente mis piernas empezaron a temblar y mis manos estaban fuera de control. No podía pronunciar ni una sola palabra. Estaba en shock. Eso era algo que nunca se me había cruzado por la mente ni en el peor de los pensamientos que había estado imaginando en los que Sergio era como una especie de galán protagonista. Como ya era costumbre, me tomó por sorpresa. No salía ninguna palabra de mi boca.

Me puse frío y de una sola pieza. Sergio me miraba estupefacto y soltó una carcajada. No paraba de reír. No tenía idea si estaba muerto de la gracia porque era una broma o por mi reacción ante tal propuesta.

Intenté relajarme un poco y me acordé que tenía que seguir respirando para no morir. Tomé una bocanada gigante de aire y se aceleró mi respiración que había estado detenida por más de treinta segundos. Sergio se estaba destornillando de la risa sin parar de mirarme, su expresión era de total agrado.

En el momento en que paró por fin el ataque de diversión puso sus dos manos sobre mis hombros y casi a una palma de mi boca comenzó a hablarme con una sonrisa gigante.

-¡Hey! No te preocupes porque no te voy a hacer nada. Lo dije porque no se me ocurre otra idea para pasar este domingo a tu lado sin dormir al menos un par de horas. Si no descanso tendrás de compañía a un zombi andante. Además podemos ver una película y robarnos los condones. Marcos, tú me gusta mucho como para querer tener sexo contigo en una habitación con toallas empacadas en una bolsa de plástico y espejos por todos lados-

Si haberme propuesto ir a un motel había sido como una cachetada de realidad sobre mi mejilla derecha, el hecho de haberme dicho que le gustaba era como si el polo norte estuviera a punto de estallarme en la cabeza. No solo le gustaba, también quería pasar el domingo conmigo. Quería dormir conmigo, quería ver una película conmigo. No había quedado muy claro si quería tener sexo conmigo pero todo lo demás era suficiente para que mi imaginación volara hasta la estratosfera y la máquina de ilusiones que tenía instalada en alguna parte del cerebro, construyera un cuento de amor al mejor estilo de Disney con castillo y todo.

-Entonces ¿quieres ir conmigo?- me preguntó.

Cerré dos veces los ojos mientras me convencía de que esas palabras habían tomado una forma real y no eran producto de una alucinación paranoica. La idea del motel me parecía muy erótica, en mi pantalón se estaba desencadenando una lucha con la erección que comenzaba a creer de solo pensar a Sergio en una cama. Me puse rojo como un tomate. Pero Sergio había aclarado que si fuéramos no íbamos a hacer nada porque me había dicho que no pretendía tener sexo en un motel. Además no quería que mi primera vez fuera en un lugar sucio. Ya no me parecía tan erótica la idea. Además, para ese momento ya se me había ocurrido una mejor y menos perversa.

-¿Te gustaría ir mejor a mi casa? El apartamento queda cerca de aquí y Wendy se fue toda la semana donde los papas porque creo que una tía se murió.- le dije como alternativa en remplazo del cuarto sucio.

-Eso es estupendo, no voy a tener nunca palabras para darle gracias a la tía de Wendy por hacer que el lugar esté solo para poder echarnos una siesta de domingo. Me parece mejor plan que el mío- me sonrió y se acercó a mi cara mientras mi corazón latía al borde de un paro cardiaco. Me dio un beso en la mejilla y me dijo en un susurro al odio.

-Me encantas-

Hasta ese momento existió el mundo tal como lo conocía. Si el rumor decía que eran mariposas lo que revoloteaban en el estómago, en mi caso eran como pterodáctilos. Estaba tocando el cielo azul con mis dos manos de bailarín. Le pareció divertido irnos en Transmilenio así que tomamos el bus en una de las estaciones y empezamos a tontear durante todo el camino.

Él se ponía a imitar a todas las personas que estaban junto a nosotros. De repente me miraba y me guiñaba un ojo y yo sentía mi cara caliente. Seguramente toda la sangre de mi cuerpo estaba acumulada entre mejilla y mejilla. Me parecía gracioso y sus monadas eran tiernas al tiempo que coquetas, sensuales, inocentes, infantiles, cómicas, picaras.

Todo el bus estaba concentrado mirando las tontadas que me estaba haciendo. En una de sus particulares imitaciones, estaba actuando como un señor de gafas que estaba sentado unos puestos adelante e inclinaba su cabeza como si fuera a quedarse dormir y volvía a abrir los ojos. Sergio lo hacía exactamente igual, cuando de repente el bus frenó muy rápido y se golpeó la cabeza con uno de los extremos.

Todos los que estaban atentos a su número de comediante se lanzaron a carcajadas sonoras por el accidente del humorista. Sergio puso su mano derecha sobre su cabeza en el lugar donde había recibido el

impacto y sin una gota de vergüenza se echó a reír y acompañó la diversión de todos los que iban. No sentía pena por nada, era mi héroe, un sueño completo, se había convertido en menos de 12 horas en mi persona favorita del mundo entero y sus alrededores.

Ya estábamos a punto de llegar a nuestra estación. Sergio seguía con sus quejas y sobos del dolor. Antes de parar el bus se acercó a mí y me arrinconó contra uno de los extremos del bus. Estábamos justo en la mitad, donde parece un acordeón el Transmilenio. Llegó a estar a unos cuantos centímetros de mi cara y me besó. De nuevo todo mi cuerpo empezó a temblar y mi mente se disparó a miles de dimensiones fuera de este mundo. Esta vez todas las cosas a mí alrededor se silenciaron. El beso tuvo que haber durado dos segundos o si tuve suerte unos tres. Fue el tiempo más largo en toda la infinitud del universo. Solo sentía el contacto de su boca sobre la mía. Era mágico e indescriptible. Mi cuerpo estaba preso de una descarga eléctrica tan fuerte como la luz del sol.

Se separó de mí y aun despabilando sentí que su mano me arrastraba hacia una de las puertas que se había abierto. No tuve el tiempo suficiente para ver la cara de todos los que estaban sentados, solo escuchaba los aplausos y aullidos de la gente. A lo lejos alguien gritó -maricas hijos de puta- y las puertas se cerraron. Mi mano atada en un indestructible vínculo con la de Sergio

me dirigía hacia la salida. Estaba la estación llena, tan repleta como podría estarlo un concierto de Michael Jackson. Tenía que usar mi otra mano para evitar chocarme con las demás personas y de mi boca solo salían dos palabras.

-Disculpe, perdón, disculpe, perdón-

Ya en la calle empezamos a caminar en dirección al departamento. Él se veía muy cansado y comencé a andar más rápido para llegar lo antes posible. Había pasado toda la noche anterior de fiesta y toda la mañana en la misión de entretenerme y hacerme sonreír cada minuto.

Llegamos al edificio y subimos por las escaleras los cuatro pisos. El ascensor estaba en reparación porque alguien lo había trabado el día anterior. Llegamos a la puerta y busqué las llaves en mi bolsillo. Abrí y lo invité a pasar. No podía creer que estuviéramos aquí los dos solos. El departamento estaba un poco desordenado porque Wendy había estado como loca buscando su cédula por todas partes porque creía haberla perdido hasta que la encontró en uno de los jeans que había usado esa semana. Consecuencia de ello estaba todo desordenado y como si se hubiera librado una catástrofe natural en ese piso de dos habitaciones, sala, cocina y baño.

-¿Quieres tomar algo?- le pregunté.

-¿Te molestaría que durmiera en el sofá un momento?, estoy en realidad exhausto-

-No, pero ven y duermes en mi cama, el sofá es muy incómodo y vas a terminar con la espalda adolorida- le dije

-Sería estupendo. Muchas gracias, no me imagino irme para Argentina a bailar con la espalda encorvada como el jorobado de Nortre Dame-

¡Diablos! Se me había vuelto a olvidar que se iba en tres días. Estaba triste por eso, pero alegre por tenerlo aquí conmigo. Un mes iba a ser mucho tiempo sin poder verlo y hablar con él.

Lo guié hasta la habitación y le mostré la cama. Mi cuarto estaba impecable. Tenía una manía extraña y obsesiva por ordenar. Me gustaba verlo todo limpio, transparente.

-Está muy bonito esto- me dijo Sergio. Me sentí aliviado al saber que no le disgustaba.

-Gracias, si quieres acomódate mientras yo voy a comer algo- le respondí. Era casi medio día y pensaba hacer almuerzo para los dos aunque no sabía cocinar casi nada.



-Bueno, espero que vengas a dormir conmigo. Te prometo que nadie se va a quitar la ropa. Lo máximo que puede ocurrir es que en medio de mi sueño profundo te abrace para sentirme seguro- me dijo con una voz angelical y una mirada irresistible. De nuevo mi boca y cada molécula se agitaban como un terremoto. -No te preocupes por la comida, cuando nos despertemos pedimos algo a domicilio, si te gusta el sushi puede ser eso, yo invito- me dijo como si me hubiera leído los pensamientos.

-Sí, tomo agua y vuelvo- mi voz sonaba como la de un tonto, no articulaba bien ni podía vocalizar, debía trabajar en eso si quería no parecer un tarado cada vez que me hablaba o tocaba.

Fui hasta la cocina a hidratarme. De paso fui al baño a orinar para no tener que despertarlo si me daban ganas y tenía que levantarme de la cama. Hace algunas noches había imaginado un momento como este. Los abrazos que me daban eran perfectos. Pero dormir abrazados significaba un abrazo eterno, perdido en la inmensidad del sueño.

Hice todo y volví a la habitación. Sergio ya estaba dormido, profundo como si estuviera muerto excepto por su abdomen que se elevaba. Estaba de costado en una punta de la cama. Solo podía ver su espalda. La promesa del abrazo

estaba latente en mi memoria pero no tenía la valentía de abrazarlo yo a él. Eso me superaba en gran medida. Con todo el cuidado del mundo me acosté al otro extremo de mi cama semi doble boca arriba para poder digerir ese momento y todos los que habían pasado desde que lo vi en la sala de espera de la clínica.

*-Creo que eres el hombre perfecto Sergio, todo lo que alguien podría desear en otra persona tú lo tienes. No es solo tu mirada que ilumina todo un salón de baile, o tu boca que me desconcentra cada vez que la veo. No son simplemente tus movimientos de baile tan armónicos y perfectos que no puedo dejar de observarlos escondiendo mi mirada para que no lo notes. Es todo lo que emana de ti. Tu energía es tan fuerte que me hace perder la cabeza. Junto a ti cada paso que doy tiene el sentido correcto porque se dirige a ti. Es como un río cuya agua sabe exactamente a dónde va a llegar. Así es mi voluntad. Hago todo lo que está en mis manos para coordinarme con tus deseos pero es inútil porque una sola acción tuya desactiva mi mente y me convierto en un cuerpo dispuesto a recibir cada sensación que venga de ti. La sonrisa que me ofreces cuando tomas mis manos. Cuando te acercas lo suficiente que puedo oír tu respiración es lo que me basta para ser absolutamente feliz. Los minutos a tu lado son bendiciones que nunca he tenido antes. No sé si*

*quererte sea pecado pero creo que mi alma no puede estar tan equivocada al decirme cada segundo que solo quiero estar a tu lado y abrazarte hasta que mi corazón deje de bombear sangre, hasta que mi espíritu deje de habitarme, no sé cuáles son las palabras, pero eres lo mejor que me está pasando en medio de todos mis problemas.-*

-Eso es lo más bonito que he escuchado en toda mi vida Marcos- dijo Sergio en una voz muy baja.

¡Maldición, no estaba dormido!, ¡Maldición, yo estaba hablando en voz alta!

Me perdí a mi mismo. Esta vez estaba casi seguro que iba a desmayarme. Dejé de respirar, dejé de funcionar. No estaba inhalando oxígeno, no sabía cómo darle la orden a mis pulmones que siguieran funcionando. No podía morir de pena. Sergio se volteó y quedo de frente a mí.

-¿Puedo abrazarte como nunca nadie lo ha hecho?- me preguntó.

-Necesito que lo hagas para poder seguir viviendo- le respondí.

Se acercó, me besó como nunca nadie lo había hecho. Me pasó su abrazo por encima de mi cuerpo y me apretó firme al suyo. Cerré los ojos y me perdí en ese momento

cósmico. Entendí que estaba perdidamente enamorado de Sergio.

## **7. Cartas desde Buenos Aires.**

**(Sergio)**

**De:** Sergio Abril (sergioa@live.com)  
**Enviado:** Martes, 20 de mayo de 2013 10:28:14 p.m.  
**Para:** Marcos Ayala (marcosayala1@hotmail.com)  
**Asunto:** Buenos Aires... Allá vamos

Hola Marcos.

Perdón por no haberte llamado ayer para que me acompañaras al aeropuerto pero era de madrugada y no quería que volvieras a tu casa solo en la noche, de todas formas hubo un desorden monumental con las maletas. El asunto es que llegamos todos bien, el avión era bastante grande y pese a que íbamos en clase turista todo estuvo de maravilla.

Pasaron varias cosas que no puedo dejar de contarte y que te van a divertir el día. Caderas locas nos hizo a todos ponernos esa sudadera roja y la chaqueta amarilla como si fuéramos banderas de Colombia andantes desde el

momento en que salimos en el bus de la escuela de baile. Parecíamos la selección Colombia de futbol en el aeropuerto, de un lado para otro con la diferencia que éramos cinco hombres y cinco mujeres flacuchas y bastante más bajitas de lo que se espera de un jugador.

Todos estaban nerviosos. Era la primera vez que viajaban fuera del país excepto por Sebastián, Rocío, Caderas y yo. Tuviste que haber visto las caras de emoción que tenían. Le estaban sacando fotos a todo, al pasaje, a la mujer que nos hizo el chek in, al que embalaba las maletas. Parecían como si estuvieran llegando a un universo desconocido. Rocío dijo que eran todas unas nenitas inmaduras mientras regañaba a un par que querían tomarse una selfie con ella. Estaba muy iracunda.

Hubiera querido que tú estuvieras aquí. Te habrías muerto de la risa viendo a Rocío tratando de caminar como si fuera una millonaria que sale al exterior frecuentemente con sus gafas grandes y sus tacones que la hacían ver como una supermodelo.

¿Te acuerdas de Matilde?, la chiquita morenita a la que no dejaron ir a la presentación en la discoteca del hotel Tequendama porque sus papás pensaban que era un lugar malo para una niña tan joven. Pues el papá y la mamá vinieron a despedirla al aeropuerto. No te puedes imaginar los chorros de lágrimas que salían de sus ojos.

Tuve mucho miedo que inundaran toda la sala de espera y que termináramos con las medias mojadas de llanto. Eso fue un poquito antes que nos hicieran reunirnos en un círculo inmenso para ponerse a rezar y a ponernos a todos en las manos del señor. Yo estaba muerto de la risa aunque aguanté lo más que pude. Rocía seguía con su mal humor incluso después de habernos bendecido. Me hubiera encantado que estuvieras aquí. Aunque eso creo que ya lo dije. Como sea, te sigo contando lo que pasó después, aunque te aseguro que no es lo mismo leerlo que verlo en persona.

En migraciones seguían todos muy nerviosos. Alguien se puso de sapo a decirles a los demás que a todos los iban a interrogar y a desnudar en un cuarto lleno de policías para saber si llevaban droga en el estómago o en el culo. Eso disparó las alarmas y todos se pusieron como imbéciles a temblar como si se hubieran de repente enfermado del síndrome de Parkinson.

Al final no le pasó nada a ninguno pero te juro que casi hubiera apostado que el gordo Carlos se iba a hacer en los pantalones de los nervios que tenía. El pobre ya se imaginaba encarcelado con cadena perpetua y dos compañeros de celda que se lo cogieran cada dos días.

Luego de eso nos subimos al avión y en segundos estábamos todos sentados en las sillas, por suerte me tocó al lado de Rocío. Espero no estar aburriéndote con

todo esto Marcos. Pero quiero que sepas todo lo que pasó para que te diviertas tanto como yo lo hice. No me canso de decirte que me hubiera encantado que estuvieras allí para reírte. Por cierto, Sebastián está mucho mejor, el médico le dijo que tenía que reposar por lo menos dos semanas pero no hizo caso. Él no se iba a perder el viaje a Argentina por un par de puntos en el culo. Me dijo que si hablaba contigo que te mandara saludos.

Te iba diciendo que ya en el avión despegamos y en la pantalla estaba el recorrido que íbamos a hacer, se veía el mapa de América del Sur con una línea entre Bogotá y Buenos Aires y un avión pequeñito que se movía muy pero muy despacio, pensé que nunca íbamos a llegar.

Caderas se sentó como a tres puestos de nosotros y le tocó al lado de una chica argentina rubia bastante bonita. Te podrás imaginar lo que se puso a hacer. Empezó a charlarle y a contarle todos los premios que se ha ganado como instructor de baile y a todos los países a los que ha ido. Creo que exageró un poco porque dudo mucho que haya estado dando clases en una escuela de Yugoslavia, eso le dijo, incluso dudo mucho que sepa dónde queda Yugoslavia.

La chica lo más de emocionada le preguntaba cosas y hasta le hizo prometerle que al día siguiente se vieran para que le enseñara a bailar salsa. Él con lo baboso que es le dijo incluso que podía ir a todos los eventos del



congreso de baile y que le daba entradas gratis para todas sus amigas, dudo también mucho que a nosotros nos den entradas para obsequiar. Hasta la nombró asistente oficial del equipo colombiano de salsa. Le faltó sacar la espada como si fuera rey en la edad media y nombrarla caballero de la corte de Arturo. No puedo creerme todavía que en serio piense que tiene oportunidades con esa chica, es muy bonita como para prestarle atención. Aunque con los movimientos que tiene ese Caderas, hasta empiezo a pensar que debe ser muy buen polvo.

Se me olvidaba contarte algo, en el aeropuerto conocí a un uruguayo que vive en Buenos Aires, estuvimos hablando un poco y me pareció muy simpático. El tipo es divino, tiene los ojos de color café y tiene un cuerpo de muerte, me dijo que había hecho gimnasia por muchos años cuando estaba joven. Yo no podía creer que estaba tan viejo como el aseguraba, pero cuando le pregunté, me dijo que tenía 38 años y yo no lo podía asimilar. Estaba muy bueno como para estar tan "avanzado de edad". Que expresión más ridícula esa. La cosa es que me invitó a tomarme una gaseosa en la cafetería y terminamos en uno de los baños besándonos.

Me la chupó hasta que me hizo venir (espero que no estés poniendo cara de desaprobación porque si tú lo hubieras visto estoy seguro que te hubiera encantado y te lo hubieras comido también) él había comprado el pasaje



en primera clase pero me dio su número de teléfono para que lo llamara en Buenos Aires y me hacía un tour por la ciudad, a lo mejor lo llame y así salgo a bailar por la noche algún día.

Nos dieron pollo con una crema extraña para almorzar y dormí el resto del trayecto. Llegamos hace como una hora y estamos aquí esperando al bus que nos va a llevar del aeropuerto Ezeiza hasta el hotel. Todos están muy cansados cuidando las maletas en la sala de espera, yo me escapé porque no aguantaba las ganas de venir a contártelo todo. Espero que no estés muy triste, yo sabía que deseabas mucho venir pero te aseguro que vamos a ahorrar mucho dinero para irnos a pasar vacaciones por allá a Ibiza.

Te dejo porque no tengo dinero argentino y le rogué a la señora que atiende este local que me dejara enviar un mail para decirle a mi familia que había llegado bien. Todavía parecemos la selección de futbol y todo el mundo nos mira. Mándale saludos a Destella y dile que la extraño mucho. Te cuidas mucho Marcos. Te mando un abrazo inmenso.

Sergio.

PD. Te extraño y desearía que estuvieras aquí conmigo.

...

**De:** Marcos Ayala (marcosayala1@hotmail.com)  
**Enviado:** Miércoles, 21 de mayo de 2013 08:12:17 a.m.  
**Para:** Sergio Abril (sergioa@live.com)  
**Asunto:** RE: Buenos Aires... Allá vamos

Sergio.

No desapruedo nada de lo que haces, pero creo que no deberías ir por la vida tirándote a todo lo que se te cruce por enfrente. Solo espero que hayas comprado las cajas de condones suficientes para que te dure todo el mes.

Me alegra que todos hayan llegado bien. Oré mucho porque el avión no se cayera contigo adentro (lo que si desapruedo es que te hayas reído durante la oración), está noche trabajo en el bar y todo sigue muy normalito. Destella ya está montada nuevamente en sus tacones y cambió mucho su repertorio. Ayer casi le da un infarto a Eduardo cuando le dijo que iba a hacer covers de Rihanna y Katy Perry. Casi la mata a la pobre, le dijo que lo que debía hacer era ponerse a cantar canciones de Cher y Liza Minelli. Hubo una pelea bastante "destellante".

Si tengo derecho a decirlo, te extraño mucho, aunque solo ha sido un día. He pensado y creo que quiero estudiar licenciatura en lenguas extranjeras. Siempre me han gustado los idiomas y estudiar no es tan caro, mañana

voy a ir por el formulario a la universidad para inscribirme.

Dale saludos a Rocío y a Sebastián, espero que todos bailen muy bonito y que dejen encantados a los argentinos cuando vean lo rápido que se mueven.

Te dejo porque voy de salida, quedé a encontrarme con mi papá en el Juan Valdez de la séptima en una hora y debo vestirme. No te pongas bravo por no habértelo contado, pero me envió un mensaje el lunes porque quiere hablar conmigo. Después te cuento cómo me fue.

Marcos.

P.D. Rómpete una pierna en la competencia y procura traerte una medalla, así la puedes vender y con el dinero comprarte un bulto de condones. No entiendo por qué tienes la necesidad de tener tanto sexo. Deberías ver a un psicólogo.

...

**De:** Sergio Abril (sergioa@live.com)

**Enviado:** Viernes, 23 de mayo de 2013 11:48:03 p.m.

**Para:** Marcos Ayala (marcosayala1@hotmail.com)

**Asunto:** Qué putas hace tu papá en tu vida????

No lo puedo creer!!! No entiendo por qué razón no me dijiste que tu papá te había contactado para que se encontraran. Yo te hubiera acompañado perfectamente. Ya

sabes que pienso que son unos triples hijos de pu... Pueden ser tus progenitores y todo lo que tú quieras pero no tienen ningún tipo de derecho a buscarte luego de haberte echado como un perro de tu casa. Tengo en este momento mucha rabia Marcos porque no creo que sea bueno para ti reunirte con ellos o por lo menos no sin alguien que te defienda. Mínimo lo que va a hacer es lavarte la cabeza con ideas estúpidas. Tú no has cometido ningún pecado. Ellos son los que se van a ir al infierno por haberte dado la espalda y por ser unos malos padres.

Y te estoy escribiendo al whatsapp!!! Ni siquiera te llegan los mensajes. Necesito que aparezcas lo antes posible y me expliques con todos los detalles como es eso de tus papás. Hasta ahora leí el mensaje y no encuentro más que decirte que dejes de ser tan tonto y no los perdones. No necesitas de ellos para poder vivir tu vida feliz. Me tienes a mí, y haré todo lo que sea necesario, incluso lo imposible si hace falta para que estés bien y no tengas que ir a pedirles nada a esos señores que te dañaron la vida sin demostrarte una gota de amor o de compasión.

Estoy desesperado por saber lo que pasó en esa reunión Marcos, no te hagas el bobo y contesta el celular, si es necesario voy a llamarte mañana desde que me despierte hasta que me acueste a dormir. Sigo furioso, si me hubieras dicho hubiéramos ido a ver a tu papá antes

y yo hubiera ido a ver con qué cuento te va a salir el viejo marica ese. No puedo creer que seas tan débil.

Sergio

...

**De:** Sergio Abril (sergioa@live.com)

**Enviado:** Lunes, 26 de mayo de 2013 10:02:41 a.m.

**Para:** Marcos Ayala (marcosayala1@hotmail.com)

**Asunto:** Necesito saber de ti

Marcos. Ya han pasado tres días y no me has contestado el mail anterior. Te llamo y no me respondes el celular. Te escribo por Facebook, whatsapp, twitter y por todo lo que se me ocurre y no sé nada de ti. Perdóname por haber sido tan grosero el viernes. Lo que pasa es que me dio mucha bronca que te fueras a reunir con tu papá. Rocío vio que estaba muy alterado después de haber leído tu correo y de haberte respondido y me pegó una regañada épica. En todo lo que me dijo tiene ella razón, no tengo ningún derecho a meterme en tu vida y mucho menos a opinar sobre lo que debes y no debes hacer.

Me siento muy avergonzado y si pudiera, no hubiera escrito ni una de las palabras que te escribí. Me siento en realidad muy mal y no sé cómo decirte que lo siento en el alma.

No espero que me entiendas, y hasta merezco que me odies por el resto de tu vida si así lo quieres, lo que decidas va a estar bien para mí porque soy un completo imbécil que no mide lo que dice y que cree que los demás deben hacer lo que yo diga. Todo el fin de semana me la pasé pensando en eso. Espero de todo corazón que estés bien.

Te voy a contar algo que ninguna persona en el mundo sabe y que no le he dicho a nadie y que de pronto te puedan dar una pequeña idea de lo que ha sido mi vida y la razón de mi ira con tus padres que por cierto no he tenido el placer de conocer (eso fue en tono irónico).

Yo crecí toda mi vida con mis tíos, a mi mamá casi nunca la vi, solo en dos oportunidades. Una fue cuando vino a la ciudad a pedirle plata prestada a mis abuelos porque estaba muy mal, ese día vino hasta la casa de mis tíos a verme. Yo tenía creo que 7 años por ese tiempo. Yo estaba en el segundo piso con mis primos y la empleada de servicio que había recibido la orden de mis tíos de no permitir que yo bajara. Ellos la recibieron en la puerta. Esa fue la primera vez que la vi en persona, es una mujer hermosa, es alta y delgada, tenía un cabello largo y lacio como el mío que le llegaba hasta la mitad de la cintura de color algo platinado. Su mirada era intensa y arrasadora, de hecho estoy seguro que su mirada era como la mía justo antes de salir a bailar a alguna muestra o

competencia. Cada vez que me veo mirando como ella la recuerdo esa tarde parada en la puerta de mis tíos. Discutieron mucho, yo estaba en un rincón del segundo piso mirando por las escaleras que daban justos a la puerta. Entre los gritos escuchaba que ella les decía que yo era su hijo y tenía todo el derecho a verme, que la dejaran pasar o de lo contrario iba a llamar a la policía.

Mis tíos le respondían que se fuera, que no tenía ningún derecho y que estaba loca. Yo sentía en momentos el impulso de salir corriendo, bajar las escaleras y abrazarla hasta quedarme atado a ella de por vida y que me llevara a conocer las cosas que hacía. Era una inclinación de chico la que yo tenía, sentía celos porque mis tíos trataban a mis primos con amor mientras a mí me daban el mismo trato que a la sirvienta. No entendía la razón de su abandono, era una mujer saludable, enérgica y hermosa. Yo sabía que me amaba porque si no fuera así no hubiera ido a intentar verme.

Esa fue la primera vez. Cuando tenía catorces años fue la segunda vez que la vi en persona. Mis abuelos hacían una reunión de fin de año para todos los empleados de su empresa. Era bastante grande la fiesta, asistían los 500 trabajadores con sus familias y contrataban un salón grandísimo para que todos disfrutaran. Se hacía el 20 de diciembre para que todos pasaran las fiestas en sus



casas. Yo fui con mis tíos y estaba sentado en una de las mesas. En un momento miré hacia la puerta y vi entrar a la señora Martha, ella era la asistente de mi abuelo que estaba como buscando a alguien desesperadamente. De repente se metió entre la gente y fue hasta donde estaba mi abuelo hablando con otros empleados. Le dijo algo al oído y su mirada se alteró. A lo lejos alcancé a notar que se disculpaba con los hombres que lo rodeaban y siguió a Martha hasta la puerta de entrada. Iba preocupado y los dos caminaban entre la gente lo más rápido posible. La música estaba un poco alta y algunos que ya habían tomado en exceso estaban en la pista de baile demostrando que no sabían bailar.

Me pareció muy extraño y se me despertó la curiosidad. Yo estaba con mi prima Catalina comiendo toda la torta que nos cabía en la boca. Yo paré y salí a ver qué era lo que pasaba afuera. Me colé por en medio de la gente y salí. Allí estaba ella, con su cabello mágico platinado que le caía hasta la espalda, tenía un vestido corto de flores que la hacían ver muy bella. Estaba perfectamente maquillada y la sostenían dos hombres de seguridad. Ella estaba discutiendo con mi abuelo y Martha estaba a un lado callada prestando mucha atención.

Yo me quedé paralizado, no sabía qué hacer. Allí estaba mi madre, a mi alcance y sin nadie que me estuviera deteniendo. Tuve esas mismas ganas de correr a



darle un abrazo eterno. En ese momento ella me vio directo a los ojos, así agarrada por los policías como estaba, cuando su mirada se clavó en la mía sentí como si una explosión se hubiera producido en la mitad de mi estómago. Deje de respirar por muchos instantes y ella pronunció con su boca la palabra que nunca nadie había dirigido hacia mí. Cuando me vio paró de hacer fuerza para soltarse y me dijo -hijo-.

Lo que sentí en ese momento fue un dolor revuelto con muchas otras cosas que no puedo describir. Solo sabía que ella era real. Mi abuelo se dio media vuelta y me vio ahí como si fuera una estatua de sal. No pude lanzarme a sus brazos por mucho que lo deseaba, no era capaz, era como si estuviera pegado al suelo. Mi abuelo apenas me vio me cogió con uno de sus brazos y me alzó. Uno de los de seguridad le abrió la puerta y me entró alzado mientras les decía a los demás que la sacaran del lugar y que no la dejaran entrar.

Mientras era cargado por mi abuelo, alcé la mirada para verla una vez más y estaba mirándome, tan intensamente como yo lo hacía. Me dedicó una media sonrisa y la puerta se cerró con ella afuera. Mi abuelo me llevó hasta una oficina pequeña y me dio un vaso de agua. Me preguntó que cómo estaba y yo le mentí diciéndole que estaba bien. Que no había pasado nada.

A mi padre ni siquiera lo conocí. Nunca me preocupé por él. Yo admiraba a mi mamá profundamente porque la veía en las fotos de la casa de mis abuelos, en los álbumes y cada tanto era tema en las conversaciones de la familia o de amigos que venían de visita.

Nunca supe nada más de ella, ese es un secreto que guardan mis abuelos y mis tíos porque yo sé que ellos saben dónde está. O por lo menos donde puede estar pero nunca me lo dicen porque saben que yo iría corriendo hasta el fin del mundo para encontrarla y preguntarle por mí.

No te canso más con los detalles de mi historia. Solo me falta una cosa que es muy relevante. Hace como dos años cuando cumplí 16, me fui con Catalina a la oficina de la fábrica de mis abuelos. Ellos tenían un abogado que se llamaba Rogelio Peña, él fue por mucho tiempo el asesor legal de la empresa y hacía ejercicio todas las mañanas porque tenía un cuerpo bastante formado. Ese día fuimos a verlo porque Catalina quería que le ayudara con un trabajo para el colegio, ella necesitaba una estructura legal para una empresa ficticia que estaban creando en alguna clase y él se comprometió a ayudarla. Fuimos y mientras yo tomaba café y galletas con Martha, ellos dos estaban en la oficina.

Pasaron como dos horas hasta que Catalina salió por la puerta con una cara de espanto impresionante. Su tez

estaba más pálida que las paredes de la casa blanca. Me agarró de la mano, se despidió de Martha y salimos como pólvora de esa fábrica. No me respondía nada y yo quería saber qué le pasaba. Como a cuatro cuadras pudo parar de caminar Catalina y nos sentamos en una cafetería a tomarnos algo. Cómo te podrás imaginar, yo pedí un café con crema que es el que a mí me gusta y ella creo que pidió una malteada, me acuerdo mucho porque al mío le habían echado tanta crema que parecía un páramo. Bueno, sigamos con el cuento, nos sentamos y ella me contó que Rogelio le estaba explicando la forma de llenar los formularios para pagar los sueldos en la nómina de empleados y buscó en el archivero una carpeta para mostrarle cómo debían ser diligenciados correctamente. Catalina se puso a chismosear y en uno de esos formularios leyó el nombre de mi madre, y en el segundo el de mi tía.

A mi madre le consignaban cada mes dinero, a mi tía también pero muchísimo más. Catalina se sorprendió mucho y de una vez le preguntó a Rogelio. El abogado se puso de todos los colores pero ya era demasiado tarde. Cuando a Cata le entra la curiosidad es como si erosionara un volcán. Le insistió tanto que hasta lo amenazó con contarle a mi abuelo y fue cuando el abogado prometió decirle si ella prometía no contarle nada nunca a nadie. Ella aceptó y el abogado le dijo que mensualmente se le

daba dinero a cada uno de los hijos de mi abuelo por ser socios de la empresa, pero que a mi tía se le consignaba una suma mucho más alta por cuidarme. Le dijo que la razón de que yo estuviera con mi tía y no con otro de mis tíos era que cuando yo había nacido mi madre se escapó del hospital a los pocos días de dar a luz y nadie pudo encontrarla. Mis abuelos junto con todos mis tíos se reunieron para decidir qué iban a hacer conmigo. Ninguno quería hacerse cargo, la responsabilidad era de mi madre y no estaba, entonces entre todos decidieron entregarme a un orfanato para que me dieran en adopción.

Mi abuela no soportó esa discusión. Ella se negaba a regalarme como si fuera un cachorro, pero mi abuelo le dijo que de ninguna manera iban a ser ellos los que me criaran. Entonces fue cuando ella les dijo a mis cinco tíos que el que eligiera criarme iba a recibir cada mes su dinero de la fábrica, además de eso, cuando ella se muriera, el tío que había decidido criarme iba a recibir la mitad de su herencia.

Después de esa reunión en la que estaba presente Rogelio por ser el asesor legal, mi abuela les dio cinco días a todos para que pensaran y tomaran una decisión. No faltó mucho tiempo para que todos mis tíos empezaran a pedir mi custodia, cada uno estaba dispuesto a luchar por criarme porque el dinero que iba a recibir era escandalosamente mucho. Al final mi tía Adriana ganó el

pleito porque Catalina tenía pocos meses de haber nacido y era una buena idea que nos criáramos como hermanos, después de todo, ya estaba en el proceso de criar un bebé. Otro más no era problema si venía acompañado de tanta plata.

Esa es mi historia Marcos, yo sé que nada de lo que diga es válido para justificar lo grosero y estúpido que he sido contigo, pero en parte es porque no creo en la inocencia de nadie. Siempre he pensado que todo tiene un precio en la vida y pagamos por lo que queremos. Espero que vuelvas a hablarme porque no he dejado de pensar en ti ni un solo segundo el fin de semana.

Sergio

PD. ¡Aparece! Así sea para insultarme. Quiero saber que estás bien.

...

**De:** Marcos Ayala (marcosayala1@hotmail.com)  
**Enviado:** Martes, 27 de mayo de 2013 06:11:38 p.m.  
**Para:** Sergio Abril (sergioa@live.com)  
**Asunto:** RE: Necesito saber de ti

Sergio.

¡Wow! No sé qué decir respecto a todo eso que me contaste. Es bastante fuerte tu vida, lo siento mucho por

todas esas cosas malas que has tenido que vivir. Por supuesto que no estoy bravo contigo, lo que pasaba era que sabía que ibas a ponerte iracundo cuando te contara lo de mi papá. Me vi con él y quería saber si había cambiado de opinión. Me ofreció ir con ellos a pasar las vacaciones a Acapulco. Se van a ir los tres dentro de un par de semanas y me dijo que podía ir siempre y cuando aceptara entrar por algunos meses a un centro de reclusión evangélico en México D.F.

Por supuesto le dije que no iba a ir. Por otra parte estuve pensando mucho en tu chico del aeropuerto con el que tuviste sexo. No sé si sabrás pero yo soy virgen, o por lo menos lo era, o más o menos, ya te voy a contar lo que pasó. No seas impaciente. (No es lo que tú crees)

El sábado en la noche luego de salir del club de trabajar me dijo Destella que la acompañara a buscar su nuevo novio que debía estar metido en el sauna gay al que siempre va. Yo la verdad no tenía muchas ganas de ponerme en ese plan porque estaba muy cansado de trabajar pero ella me insistió tanto que al final terminé accediendo.

Fuimos cerca de la calle 42 con avenida Caracas en el barrio La Soledad, no sabía muy bien que era eso de las saunas. Llegamos a una casa que a mí me pareció normal y entramos. Había una recepción y un tipo nos cobró la entrada que pagó Destella. Entramos y era por dentro una casa de esas antiguas con pasillos por todos

lados. Era todo oscuro y había música electrónica y pantallas con porno por doquier. Era muy extraño, parecía un bar pero más tranquilo. Había hombres por todos lados sentados en las sillas, parados contra las paredes y todos miraban a unos y a otros. Algunos casi me comían con sus ojos. Di unos pasos mirando cada cosa con asombro, cuando giré mi cabeza ya no estaba Destella, se había esfumado de mi lado, la busque un momento pero era realmente difícil en la penumbra así que decidí esperar a que ella me encontrara. Ya que estaba allí, me puse a ver cómo funcionaba todo esto.

Entré a un cuarto del que muchos hombres salían y entraban. Era todo oscuro, alguien me dijo después que se llamaba el cuarto oscuro precisamente porque no se podía ver nada. Entré y me fui tocando la pared para darle la vuelta por dentro. Era bastante divertido, casi como ser ciego, no podía ver ni mi propia mano pegada a mi cara. Iba a algunos pasos de la puerta cuando me encontré con otro cuerpo. Me quedé quieto y esas manos desconocidas empezaron a tocarme. Casi del pecho pasaron al pantalón, me estaba tocando por afuera del jean y yo ni sabía qué hacer. La primera reacción que tuve fue separarme y buscar la salida para irme de allí. Pero para eso debía seguir por la pared para poder llegar a la puerta. Unos metros más adelante me encontré con otros dos cuerpos que se estaban besando. Apenas me choqué con ellos me



abrazaron y mientras uno me besaba de frente otro estaba detrás besándome el cuello, una de las manos bajó hasta mi pantalón y metió la mano y empezó a tocarme el pene, se me paró al instante.

Me gustaba pero estaba muerto de miedo. Me separé en cuanto pude y salí del cuarto. Estaba temblando como si me hubieran dado un susto de muerte. Decidí evitar los cuartos oscuros y fui al bar que había y me tomé una cerveza esperando a que Destella pasara por ahí para decirle que me iba a mi casa. Estaba sentado allí cuando detrás me habló un muchacho, me di vuelta y lo vi. Era bastante simpático. Se dio cuenta que estaba nervioso y me hizo reír mucho. Hablamos un rato muy largo y yo le conté que estaba ahí por accidente. Estuvimos tres cervezas más y hasta le confesé que era virgen y que me parecía un horror que los hombres fueran a lugares como esos a tener sexo con desconocidos sin ni siquiera poder verlos o en esos cubículos que miden como un metro por un metro con un sofá incómodo.

Él parecía divertido por todo lo que yo decía. En un momento me miró y me preguntó si podía darme un beso. En ese momento empecé a temblar automáticamente y no le respondí nada. Él tomo mi cara con sus manos y se acercó hasta darme un beso. Me gustó mucho, era muy cuidadoso, estuvimos besándonos por otro largo rato y otras dos cervezas. Para no hacerte muy largo el cuento, me dijo



que si lo quería acompañar a uno de esos cubículos para hacer algo más.

Yo estaba claramente aterrorizado por esa propuesta. Pero lo veía y parecía Ashton Kutcher y yo parecía el borracho del pueblo. No alcancé a responderle cuando tomó mi mano y me llevó hasta el pasillo de los cubículos. Entramos a uno y me sentó en el sillón. Yo estaba bastante cansado y mareado. Me senté y vi que en las paredes laterales había como una especie de ventana chica que no sabía para que era. De pronto era para que las parejas de los cubículos se pasaran cosas. Podían ser preservativos. Me gustaba que lo más importante fuera la seguridad, eso decía en todos los carteles del bar. Ashton (vamos a decirle así porque sinceramente no recuerdo el verdadero nombre) me sonreía en todo momento y me dijo que primero iba a empezar él. Se arrodilló en frente mío, me bajó los pantalones y se metió mi pene erecto en la boca.

Yo di un pequeño salto por la sorpresa pero a los pocos momentos en que empezó a mover la boca adentro y afuera yo me perdí en el placer y llevé mi cabeza para atrás apoyándola contra el sillón. Me sentía volando, era muy delicioso lo que me estaba haciendo. Yo estaba con las manos agarrado fuerte al sillón cuando a los pocos momentos sentía que me venía y me vine. El chico se comió todo el semen y me pareció entre asqueroso y extraño. En

esos momentos pensaba en ti y decidí que no te iba a contar nada, pero sabiendo cómo eres y todas las maldades que normalmente haces, entonces por un momento me imaginé que yo era tú y entonces todo resultó más fácil.

Se limpió la boca con papel higiénico que tenía en su bolsillo y luego me preguntó si yo quería hacer lo mismo. Me pareció poco amable no hacerlo así que asentí con mi cabeza. Él se paró y yo aún sentado quedé en frente de su pantalón. Abrí la cremallera y bajé el jean junto con el bóxer. También estaba erecto. Cerré los ojos y comencé a hacer lo mismo que él me hacía.

Por momentos gemía del placer y hasta me acariciaba el cabello con sus manos. En un momento se quejó y sacó su pene de mi boca. Me dijo que con cuidado y que intentara no rozarlo con los dientes porque eso dolía bastante. Creo que me puse rojo de la vergüenza. Me tranquilizó diciendo que no había problema, así que continué un poco más hasta que se vino. Me pasé el semen porque él había hecho lo mismo. Pero no podía dejar de pensar en que hubiera querido que estuvieras ahí para que me dieras algún consejo y no pasar como un tonto. (La próxima vez que nos veamos no olvides hablarme de sexo).

Eso fue lo más interesante de toda mi semana. ¿Eso es lo que te gusta hacer? ¿Andar teniendo sexo con cualquiera? No me pareció tan malo pero de todas formas es un poco estresante estar como pescador en río

revuelto, además es muy riesgoso. Vaya a saber uno lo que se puede contagiar en esos antros sucios de mala muerte y de gente perversa.

No tengo whatsapp porque me robaron el celular, por eso no te había podido responder. Perdón por tardar tanto. Te extraño también, si se me permite decirlo. Espero que la competencia vaya súper bien y estoy ansioso por volverte a ver. Supongo que tendré que controlar mi ansiedad.

Un abrazo gigante

Marcos.

PD. No me gusta eso del sexo libre.

## **8. Quiero verte**

**(Sergio)**

Por fin de regreso a Bogotá. No puedo esperar para ver a Marcos, solo ha sido un mes pero lo he extrañado como nunca he extrañado a alguien en toda mi vida. Era la única persona con la que había hablado durante más de tres horas seguidas en facebook y no me había aburrido. Me divierten sus comentarios y su inocencia. Es como si todas las cosas buenas del mundo se juntaran en su mirada tan fuera de la perversidad. Dicen que los polos opuestos se atraen. Debe ser eso, yo tan perverso y el tan

ingenuo. Me encanta, me encanta, me encanta cuando me pregunta cómo me siento. Es la primera persona en el mundo que lo hace en serio, preocupado por mí. Aunque yo soy el que debo cuidarlo a él. Siento que quiero protegerlo y alejar de su vida todo rastro de dolor y nostalgia por el resto de la eternidad.

Ahora que ya me estoy pasando de cursi debo volver a la realidad. Este vuelo de mierda desde Buenos Aires se tarda mucho. Ocho horas viendo una película y comiendo lasaña llena de verduras. Por otro lado, me divertí mucho durante la estadía. Fui a todos los bares gay que encontré en la guía que aparece en internet. Quedamos de segundos en la competencia por culpa de una de las muchachas que en medio de la coreografía se le rompió la tira de la blusa y quedó en tetas con trescientas personas mirándola de frente. Yo hubiera seguido bailando así como estaba, a lo mejor los jurados no resultaban ser homosexuales y nos subían puntos por la exhibición, pero no fue así. La muy inteligente se detuvo por casi una octava de la coreografía y el resto lo bailó sosteniéndose la blusa. Por supuesto que nos bajaron puntos luego de eso.

Ya no importa mucho, ahora lo que me interesa es llegar al aeropuerto El Dorado e irme para donde Marcos, debe estar en su casa porque hoy es martes y es su día de descanso del bar. No puedo esperar.

-¿Qué querrá decirnos Caderas en la reunión?- me preguntó Rocío.

-¿Cuál reunión?- le pregunté

-La que tenemos cuando lleguemos en la escuela de baile. Caderas dijo, antes de abordar el vuelo que apenas aterricemos debemos irnos todos para allá a su súper urgente reunión-

-Yo no tenía idea, qué carajos estaba haciendo cuando lo dijo- me asombré. Estaba absolutamente loco Caderas si pretendía que después de ese viaje tan largo nos fuéramos para la academia a escucharle sus regaños.

-Creo que estabas en la cabina de llamadas tratando de comunicarte con Marcos, ¿le pasó algo?- me dijo Rocío desinteresada.

-No, es solo que no me contestó, debe tener el celular descargado o de pronto se lo robaron, ese chico ya debe tener ladrón personal. Tampoco me respondió los mensajes de facebook que le envié esta mañana antes de salir del hotel-

-Tú estás muy entusiasmado con Marcos, espero que no le hagas daño- me miró Rocío con esos ojos desconfiados.

-¿A qué te refieres?-

-No te hagas el desentendido. Tú tienes más amantes que calzones y te enamoras de una persona diferentes cada hora para al final del día botarlos y pasar al siguiente.

Marcos es una buena persona, con todo lo que me has contado ni siquiera tiene experiencia en eso de ser gay que por cierto es un voltaje muy fuerte. Lo último que creo que necesite es que llegué un tipo como tú; lindo, gracioso, con esa sonrisa encantadora y le rompas el corazón- terminó su discurso Rocío como si me estuviera reprendiendo por algo terrible que hubiera hecho.

-Con él es diferente. Cada vez que estoy con él siento como si pudiera dejar de un lado toda esa fortaleza que necesito para vivir y simplemente floto en el aire. Con él no tengo miedo, no siento que deba luchar o estar a la defensiva. Con él descanso del mundo entero. Eso es lo que estaba buscando desde hace mucho tiempo- le respondí en el intento de sonar lo más convincente posible.

-Pues si es verdad lo que dices me va a hacer muy feliz que dejes tanta promiscuidad y te concentres en amar a alguien que de verdad te ama y que te importa-

-Eh! Para un poco. Nadie ha hablado de amor, esa palabra es muy fuerte como para andar diciéndola por ahí como si te estuvieras comiendo un pan. Además la promiscuidad no tiene nada de malo. Te recuerdo que tú no eres precisamente un modelo de castidad- le dije esperando que no se ofendiera.

-No estamos hablando de mí en primer lugar y de todas formas no es para tanto Sergio, deja de ser

estúpido, el hecho que tú estés patológicamente imposibilitado para confiar y amar a otra persona que no sea tu mismo no quiere decir que los demás tengamos esas restricciones-

-A ver doña sicóloga, explícame eso-

-Tú debes tener algún trauma en la cabeza por eso del abandono de tus padres y toda esa mierda, o puede que te hayas caído de un segundo piso cuando estabas bebé, así que te volviste medio tonto y ahora no permites que nadie te ame o te ayude. Crees que lo puedes hacer todo por ti mismo y te da miedo confiar en otro-

-Pero mira lo bien que me conoces- le dije tomando sus palabras en broma, en parte tenía mucha razón pero no quería aceptarlo, era algo que ya venía conmigo y me gustaba ser de esa manera.

Le cambié el tema de conversación para no pasar los veinte minutos restantes del vuelo en una cita con la psicoterapeuta en que se había convertido Rocío. Charlamos sobre las cosas que debíamos hacer los próximos días en nuestras vidas pero no podía sacarme de la cabeza su análisis psicológico respecto a mi vida, ella nunca me juzgaba, me aceptaba y se divertía con las cosas que me pasaban y en parte por eso me gustaba estar con ella. Esa debió ser la primera vez que me habló en serio sobre mi forma de existir. La realidad de sus palabras me



confrontaba con las cosas que quería cambiar de mi propia vida. ¿Me había convertido en todos estos años de vida en un gay promiscuo y una perra sin sentimientos? Posiblemente era la mejor explicación a las cosas que hacía. Durante toda mi estadía en Buenos Aires me había acostado con siete tipos diferentes que había conocido en las discotecas y saunas a los que había entrado, eso sin contar las veces en que era con dos o un poquito más. Si miramos lo del supuesto trauma del abandono también había algo de realidad. Conocía muchos hombres que querían intentar un noviazgo serio y algunos hasta me propusieron irme a vivir con ellos pero siempre encontraba una excusa para negarme y luego huía como si fuera Julia Roberts en la película en donde es la novia fugitiva.

Además de eso, podía asegurar que las personas en las que más confiaba en mi vida entera eran mi prima Catalina y Rocío. Esa confianza no era tan grande como para poner en manos de ellas mi vida o decisiones importantes, eran las dos mujeres más cercanas a mí pero aún así tenía restricciones con ellas. A lo mejor era hora de cambiar. De considerar estabilizar mi vida emocional.

-Le informamos a los pasajeros que en pocos minutos estaremos aterrizando en el aeropuerto El Dorado de la ciudad de Bogotá. Por favor abrochen sus cinturones de



seguridad y prepárense para el descenso. El personal del vuelo espera que hayan tenido un viaje placentero y muchas gracias por viajar con nosotros-

Ya habíamos llegado. Por ahora solo debía ir rápido a esa escuela a ver lo que Caderas iba a decirnos y salir corriendo a ver a Marcos. Por mi cabeza rondaba una pregunta peculiar... ¿Será él?, ¿Será Marcos el indicado? ¿Terminaré haciéndole daño y huyendo como todas mis demás relaciones? ¿Seré capaz de enamorarme hasta el punto de ponerme a dibujar corazones con nuestras iniciales en los cuadernos? ¿Me querría ir a vivir con Marcos cuando había jurado qué viviría solo eternamente?

Por suerte ya todo estaba planeado y un bus nos esperaba en el aeropuerto, hice todo lo posible por pasar de primero en las filas de migraciones, del control y de las maletas para subirme rápido y sentarme junto a una de las ventanas. Estaba muy ansioso. Tenía unas ganas infinitas de abrazarlo.

Íbamos de camino y todos exhaustos tenían una cara de furia que daba miedo. Nadie quería ir a esa reunión. Lo que fuera que nos iba a decir Caderas podía esperar hasta mañana o hasta la otra semana. De todas formas lo más probable es que nos metiera un discurso interminable sobre los errores que habíamos cometido.

Llegamos y nos hizo entrar al salón principal. Ya estaba a punto de anochecer y todos los padres de familia nos estaban esperando. Eso también se me había olvidado. La escuela era el punto de encuentro para que no tuvieran que ir hasta el aeropuerto. Como yo no tenía a nadie que fuera por mí pues obviaba esos comunicados y no les prestaba atención. Todos allí estaban bastante emocionados. Los padres abrazaban a sus hijos y algunas hasta dejaron caer lágrimas de emoción. No pensé que fuera para tanto, pero para ellos sí lo era. Era la primera vez de muchos en un país diferente durante tanto tiempo. Fue una estadía fuera de lo normal. Treinta días es muchísimo tiempo. Era el viaje más largo que habíamos hecho. Duró tanto porque Caderas había hecho un negocio redondo. Íbamos a competir un solo fin de semana pero el resto lo repartió entre presentaciones en discotecas los viernes y sábados, talleres de salsa caleña y ritmos urbanos entre semana. Visitas turísticas y muchos seminarios. En ese mes se facturó mucho para la academia. Los bailarines volvieron felices porque trabajaron y disfrutaron mucho. Rocío, Sebastián, Caderas y yo, por ser los más antiguos y experimentados estábamos a cargo de impartir las clases que se habían pactado en todos los lugares y gimnasios, trabajamos mucho y volvimos con dinero de sobra para soportar el cansancio. Estábamos realmente satisfechos con todo lo que habíamos logrado.

La reunión duró poco pero fue algo que nadie se veía venir. Con presencia de los padres, Caderas felicitó a todos los bailarines por el trabajo arduo que habíamos hecho. Dijo también que había hablado con uno de los jurados de la competencia y le gustaron mucho todas las presentaciones. Le dio la posibilidad de llevarnos a Canadá para el próximo año. Esa era una muy buena noticia y para eso era la súper reunión, para decirles a todos que empezaran a prepararse porque nos esperaban meses y meses de ensayos como nunca antes. Eso quería decir que íbamos a estar internados en esos salones de baile como si fuera un campo de concentración.

Tal como lo sospechaba, eso podía haber esperado hasta otro día. Mientras seguía hablando de lo emocionado que estaba, la pierna se le movía como si tuviera un tic nervioso que siempre se descontrolaba cuanto estaba ansioso. Me acordé que no había encendido mi celular. Casi no lo utilicé en Argentina porque solo servía con wi-fi así que lo saqué del morral y lo prendí.

Tenía 15 llamadas perdidas. Eso era mucho teniendo en cuenta que nadie estaba pendiente de mi vida y las pocas personas que lo estaban sabían perfectamente cuando me iba y cuando volvía. Tres llamadas eran de un amigo del colegio que supongo que no se había enterado y quería que le hiciera algún trabajo. Otras dos eran de mi tía que probablemente se confundió de número y me marcó por

equivocación. Las diez restantes eran de un número desconocido y eran de ese mismo día hacía la hora del almuerzo, en ese momento ya estábamos en la mitad del viaje.

Terminé de escuchar las palabras de Caderas y salí del salón a llamar al número desconocido.

-Hola-

-Hola-

-Tengo varias llamadas perdidas de ese número-

-¿Sergio?-

-Sí, ¿con quién hablo?-

-Gracias a Dios eres tú. He estado desesperada toda la tarde y no podía localizarte-

-¿Quién eres?-

-Oh, lo siento, soy Wendy, la amiga de Marcos. Él vive en mi casa-

-Ah, hola, se quién eres, Marcos me habla mucho de ti-

-Dime que está contigo en este momento-

-No, yo acabo de llegar al país, he estado en Argentina desde hace un mes-

-No sabía. Pero... ¿has hablado con él? ¿Está bien?-

-No sé, me imagino que sí. ¿Porqué me preguntas eso?-

-¿Es que no te has enterado todavía?-

-¿Enterado de qué?-

-¡Por Dios!, no sabes nada entonces. Los papás y la hermana de Marcos estaban en México y un ladrón mató al señor y a la señora-

-¡¿Qué?!

El mundo se me vino abajo. Sentí como si se me hubiera hecho un vacío infinito en el estómago. No sentía nada. Era como si un puñal me estuviera atravesando el corazón. No lo podía creer. De repente me invadieron las ganas de llorar. En el teléfono la chica seguía diciendo cosas pero no entendía nada, no la estaba escuchando. Se me vino a la cabeza la imagen de Marcos. Ese dolor era impensable, incluso para mí que no les profeso ninguna clase de respeto a mis padres.

Lo único en lo que pensé fue en esos ojos que me llenaban de ternura. Sentí dolor, mucho dolor por él. No lo podía soportar, estaba quieto como una piedra. No sabía ni siquiera qué debía hacer. No estaba pensando, solo estaba ahí parado en la mitad de un pasillo de la escuela de baile sintiendo el dolor más horrible del mundo por Marcos.

-¿Sergio sigues ahí? ¿Sergio? ¿Sergio?-

-Sí... aquí estoy. ¿Cómo está Marcos? ¿Ya lo sabe?-

la mano que sostenía el celular me temblaba como nunca.

-No lo sé, no he podido comunicarme con él. Por eso te estaba marcando a ti, porque pensé que estabas cerca de él. Necesito que por favor vayas al departamento. Es el único lugar donde se me ocurre que puede estar. Como no me contesta supongo que ya se enteró de la noticia porque tú lo conoces, él nunca apaga el celular y siempre está pendiente de los llamados-

-¿Cómo entro?-

-Ya hablé con el portero, el tiene una copia de mis llaves porque siempre se me pierden. Le dije que ibas a ir para allá así que apenas llegues te las entrega, por favor ve lo antes posible-

-Ya mismo salgo para allá-

No podía pensar en nada más. Crucé las puertas de la escuela y corrí a la esquina donde me subí a un taxi. Le indique la dirección y el chofer arrancó. Era algo impensable, los papás de Marcos no podían estar muertos. Si llegara a ser cierto, eso era una tragedia, una muy grande. No veía la hora de llegar a ese edificio y subir al departamento. Esperaba encontrarlo allí aunque Wendy había dicho que no contestaba el teléfono eso quería decir que probablemente no se encontraba en el lugar y quién sabe a dónde se había ido.

Pudo haber salido hacia el aeropuerto para irse a México, pero no tenía plata así que era poco probable. No

conocía a ningún otro pariente de Marcos. Probablemente nadie quería saber nada del chico gay que había decepcionado a toda la familia. Fue en ese momento cuando por mi cabeza se cruzó la peor de las ideas. Las últimas veces que hablamos me dijo que todo iba muy bien. Había llenado el formulario para ingresar a la universidad y era amigo de los meseros del bar, aunque siempre en sus palabras existía ese sentimiento de melancolía y tristeza por la relación fría con sus padres.

-No pudo haberse quitado la vida. No pudo quitarse la vida. No pudo hacerlo- decía en voz muy baja imaginando el peor de los escenarios. Eran las 7 de la noche y el tráfico era un caos. Quería salir volando por la ventana de ese carro y cruzar los cielos hasta el edificio o desaparecerme y aparecer al lado de Marcos. Quería cualquier cosa menos tener que soportar esa angustia que me absorbía.

Estábamos a solo cuatro cuadras del edificio y era tan denso el tráfico a esa hora de la noche, que ya nos habíamos comido el mismo semáforo tres veces. Le pagué la carrera al conductor y me bajé del taxi a toda prisa. Corrí como si estuviera en una maratón en medio de los juegos olímpicos. Solo quería estar ahí, estar con él, encontrarlo y abrazarlo. Hacerlo sentir que no estaba



solo y que podía contar conmigo para lo que necesitara sin importar lo que fuera.

Llegué hasta la puerta y mi corazón daba como mil latidos por segundos. Estaba agitado, desesperado, abatido. Toqué el vidrio de la puerta para que el celador me viera y viniera a abrirme. No era más lento porque sus piernas no se lo permitían. Me abrió y me preguntó para dónde iba. Le expliqué lo que me había dicho Wendy por teléfono y no tenía cara de creerme. Se lo pedí amablemente antes de casi llegar a suplicarle. El hombre no pretendía hacer nada, solo estaba ahí parado negando con su cabeza. Le dije que iba a llamar inmediatamente a Wendy y fue cuando me dijo que no era necesario. Por lo visto estaba jugando conmigo en el peor momento para hacerlo. No entendía de bromas y mucho menos de un sentido del humor tan absurdo como el de ese tipo desabrido y espeluznante. Me hizo una señal con la mano para que siguiera mientras tenía esa sonrisa burlona de la gente que nunca entiende nada. Buscó en el cajón de la mesita pequeña que sostenía el televisor sintonizado en las noticias y sacó un llavero con dos llaves. Me las dio y llamé el ascensor. Todos mis movimientos eran calmados para que no pensara que era algún tipo de ladrón o algo parecido.

Se abrió la puerta del ascensor, entré, marqué el quinto piso y subí. Llegué a la puerta y metí la llave.



Di una vuelta y otra y otra más hasta abrirla. Entré cauteloso y vi que estaba todo perfectamente ordenado. Eso era algo muy típico de Marcos "el obsesivo de la pulcritud". La sala estaba con el sofá y la mesita de centro en perfecto estado. Al parecer no se veían evidencias de ningún ataque de ira o algo parecido. Seguí caminando hasta el dormitorio de Marcos y no había nadie. Sin embargo su cama estaba deshecha. Fui hasta la cocina y tampoco. Nada de platos sucios o rastros de comida preparada. No estaba ahí.

Me paré en la puerta del baño y me corazón se paró. Era Marcos. Tirado en el piso de la ducha, estaba vestido con un jean azul claro y una camiseta blanca. Estaba empapado y descalzo.

No podía creer lo que mis ojos estaban viendo. Corrí hasta su lado y de una forma instintiva le busqué pulso en su cuello para descubrir que había movimiento. Su tronco se movía lentamente. Estaba respirando. Le di vuelta para dejarlo boca arriba y tenía los labios azules. Estaba helado por el agua que todavía caía del grifo de la ducha. Sabía Dios desde hace cuánto tiempo estaba ahí tirado. Era obvio que ya sabía las noticias, estaba en shock.

Lo llamaba pero no me contestaba, era como si estuviera desmayado, inconsciente. Lo levanté como pude y lo senté en la taza del baño. Respiraba pero era como un

cuerpo inerte. Le saqué la camisa, el pantalón y el bóxer absolutamente mojados. Lo apoyé contra el espaldar y traje una sudadera, ropa interior limpia y un buzo que encontré en el closet. Lo vestí y le sequé el cabello con una toalla. Lo llevé en mis brazos hasta la cama y lo arropé con las cobijas. Estaba muy frío. Tenía miedo que algo le pasara pero no se me ocurría nada para ayudarlo. No podía llamar a una ambulancia porque suponía que no tenía seguro médico y eso iba a hacer un posible error; podría morir primero en alguna sala de espera de urgencias antes que fuera atendido. Intentaba pensar pero no se me ocurría nada. Le puse medias, unas medias rojas gruesas y llamé a Wendy.

Ella no lo podía creer. Estaba estupefacta con todo lo que le estaba diciendo. Me dio algunas indicaciones que podían ayudarlo. Fui y mojé una toalla con agua caliente y se la puse en la frente. Revisaba cada tanto su temperatura que estaba en 35 grados y esperaba sentado a su lado rogándole a Dios que no le pasara nada malo.

Eran las ocho de la noche. Si en media hora no pasaba nada, no me quedaría otra opción que llevarlo al hospital y esperar lo mejor. No tenía ningún amigo médico o enfermero que pudiera ayudarme.

Poco a poco sus labios fueron recuperando color. Tenía una expresión incomprensible. Era como si estuviera vivo pero en otra dimensión, en algún lugar lejano. Sus

ojos cerrados y su cuerpo inútil reposaban en esa cama dura. Sostenía una de sus manos con la mía con la esperanza que estuviera bien y lo que fuera que pasara por su mente no lo estuviera torturando tanto. Las lágrimas empezaron a bajar de mis ojos. Era algo que superaba todas mis fuerzas. No podía ni siquiera imaginarme lo que podía estar sintiendo en ese momento Marcos.

Poco a poco iba recuperando el color de su cara. Dejaba de estar tan pálido y su respiración se hacía más fuerte. Sus ojos aún estaban sin vida. Cerrados como si nunca quisieran volver a abrirse de nuevo. Me imaginé que podía tener sed y fui a la cocina por un vaso de agua. Lo levanté con una mano y como si fuera un niño pequeño, dejaba caer pequeños chorros en su boca que tragaba sin problema alguno. Eso me tranquilizó. Terminé de vaciar el vaso completo y lo abracé. Acerqué mi boca a su oído y le dije que todo iba a estar bien.

Me senté en la cama a su lado y en la mesita de noche estaba su computador y su celular. Tome la máquina, la puse en mis piernas y la prendí. Mientras esperaba también presioné el botón de encendido del celular. Tenía 146 llamadas perdidas y 23 mensajes de texto. Eso sin contar todas las conversaciones que le habían escrito por whatsapp. Los números eran de primos y tíos. Ahora que lo notaba, nunca habíamos hablado de su familia además de

sus papás y de su hermana. Tampoco es que me interesara mucho conocer acerca de ellos pero al parecer estaban muy preocupados. Definitivamente tenía que conocer más a Marcos en todos sus aspectos. Además de hacerme sonreír con sus cosas no sabía mucho acerca de su pasado o de su presente. Me limitaba a disfrutarlo a cada instante y parecía una cotorra vieja hablando siempre de mis problemas y de mis sueños y casi no conocía los suyos. Eso debía cambiar de ahora en adelante.

Volví a apagar el celular y lo dejé en la mesa. Ya con el computador encendido, entré a internet. Alguna página de noticias ya debía tener información sobre el asunto y así podía saber lo que había ocurrido.

Escribí en google la frase "colombianos México" aparecía como primera opción la página web de la embajada de Colombia en ese país, algunas noticias sobre inmigración y una que era la que estaba buscando. El titular decía: "Muere pareja de Colombianos mientras pasaba vacaciones en Acapulco" le di clic y se abrió el portal de noticias con la información.

"Un matrimonio de colombianos que estaban de visita en las playas de Acapulco fue atacada a mitad de la noche por tres delincuentes que arremetieron contra las dos personas despojándolas de todas sus pertenencias de valor. Al parecer, el hombre intentó negarse al robo y en el forcejeo con los agresores recibió una puñalada en el

abdomen alto. Su esposa que estaba encañonada por otro de los ladrones tenía un cuchillo amenazando su garganta. En la huida, el sujeto que la sostenía le hizo un corte en el cuello y cayó inconsciente en el piso.

Esas son las hipótesis que maneja hasta el momento la policía local que no ha querido dar más detalles del caso. Los turistas fueron encontrados media hora después del ataque por un guardia que custodiaba la playa. Este avisó a una ambulancia y fueron trasladados hasta el hospital más cercano pero estaban gravemente heridos. Lo que pasó al llegar a urgencias aún es un misterio ya que no se ha emitido un informe médico oficial.

Las dos víctimas, de nombres ROBERTO ALONSO AYALA y MARGARITA FERNANDEZ eran pastores evangélicos que tenían una iglesia cristiana en Colombia y llevaban una semana hospedados en el hotel Los Vientos. En su viaje los acompañaba su hija de 20 años que se encuentra en la comisaría de policía y no ha querido dar declaraciones a la prensa. Se espera que en las próximas horas se pronuncie el comandante Vicente Montesinos y se conozcan detalles del traslado de los cuerpos a Colombia. No es el primer caso que se conoce sobre ataques a personas que vienen a visitar las ciudades del país Mexicano, días atrás un grupo de excursionistas franceses fueron sorprendidos en un departamento que estaban alquilando por algunas semanas y les robaron todas sus pertenencias.

Fueron encontrados por mucamas del complejo que iban a hacer la limpieza hacía el medio día. Los seis jóvenes estaban atados de manos y piernas y amordazados con pañuelos...”

El informe seguía con una explicación extensa sobre la inseguridad en México y la falta de gestión de las autoridades para disminuir los actos de criminalidad. Estaba horrorizado con la noticia. Era una desdicha de proporciones enormes. Por lo menos dos páginas de internet más tenían alguna alusión al asesinato pero era casi una repetición en serie. Pensaba en la hermana de Marcos que debía estar destrozada en México. Ya eran casi las 9 de la noche y pese a que ya había pasado de tener una cara de casi muerto a una de solo dormido seguía muy intranquilo. Marcos aún no reaccionaba. Seguía como inconsciente, como ido.

Wendy me volvió a llamar a ver como seguía la situación. Ella estaba pasando las vacaciones donde sus padres y por eso no estaba en la ciudad desde hace varios días. Se enteró de la muerte por los mensajes en facebook de Marcos en donde mucha gente le daba condolencias. Yo no había alcanzado a leer esto porque salimos muy temprano del hotel en Buenos Aires y volamos durante todo el día. Eso me parecía ridículo y una falta total de respeto. Es inhumano decir lo siento a través del muro de una red social. Era cruel y mezquino. Las personas están

locas y viven creyendo que las vidas de los demás son una forma de entretenimiento público.

Wendy me dijo que lo llevara a la clínica de cualquier forma. No era normal que estuviera tanto tiempo sin despertar. Ella tenía razón. Dejé el computador a un lado y me acerqué a la cara de Marcos, sus facciones seguían igual.

-Marcos, te voy a llevar a la clínica. No te preocupes que todo va a estar bien. Si me estás escuchando quiero que sepas que necesito que te recuperes y también deseo que sepas que yo haré el resto- le susurré mientras le acariciaba la cara con la mano derecha.

Me levanté para llamar un taxi y su mano atrapó la mía. Di un salto de sorpresa y vi su cara. Sus ojos estaban medio abiertos y me arrodillé para estar a su altura. La felicidad embargó mi cuerpo, una sonrisa se dibujó en mi cara. Él estaba ahí mirándome.

Reaccioné al segundo y deje de reírme. Era un momento de tragedia, no había ninguna razón para estar feliz. Me quedé mirando sus ojos fijamente y él tenía los suyos clavados en los míos. Había llorado mucho. Sentía pena por lo que le estaba pasando. Levantó una de sus manos y tomó mi mentón para que me acercara cada vez más.



Me dio un beso corto en los labios. Me separó y me dijo - no te vayas nunca-.

Cerró de nuevo sus ojos y volvió a su estado de inactividad. Ya no íbamos a ir al hospital, ya mi miedo a que nunca despertara se había ido. Mi mente se tranquilizó y todo el cansancio del día cayó sobre mi cuerpo. Estaba absolutamente agotado y exhausto. Necesitaba dormir algunas horas. Recordé que había dejado las maletas en la escuela por el afán de salir luego de la llamada de Wendy.

Busqué en la nevera algo para comer porque estaba hambriento. Preparé unos emparedados y los comí con un vaso de leche. Luego tome la toalla de Marcos esperando que no se pusiera furioso al día siguiente y tomé una ducha. Eso fue lo más tranquilizante en mucho tiempo. Mientras el agua caliente recorría mi cuerpo hasta el suelo recordaba todo lo que había ocurrido en las últimas 24 horas. Parecía que hubieran sido muchísimas más. Era como una historia sacada de algún libro. La vida nos puede sorprender de la peor forma en momentos en que no estamos preparados para el cambio. Pero allí, lo importante era Marcos.

Me sequé y me puse un pantalón de pijama que encontré en uno de los cajones. Definitivamente me iba a matar cuando descubriera que había usado su closet como si fuera mío.



Me acosté detrás de Marcos y mis brazos le dieron vuelta a su cuerpo. Sentí que sus manos se aferraban a las mías y me dormí profundamente.

## **9. Durmiendo con el enemigo**

### **(Marcos)**

Ha pasado un mes desde que estoy internado en este centro psiquiátrico. Todos vienen y hablan como si yo estuviera loco. Cada día es idéntico al anterior y al anterior y al anterior. Las enfermeras se gastan horas completas tratando de hacer que coma. Me dan ese arroz desabrido que no sabe a nada con la carne que siempre tiene la misma cantidad de cebolla y ajo. En la mañana me despiertan a las 7 para hacer que me bañe. Es una de las partes que más me gusta del día porque tengo una tina para mí solo. Me pierdo en el agua mientras veo el movimiento pacífico del líquido que se queda absolutamente quieto cuando mi cuerpo sumergido está inmóvil.

Hace una semana duraba media hora o más mirando fijamente las pequeñas olas que se forman y que

transportan los barcos de papel que hago cuando logro robarme hojas de la historia clínica que rellena todas las tardes un médico. Ahora yo no lo puedo hacer solo. Una enfermera me vigila desde el cuarto a través de la puerta abierta para asegurarse que no me va a dar de nuevo por sumergirme en la tina y perderme en la magia de una realidad borrosa que veo cuando abro los ojos dentro del agua. En esos momentos me olvido de pensar, de recordar, de respirar. Debe ser ese el llamado de Dios que debe estar harto de todo lo que hago mal en mi vida. Porque todo lo hago mal.

Luego del contacto con el agua que me anima, una enfermera me lleva hasta la cama y me ayuda a vestirme. La ropa es la de siempre, la que me trae cada fin de semana Wendy cuando viene a hablar conmigo. La que me trae mi hermana cada quince días cuando viene a abrazarme y a pedirme perdón por no haber protegido a mis padres en Acapulco. La ropa es la misma que he llevado durante todos estos días. Llena de colores que inquietos esperan a cubrir mi cuerpo lleno de nada. Vacío por dentro.

Luego de eso viene el intento del desayuno. Es un vaso de leche con pan y alguna dona. También un banano o media manzana cubierta de arequipe o crema de leche. Antes me gustaba. Ahora ni siquiera la merezco. La enfermera vestida de blanco y con cabello negro corto me lleva la cuchara a la boca y deposita el pedazo de

banano. Ahí dura como cinco minutos hasta que me acuerdo de morder. Así con cada gramo de comida. Simplemente se me olvida vivir, mi mente se la pasa en otro mundo. En uno donde considero la posibilidad de una realidad que estuviera llena de armonía, una donde soy normal y no he causado tanto daño.

Todos hablan y hablan cuando vienen pero yo no digo una sola palabra. No sé qué decirles. Creo que las palabras abandonaron mi cuerpo para siempre. Solo ocupo mi mente que me encierra en esa distancia corta y despiadada entre mi cabeza y los dedos de mis pies. Estoy aquí sentado en la mitad de mi conciencia sin otro deseo que morir. No vale la pena caminar en un mundo lleno de tantos despropósitos y de vidas perdidas.

La pobre y desdichada enfermera no logra hacer que coma todo el banano así que se limita a hacer que me pase toda la leche. Un día incluso intentó hacer de la cuchara un avión. Ni siquiera la miré. Cuando se dio cuenta de lo ridícula que estaba siendo, abandonó la tarea y me dejó solo con esas paredes pintadas de blanco que muestran en su superficie pureza mientras están llenas de dolor y rudeza.

Después de ese ejercicio habitual de repulsión a la comida que no sabe más que a desamparo, bajo al jardín a sentarme en una de las bancas de metal que se encuentran en cada esquina de la zona cubierta de pasto. Me pongo a

ver a los locos del lugar. Hay uno que se la pasa hablando solo. Qué suerte tiene y cuanto lo envidio. Habla con su mamá y le dice que la quiere, a veces en cambio se pone a conversar con un sujeto llamado Hernán y le dice que se vaya al diablo y se lleve también a su mujer. Cuando se agita empieza a gritarle a la pared y dice que no quiere más peleas, ya está cansado de boxear. En las noches susurra con su hijo y le dice que se van a escapar a un país lejano solo los dos para vivir en un departamento pequeño con vista a algún río. Ese sujeto me cae bien porque habla con nadie y con todos a la vez. Quisiera que me prestara sus discursos y decírselos a todos los que vienen en la tarde a decirme y contarme. Pero no puedo, estoy encerrado en mi mente. No puedo hablar, no quiero hablar, no merezco hablar, no debo hablar.

Luego de los monólogos del loco, un hombre viene y se sienta a mi lado en la banca. Cada vez que me ve no puede evitar sonreír como si se hubiera encontrado una maleta llena de dólares. Me saluda y me da un abrazo. Me cuenta lo que le pasó el día anterior y no para de hablar. Yo lo escucho y lo miro. Lleva como dos semanas con la misma rutina y conozco hasta los menores detalles de su vida. Tiene 29 años y es ingeniero de sistemas. Se llama Carlos y es de mi estatura más o menos, tiene los ojos azules como el cielo al amanecer y el cabello rubio corto como

un pétalo de una margarita. Se peina como si estuviera en una convención de científicos, aunque ayer me sorprendió cuando llegó con un corte casi militar. Se veía bonito pero algo serio e imponente. Creo que mi cara hizo alguna reacción porque me dijo que se notaba que no me había gustado el corte. Un día llovía mucho, mucho, mucho y de todas formas vino a la misma hora de todos los días a hablarme de su vida. Las enfermeras están todas enamoradas de él. Ese día de la lluvia estaba empapado. Una de las mujeres vestidas de blanco que se hace llamar enfermera, voluntariamente se ofreció a prestarle una de mis camisas para que se cambiara la suya que estaba mojada. Él sin reparo alguno se paró y se sacó la camiseta que traía. Sus abdominales eran de ensueño. Todas las enfermeras que parecían gallinas en la recepción lo vieron y casi son víctimas voluntarias de un orgasmo colectivo. A mí me gustaron sus pecas en los hombros y espalda. Eran bastante tiernas. Carlos se hacía el tonto pero sabía muy bien el efecto que causaba en las mujeres. Una de las mañanas se acercó a mi oído y me dijo -debo tener cuidado porque un día de estos alguna de esas enfermeras me va drogar para encerrarme aquí y violarme-. Supongo que esperaba una sonrisa luego de ese comentario tan gracioso, pero mis labios continuaban formando una línea recata que se perdía en la nostalgia del aire que olía a oxígeno, o más bien; olía a hospital.

Carlos me contó que tiene una empresa que hace programación o algo por el estilo. Nunca le entiendo cuando me empieza a hablar de su trabajo. Me cuenta sobre su familia y lo solo que se siente. Me dijo que cuando mejore, si quiero me puede dar trabajo en su oficina y nombrarme recepcionista o algo así para que pueda ir a la universidad y tener un buen empleo. Yo quisiera responderle y hablar con él pero no puedo. Mis labios no me obedecen, no dicen nada. Mis brazos tampoco me responden y no hago nada, mis piernas no me determinan y me llevan solo a donde alguna de las enfermeras me empuja. Estoy encerrado en mi propia cabeza. Ya no puedo ni siquiera llorar. Estoy metido en mi propio cuerpo como si fuera un canario en una jaula que de tanto encierro se le fueron las ganas de cantar. Mis ojos son como una ventana por la que miro hacia afuera pero que no puedo atravesar. Creo que estoy loco.

Carlos se va porque debe ir a trabajar. Viene todas las mañanas porque le gusta hablar mucho, lo hace como asistente voluntario del centro. Yo creo que tiene algún trauma y eso le sirve como terapia, pero me imagino que todavía no estamos en el nivel de confianza adecuado para que me cuente sus secretos dolorosos. Es justo porque de todas formas yo estoy imposibilitado para contarle los míos. A mí me parece que lo que le gusta es desahogarse y yo soy el perfecto escuchador ya que no puedo decir nada.

Al medio día otra de las enfermeras hace su mayor intento para que por mi garganta pase el arroz y la carne con papas. Es una tortura para la pobre que no sabe qué hacer para no dejarme morir de hambre. Me ha amenazado de diez mil formas y ninguna ha surtido efecto. Me dijo que me iban a poner un suero si me negaba a comer. También que les iba a tocar licuar toda la comida y hacérmela tragar con un embudo. La tonta ya no sabe qué decir para no pasar una hora poniéndome las cucharadas en la boca y viendo cómo se vuelve la comida una bola de masa asquerosa que solo pasa por mi garganta cuando me acuerdo de masticar un par de veces y los músculos del cuello hacen que la comida siga su trayecto al estómago.

A las dos de la tarde me acostaba en la cama y comenzaba el calvario del día. Mis padres estaban muertos, yo era el culpable. Pero no, yo no lo era, el culpable era Sergio. Si no lo hubiera besado ese día en la fiesta, nada hubiera pasado. El culpable era el baile, los hombres no se convierten en bailarines. Los hombres de verdad, los que Dios quiere, estudian para ser ingenieros como Carlos. El culpable era Sergio y esas películas de tipos teniendo sexo o enamorándose o contando una historia eterna de amor sagrado que veía en el computador. El culpable era el amor porque nada es amor.



Los culpables eran todos. De hecho el culpable era yo. De no haber nacido todo estaría bien. El culpable era solamente yo por no ser un hombre recto y haberme dejado tentar por las atrocidades del mundo. Los homosexuales eran los culpables, ellos son el demonio que viene a este mundo a dañarnos y a corromper nuestro corazón.

El culpable era Dios. Él, si es que existe, es malvado. Es perverso y depravado. No se puede explicar que un ser que supuestamente nos ama y nos creó, deje que cosas tan aterradoras pasen. Mis padres se murieron por culpa de Dios. Yo soy gay por culpa de Dios, él hubiera podido hacer que yo no lo fuera. Dios es tan malo que deja que los sacerdotes violen a niños inocentes.

Yo solía creer que Dios estaba conmigo en cada momento de mi vida. A veces, cuando caminaba en la calle, de repente sentía una felicidad inexplicable y sonreía sin razón alguna. Solía pensar que esa alegría era provocada por Dios que amaba verme sonreír. Pero nunca imaginé que ese mismo Dios que me acompañaba, fuera capaz de causarme el dolor más grande del mundo entero. Dios había sido el culpable de la muerte de mis padres y de mi propia muerte.

A las tres de la tarde llegaba Sergio a verme. Subía a mi habitación y me daba un beso suave en los labios. Se sentaba conmigo en la cama y me saludaba. También me contaba lo que le había pasado pero yo sabía que no me lo



decía todo. Había escuchado una conversación entre Rocío y mi hermana en la que decían que Sergio estaba saliendo con dos tipos mayores y asquerosos. Se turnaba para poder tenerlos a los dos al tiempo sin que se dieran cuenta. Cada dos noches dormía en casa de uno de ellos. Les escuché decir que ese tenía como cincuenta y cuatro años, era gordo, muy alto y estaba calvo. Le pedía que bailara para él y le hiciera sexo oral durante mucho tiempo antes de penetrarlo.

El otro era de cuarenta y pico de años y siempre lo llevaba a un motel, era delgado y también calvo. Ese tenía esposa y tres hijos, iban como tres veces a la semana a tener sexo. Ese hombre tenía prácticas algo oscuras. Llevaba juguetes sexuales y le gustaba jugar con Sergio al médico y paciente. El tipo lo hacía acostarse en la cama y lo penetraba con varias clases de consoladores. Le gustaba que Sergio gimiera y gritara fuerte. A cambio, ellos le daban dinero. Mucho dinero.

Rocío le decía a mi hermana que Sergio hacía todo eso para poder pagar la mensualidad que exigía el centro psiquiátrico y que cada vez que le insinuaba que no era necesario, él se ponía furioso y terminaban discutiendo fuertemente. Las personas que sabían del asunto no se cansaban de intentar hacerlo entrar en razón para que no lo hiciera pero él es la persona más obstinada de todo el globo terráqueo y nada lo iba a hacer cambiar de idea.

Nunca pensé que fuera de esas personas que sacrificaban su vida por otra, esa era la demostración de toda la bondad (aunque sonara irónico) que albergaba en lo más profundo de su ser. Ese hecho daba cuenta de lo magnífico que era su espíritu.

La cuota para yo poder estar internado ahí la pagaban entre Eduardo que se había comprometido a aportar algo, Destella, Wendy, Susana y Sergio. Pero era Sergio quien tenía la mayor parte y luego de graduarse del trabajo se había ido a vivir con Wendy y tenía muchos gastos. Se estaba prostituyendo por mí. Yo era el culpable de todo y de todos.

Sergio se sentaba conmigo en la cama y me tomaba de la mano. Los dos nos recostábamos en la almohada y él me decía muchas cosas. Decía que yo me iba a recuperar, que al salir de allí íbamos a ir a vivir juntos y a viajar y a estudiar mucho. Decía que el sicólogo creía que todavía estaba en shock por la muerte de mis padres y esa era la razón por la que no hablaba ni me movía ni hacía nada por voluntad propia pero también decía que pronto iba a empezar a recuperarme y volver a hacer quien era antes.

Se quedaba como dos o tres horas antes de irse a trabajar. Estaba dando clases de baile en gimnasios y en la escuela. Eso era todo lo que me decía. Pero yo sabía que también tenía que ir a tener sexo con dos viejos asquerosos para poder pagar. Yo sabía pero él no.

Estaba sacrificándose por mí. Eso era terrible. No me gustaba lo que estaba haciendo pero no podía hacer nada para evitarlo. Además era su decisión, yo no le había dicho que lo hiciera. ¡Por Dios! Yo no podía decir nada.

Era inevitable sentirme bien cuando venía a visitarme en la tarde. Pero la culpa me atacaba cada vez con más fuerza. Lo que sentía estaba prohibido, estaba mal aquí y en todos los rincones del universo. En los momentos en los que estaba solo, en mi interior se emprendía una tremenda lucha que me atormentaba. Lo correcto era dejar de amar a Sergio y no pensar más en él. Era un hombre igual que yo y a causa del amor que le tenía y que profesaba en mi interior, mis padres estaban muertos. Pero cuando me tocaba la mano, me besaba o me abrazaba, perdía el control de mí mismo. Todo lo que a mí alrededor existía se disipaba y solo era consciente del contacto de su cuerpo con el mío. Tocándome, acariciándome, diciéndome con su piel que existía la posibilidad de un mundo mejor a su lado. Solo debía cruzar la puerta y volver al mundo real. El problema era que no tenía ni una pequeña pista de cómo hacer eso.

Casi a las siete de la noche me llevaban hasta la oficina del médico que llevaba mi caso. Era un hombre de cuarenta y cinco años aproximadamente. Tenía una mirada amable y un cuerpo ejercitado. Su cabello se debatía entre el negro y el blanco dándole un aire de madurez

atractiva. Su bata blanca era siempre impecable y en el bolsillo a la altura de su pecho no se ponía lapiceros como los de las películas, en cambio se guardaba algunos caramelos de café que iba devorando a lo largo de toda la consulta. En una ocasión incluso me ofreció uno con su mano extendida (¿En serio? ¿Era alguna clase de broma?). Fue quizás el momento en el que más deseé mover la mano y recibirlo pero nada pasaba. No era suficiente desearlo. El me preguntó si lo quería y creo que alcanzó a ver en mi mirada una súplica fugaz así que lo destapó con cuidado y lo puso en mi boca. Me dio unas palmaditas en el hombro y me dijo en voz baja -tengo la esperanza de que pronto salgas de ese lugar donde estás y vuelvas a ese dónde mucha gente te necesita, y por cierto, no le digas nada a las enfermeras porque el dulce no está en tu dieta-. Era gracioso y generoso. El Doctor Farías me caía muy bien.

-Bueno Marcos, empecemos con la sesión de hoy- estaba sentado en una silla en frente mío mientras yo estaba en el sofá, solo nos separaba una mesa de centro que tenía un par de libros y una bandeja con galletas y té.

-¿Quieres decirme algo que te atormente?- me preguntó el doctor

...

-Bueno, veo que hoy no quieres hablar tampoco. Pero no importa. Aunque te digo que si al final de la hora me quedo mudo por falta de saliva, va a ser tu culpa- dijo manteniendo su sonrisa cálida de siempre.

...

-Sigamos en donde habíamos quedado ayer. Te estaba contando la historia de la ballena. Pues imagínate que en el ancho y profundo océano, vivía en un acantilado una ballena muy grande que no se sentía parte de todo lo que la rodeaba. Era la que tenía más tamaño entre todas las criaturas que vivían en el agua y se sentía mal por eso. Creía que era dañina para todos porque si hacía un movimiento mal, podía destruir las casas de las estrellas marinas o de los erizos. Incluso con su fuerza podía accidentalmente herir a otros de los animales más pequeños.

Me gustaba como contaba el doctor las historias. Era como si estuviera ante un gran público de niños y todos estuvieran pendientes a la trama del relato y no le quitaran los ojos de encima.

-La ballena decidió que no era buena y se fue sola a vivir a otro lugar. Nadó por muchos días y por muchas noches y cada vez estaba más triste, se ponía furiosa de solo pensar que no encajaba en ninguna parte. En su viaje, la ballena encontró criaturas malas y buenas, vio la forma en que los tiburones destrozaban a otros peces.

También se cruzó con delfines que eran felices de un lado para el otro haciendo ese sonido peculiar. Pudo ver la ballena a otras ballenas tan grandes como ellas que cruzaban largos recorridos llevando a las crías para alimentarse en los mares del norte. La ballena creyó que ahí era donde pertenecía, donde estaban los demás animales de su misma raza y empezó a hacer el recorrido pero no le gustaba. Se sentía sola y aburrida la pobrecita ballena al ver que las demás estaban durante todo el año viajando de un lado al otro y pendientes de los depredadores del océano que querían comerse a sus crías- el doctor paró el relato, sacó uno de los caramelos y se lo puso en la boca, chupó un par de veces y continuó.

-Esa gran ballena no encontraba su lugar en el mundo. Sentía mucha rabia y también extrañaba a sus amigos del acantilado pero no podía regresar porque creía que no la iban a aceptar y que todos estaban viviendo mejor sin ella. Sin embargo, en uno de sus paseos matutinos por la mitad de las extensas aguas, se encontró con un banco de atunes que le dijeron que el acantilado había sido destrozado por un par de calamares gigantes que buscaban comida, ¿sabías tú que los atunes son muy chismosos?, bueno pues cuídate de ellos. Como sea. La ballena se puso muy triste al conocer la historia y de inmediato emprendió el viaje de regreso para saber cómo estaban

todos sus amigos. ¿Te gustan las ballenas Marcos?- el doctor paró el relato en la parte más importante para preguntarme esa bobada. Yo estaba ahí sentado sin poder asentir o negar. Pasó como un minuto de silencio y al ver que de mi boca no salía nada retomó el cuento.

-Espero que sí te gusten porque de lo contrario debes estar pasando la hora más larga de toda tu vida. Llego la ballena al acantilado y se encontró con el desastre total. Las casas habían sido derrumbadas despiadadamente y muchos de los que eran sus vecinos habían fallecido durante el ataque. Las criaturas que habían sobrevivido fueron al encuentro con la ballena y le contaron todo lo que les había pasado. La ballena se sintió aún más triste por no haber estado allí para defenderlos y su odio hacia sí misma se multiplicó. Fue en ese instante cuando subió a toda velocidad a la superficie porque ya no aguantaba su vida. Cuando estuvo arriba se puso a mirar el cielo y a decirle a Dios que quería morir, que no valía la pena. Desde las nubes nadie le respondía y le dio aún mucha más ira a la ballena. Se empezó a hinchar y a hinchar y a ponerse roja de todos esos sentimientos malos que tenía adentro. Cuando ya su piel no aguantaba más, cayó un rayo desde el cielo que le pegó en la espalda y le abrió un agujero a la ballena por donde salió todo el odio, el resentimiento, la amargura, la tristeza que acumulaba en su interior. La ballena sintió un descanso divino por



poder sacar todo el veneno que se acumuló en su interior. Volvió al arrecife y entendió que ese era su hogar. Puede que fuera más grande y que los demás tuvieran familias. Pero la labor de ella era estar ahí, protegiendo a los seres que amaba con todo su corazón y que no les disgustaba su tamaño. La ballena se dio cuenta que el problema había sido solo suyo al pensar que no encajaba cuando nadie le había dicho eso, había sido su propia imaginación la que le jugó una mala pasada. Que las cosas malas siempre iban a pasar pero que confiando en los demás y confiando en sí misma todo se podía solucionar-

¿En serio doctor? ¿Se acaba de gastar cuarenta y siete minutos contándome la historia de una ballena con problemas de aceptación a la que un rayo le hizo el agujero? En ocasiones como estas eran en las que me provocaba desesperadamente hablar y decirle que no estaba dispuesto a escuchar metáforas mal construidas ni de ardillas ni de tortugas ni de ballenas ni de nadie. Por muy simpático que me pareciera no tenía ningún derecho a hablarme como si fuera un niño de cuatro años que no se quiere tomar su sopa.

Pese a toda mi indignación. No me salía ninguna palabra de la boca. Ni siquiera podía torcer los ojos para expresar mi indignación. La otra media hora se la pasó contándome cosas que se supone debían subirme el



ánimo y hacerme feliz pero ni la una ni la otra. Era un buen sicólogo, pero entendía que tratar a un paciente mudo y sin expresión facial era el reto más grande al que se había enfrentado alguna vez en su vida. En algunas ocasiones me parecía que tenía la seria intención de tomar un libro y pegarme en la cabeza hasta que reaccionara y así dejar de sentir la impotencia que estaba sintiendo.

Después de la terapia llegaba el momento multimedia, el que más me gustaba después del baño. A todos nos sentaban en el salón grande a ver televisión. Generalmente sintonizaban el canal de telenovelas mexicanas donde pasaban todos los dramones de años pasados como si fueran el éxito del momento.

Las tres novelas en línea eran Marimar, protagonizada por la inmortal reina del drama, Thalía. Luna la heredera que casi no me gustaba y un remake de las juanas hecha con actrices bonitas y poco talentosas. Me entretenía ver a todas esas personas llorando y jurando venganza por algo más de dos horas y media. Era una forma sutil de evadir mis propios problemas y cargar los de otros. Cuando la pobre Marimar tuvo que tragar barro por culpa de la malvada, me puse tan histérico que creí que la cabeza me iba a estallar de la furia, hasta se me ocurrió que era el momento perfecto para que un rayo me abriera un hueco en la espalda.

En uno de esos días, Sergio fue a visitarme porque no había podido ir en la tarde. Cuando me encontró en medio de ese espectáculo de lágrimas falsas y de locos desquiciados, ordenó que no me llevaran a esa hora a ver televisión. En cambio trajo mi computadora portátil y la instaló en mi cuarto. Cada día traía una película diferente guardada en su memoria USB para que alguna de las enfermeras me la pusiera. Cambié la pantalla chica por el séptimo arte en una pantalla de 14 pulgadas. No me importaba mucho lo que veía pero había películas que me encantaban. Sergio tenía un don para decir qué película le podría gustar a alguien que él conociera. Me veía una por noche. Pasé por *El discurso del rey*, *Inception*, *X men*, *Las ventajas de ser un marginado*, *Mona Lisa smile*, *Pitch perfect*, *Damas de honor*, *Edith Piaf*, *El perfume* y muchas, muchas más. Cada una mejor que la anterior. Odiaba y amaba a Sergio al mismo tiempo. En cada visita me hacía una reseña de la película que había traído y me contaba algo de la época que evoca, del director y chismes de los actores que participaban. Era un encantado con el cine.

Era martes cuando estaba sentado en el jardín más o menos a las nueve y media de la mañana. Ya había pasado todo el trauma del desayuno y el baño y estaba esperando a que llegara Carlos. Me emocionaba mucho su visita porque mientras pasaban los días me contaba más y más

detalles de su vida. Era como estar leyendo un libro muy bueno que se suspendía en la mejor de las páginas y tocaba esperar para conocer el desenlace.

Estaba tardando un poco más de lo normal. El capítulo de su vida empezaba con su llegada a las nueve en punto y hoy estaba retrasado media hora. Decidí esperar un poco más. De cualquier forma no iba a ir a ninguna parte. De repente lo vi a través de la ventana. Entró al salón principal y llegó a saludar a recepción a las enfermeras que justo a su llegada explotaban en hormonas. El hacía su mayor esfuerzo por evitarlas pero ellas se ubicaban como si fuera una pista de obstáculos hasta donde yo estaba. Luego de sortear a cada una de las maniacas vino con su sonrisa habitual y se sentó a mi lado.

-Hoy te veo más contento que nunca- bromeó.

...

-Espero que te recuperes pronto. De esa manera no voy a tener que hablar siempre yo y podré escuchar algo de tu vida-

...

-Hoy te quiero como confesar algo - me dijo serio "¿...como confesar algo?" eso qué significaba, o confiesa o no. Nada de términos medios.

...

-Hace algún tiempo, alrededor de tres meses tenía una novia a la que quería mucho. Terminamos porque ella me estaba engañando con otro tipo y me hizo mucho daño. Me puse muy mal porque yo la quería mucho en serio. Se llama Eugenia, es una mujer muy linda e inteligente. Es de piel morena y de una cintura pequeña. Tiene el cabello largo en ondas que caen como olas por su espalda. Si la pudieras ver estoy seguro que también te enamorarías de ella. Su único problema es que le temía al compromiso, no concebía su vida con un solo hombre y yo me ilusioné sin creer que me pudiera hacer daño-

"Perra desgraciada, ojalá se pudra en el infierno, quién es capaz de hacerle daño a alguien tan lindo"

-La cuestión es que después de eso empezó un periodo de dolor muy fuerte y mi terapeuta me recomendó que viniera y pasara algunas horas aquí en el centro y hablara con la gente, tu sabes, le contara mi historia y escuchara la de ellos, es por eso que soy voluntario aquí. El asunto es que yo vivo con un amigo que me cuidó mucho en esos días. Él siempre está pendiente de lo que me pasa y dispuesto a ayudarme en todo lo que puede. Para no hacerte larga la historia, empecé a depender mucho de mi amigo y comencé a creer que me gustaba.-

“Si estuviera Sergio aquí, diría que ese es un típico caso de bisexual reprimido, lo decía con tal conmoción que me sorprendía y hasta llegaba a sentir pena por su situación”.

-Cuándo te vi por primera vez aquí sentado, quise saber por qué estabas internado, luego que las enfermeras me dijeron lo que te pasaba y que tu novio venía a verte todas las tardes me interese por estar cerca de ti. Eras la persona que necesitaba. Quería contarle a alguien gay lo que me estaba sucediendo y recibir algún consejo por loco que fuera. Aunque no me respondes nada, creo que me entiendes y me has ayudado mucho a procesarlo.-

“Pero mira nada más con la sorpresa que salió Carlos. Ni en un millón de años hubiera imaginado que estuviera en una situación como esas. Me causaba gracia y pena al mismo tiempo. El pobre estaba desorientado, y yo era el menos indicado para ubicarlo. Ese era un trabajo para Sergio”

-Hoy no me puedo quedar mucho tiempo porque he tenido mucho trabajo últimamente. Solo venía a decirte eso y a saludarte. Mañana vendré temprano y te seguiré contando mis problemas. Deseaba que lo supieras y gracias por escucharme-

Así como llegó y soltó esa bomba se fue Carlos esa mañana. Mientras tanto yo estaba ahí consumiéndome en mis dudas. Quería saber cómo era el amigo, si había pasado o no algo entre ellos, qué pensaba hacer al respecto. Pero no, me dejó ahí, mudo como estaba con todas las preguntas en la boca sin poder salir.

Durante el resto de la mañana me quedé pensando en eso. Debía ser muy complicado tener esa clase de confusiones. Yo le hubiera aconsejado que se olvidara de esa idea y se consiguiera otra novia, era lo correcto. Incluso podía ser una de las enfermeras del lugar aunque algo romántico y cursi en mi interior tenía las ganas de decirle que corriera a decírselo a su amigo y que vivieran felices para siempre. Era mejor que estuviera mudo en esos momentos.

Llegó la hora de la visita de Sergio. No había venido el día anterior y no sabía por qué. Estaba en realidad algo preocupado por eso. Sin embargo sabía también que Sergio es una de esas personas que se saben cuidar solas. Evitan el peligro y siempre están al tanto de todo lo que se mueve a su alrededor para evitar situaciones de riesgo. Era como si fuera uno de esos espías de película que tienen registrada toda la zona.

Tocaron la puerta y supe que era él. Tenía la costumbre de tocar aun sabiendo que no iba a salir a

responderle. De pronto tenía en el fondo la esperanza que yo me levantara y lo recibiera en brazos en la puerta. Lo hubiera deseado hacer. Pero no podía, no era correcto, además, mi cuerpo ya no cumplía lo que encarecidamente le pedía.

Cuando entró lo vi de frente. Estaba con sus ultra sexys jeans de color azul claro ajustados y sus converse. Tenía una camisa larga a cuadros y su cara. ¡Oh por Dios! No tenía cara. Su rostro estaba totalmente hinchado, le habían pegado. Tenía los dos ojos morados y los labios súper grandes de la inflamación. Su nariz roja con un taco de algodón en cada uno de los orificios nasales llenos de sangre. En la frente tenía una cortada que se la había unido con puntos.

Estaba estupefacto. Lo habían golpeado mucho. Casi lo habían matado.

-No te asustes que no es nada- me dijo parado junto a la puerta con su cara desfigurada. ¡Era todo! estaba herido. De repente empecé a sentir mucha ira en mi interior. Era él. Ya no me importaba la mierda que decían todos los pastores y las malas interpretaciones que hacían de la biblia. Era el Sergio que me hacía reír, el que me ayudó a conseguir trabajo, el que me acompañaba hasta mi casa cuando terminaba de trabajar. Era ese chico bailarín con mirada inteligente que amaba. Era la persona



que amaba y en ese momento estaba ahí, con la cara reventada.

-Lo siento mucho por no haber venido ayer, de verdad lo lamento en el alma pero no quería que me vieras. Como podrás ver, tuve un pequeño accidente pero ya estoy bien.- se acostó en mi regazo y me abrazó poniendo su cara en mi abdomen.

Sin que me lo dijera yo sabía que no era un accidente. Había sido alguno de esos dos tipos los que le habían hecho eso. Sergio estaba tocando sus límites, se estaba exponiendo a explotar y acabar con todos. Incluso con él mismo.

La ira se me estaba acumulando en todos los rincones de mi cuerpo. Odiaba verlo así. Pero me odiaba aún más por ser yo el único responsable. Él no tuvo que haberse expuesto y mucho menos conseguir dinero de esa manera para ayudarme. Me sentía fuera de sí. De repente quería destruirlo todo. Coger los floreros de la habitación y estrellarlos contra la pared. Quería golpear las cosas e ir detrás de ese tipo y romperle la cara. Tenía unas ganas horribles de gritar y gritar. Iba a hacer implosión.

Traté de calmarme. Dejé que mi mente se tranquilizara porque nada iba a conseguir estando tan exaltado. Me concentré en el contacto de las manos de Sergio con mi



cuerpo. Eran tan cálidos y tan amañadores sus gestos que me hacía elevarme por toda la habitación con solo rozarme.

Algo decía Sergio pero no podía escucharlo. Estaba susurrando unas palabras que no entendía. Deseaba que lo dijera más alto para comprender pero seguía susurrando. Algo pasaba por su cabeza que no me estaba diciendo. Cuando de repente comenzó a llorar. Sergio tenía un ataque de llanto y me apretaba cada vez más fuerte. Esa frase que estaba diciendo subió de volumen hasta que pude entenderla con claridad y mi ira se disparó.

-No aguanto más. Juro que hago todo lo que puedo pero no aguanto más-

-No aguanto más. Juro que hago todo lo que puedo pero no aguanto más-

-No aguanto más. Juro que hago todo lo que puedo pero no aguanto más-

En ese momento estallé con un grito tan fuerte como mis cuerdas vocales pudieron producir. Salté de la cama dejando a un lado a Sergio y comencé a gritar por todos lados y a saltar. Lo estaba haciendo. Físicamente mi cuerpo estaba respondiendo a mi furia y Sergio me miraba impávido desde la cama sin poder siquiera hacer una expresión de asombro con su cara tan maltratada.

De los gritos pasé al llanto en cuestión de dos minutos y seguía moviéndome violentamente. Giraba y saltaba. Le pegaba a las paredes y no podía detener a mi cuerpo descontrolado. Dos enfermeras entraron debido al volumen de los gritos y se sorprendieron al verme en ese estado. También entraron como seis pacientes más y otras tres enfermeras. Todos estaban parados en la puerta mirándome.

-¡Ya estoy bien!- les dije gritando.

Fui hasta la cama y abracé a Sergio que me devolvió el abrazo muy fuerte. Era como si se estuviera librando de una carga que lo estaba despedazando. Podía sentir su cuerpo soltando toda su angustia y su dolor. Ahora estaba yo ahí para cuidarlo y devolverle todo lo que había hecho por mí.

-Perdón por hacerte tanto daño.- le dije mientras sostenía su cara con mis manos. Nunca lo había visto tan frágil. Siempre estaba con su porte fuerte y su forma optimista de mirar la vida. Pero sabíamos él y yo que ese era su fondo. Estaba destrozado y era hora de volver a empezar.

-No tengo nada que perdonarte Marcos, tú te mereces eso y muchas cosas más. Siento mucho lo de tus papás- me respondió.

Se me había olvidado por completo lo de mis padres. La tristeza invadió mi cuerpo, pero ese momento era diferente. Abracé con toda mi fuerza a Sergio y pensé que era hora de afrontar los problemas. Tenía miedo a vivir de nuevo como consecuencia de todo el daño que estaba haciendo al mundo que me rodeaba. Tal como la ballena de la historia del doctor Farías. Pero ahora tenía en mis brazos una razón muy fuerte para emprender de nuevo el camino y seguir dando pasos.

Había muchas cosas que iban a cambiar. Estábamos enfrentándonos a un camino nuevo que recorreríamos los dos.

## 10. ¿Por qué no?

**(Sergio)**

El pasar de los días, los momentos eran tan mágicos como difíciles. Las heridas estaban abiertas y tanto Marcos como yo intentábamos perdonar. Distraídamente nos sentíamos culpables uno del otro. Las palabras de cariño cobraban un sentido mucho más fuerte cuándo estábamos juntos. Había pasado siete meses desde el accidente de

los padres de Marcos y mi cara tenía su forma habitual excepto por la cicatriz de mi frente que me hacía ver como un pirata. O en el peor de los casos como un peleador callejero.

Evitábamos tocar los temas espinosos a toda costa. Los amigos de siempre estaban cautelosamente pendientes de nosotros. Nos llamaban o nos escribían muchas veces al día para comprobar que todo iba a la perfección y siempre teníamos algo para hacer. Yo había vuelto a dictar las clases de baile y cada vez me llamaban de más lugares para que fuera a trabajar. Marcos estaba trabajando en una empresa de sistemas. Al parecer conoció en el centro de la locura a un tal Carlos que lo contrató como asistente de gerencia y tenía un buen sueldo además de beneficios sociales, afiliación a salud, pensión y todas esas cosas que hacen que la vida sea mejor.

El tema de Carlos era bastante extraño. El tipo es divino. Cualquiera lo perseguiría hasta la muerte. Venía a cenar a casa como dos veces por semana y nos contaba cosas de su mundo. Yo aún no había terminado de saber si era o no era homosexual. Tenía algo que lo hacía parecer, pero su energía era de hombre. Era una incógnita que me rondaba la cabeza pero me moría de la vergüenza preguntarles. Ellos dos eran bastante unidos y escondían un secreto que yo desconocía y que Marcos no me iba a decir.

Por cierto, no les había contado. Marcos y yo no fuimos a vivir a un departamento en Chapinero cerca del edificio donde vivía Wendy. No era muy grande pero sí suficiente para los dos. Teníamos muchas cosas y estábamos a un paso de parecer una de esas parejitas heterosexuales que de repente y sin darse cuenta tienen una alfombra, colección de películas, series, vajilla bonita con vasos rotos, un perro al que pasean todas las mañanas y un par de hijos que lloran todo el día.

Todo me lo aguantaba menos lo de los hijos. Marcos era genial. Me encantaba en todas sus perfecciones y sus imperfecciones. Era lo que más apreciaba en ese momento de mi vida. Él había perdido el tiempo de inscripción a la universidad por estar internado y tenía que esperar para intentar entrar al semestre siguiente, esto había sido algo positivo porque ya no estaba tan convencido de querer estudiar licenciatura en lenguas extranjeras. Estaba con la extraña idea que lo suyo era la ingeniería de sistemas. A mí eso me parecía una atrocidad porque no encontraba en todo el universo y sus alrededores algo más aburrido que los computadores.

Por mi parte yo estaba de planta como coreógrafo en la escuela de baile y planeábamos montar un musical completo. No era difícil, el único problema era manejar a los bailarines en las coreografías. Todos querían estar en el centro y lucirse más que los demás. Al parecer

todos creían ser merecedores de los solos que se hacía y eso de manejar egos era absolutamente cansador y complicado.

Nos divertíamos mucho. Era impresionante cómo se pasaban mis horas al lado de Marcos como si fueran segundos. El mundo era perfecto cuando estaba con él. Una noche hicimos un experimento que nos causó mucha gracia. Se los voy a contar sin mucha profundidad para que se entretengan un momento.

Hicimos una cena un viernes por la noche a la que invitamos a todos los amigos. Estaba Destella, Eduardo, Rocío, Carlos, mi prima Catalina, Susana la hermana de Marcos, Wendy, Sebastián y un par más de la escuela. Como era de esperarse, todos los presentes ya fueran homosexuales, bisexuales, heterosexuales o cristianos no quitaban sus ojos de encima de Carlos. Era el centro de atención, la luz que iluminaba todo el pequeño departamento en el que vivíamos provenía de su belleza que nadie podía contradecir.

Él lo notaba y se hacía el tarado a ratos. Se sonrojaba mucho y se quedaba por momentos sin palabras. Marcos y yo nos mirábamos y reíamos hasta el cansancio. Teníamos una estrategia para esa noche.

Cocinamos arroz con carne y papás fritas. La intención no era que tuvieran una gran cena sino una noche alegre. Además no sabíamos preparar muchas recetas

por lo que elegíamos las cosas más fáciles que nos quedaran más ricas y que no provocaran un incendio.

La falta de exquisiteces gastronómicas las suplíamos con alcohol. En la mesa teníamos para todos los gustos. Tequila, aguardiente, ron, vodka y cerveza estaban dentro de las opciones. Todos se acercaban instintivamente y llenaban sus vasos con regularidad. Eduardo había traído unos potentes amplificadores de los que salían mezclas de electrónica y reggaetón. Luego de comer nos pusimos a ver una película en el computador. La seleccionada por voto popular fue La ladrona de libros. A algunos les había parecido aburridísima y a otros les había encantado su contenido simbólico y otras cosas intelectuales que nadie más entendía. Al terminar la película se volvió a subir el volumen con la música pero esta vez no era electrónica. Destella despejó la pequeña sala y con un micrófono improvisado se ofreció voluntariamente a darnos un playback de las mejores divas de todos los tiempos.

Todos emocionados ocupamos el sillón grande que habíamos traído de la casa de Marcos con la complicidad de su hermana justo antes que sus tíos fueran como aves carroñeras a vaciar la propiedad y a ver con qué se podían quedar. La casa en la que había vivido Marcos y su familia le pertenecía ahora a él y a su hermana que habían decidido alquilarla y dividirse entre los dos el dinero mensual que recibían. La hermana se había ido a



vivir con Wendy. Al parecer esa chica tenía un imán impresionante para atraer personas a su vida.

Destella comenzó con una soberbia magistral al imitar a Madonna con su canción Vogue. Se tocaba el sostén imaginario como si fueran los típicos conos que usa en las tetas la reina del pop. En una de las oportunidades se acercó a Carlos y le acarició la cara. Él se puso como un tomate de rojo. Al parecer nunca había estado enfrentado a tanta imponencia y poder sexual como el que manejaba Destella ya fuera en sus performances públicos, privados o en su vida diaria en general.

Continuó con pasos de pop fuerte en un intento de parecer Britney Spears con la canción Ops... I did it again. Todos pudieron comprobar que no tenía las caderas de la rubia estrella de la música y no dominaba la letra. Eduardo grito "ya estás muy vieja para esas canciones" y Destella con una naturalidad espontánea le tiró el abanico que tenía en su mano y fue a parar en su abdomen con un gemido de dolor algo fingido.

Luego deleitó a todos los presentes con tres canciones más. Love on top de Beyoncé que le resultó bastante bien. Se notaba que la había preparado con tiempo de anticipación y todos pronosticaban que iba a ser todo un hit en La galaxia perdida. Siguió con I will always love you de Whitney Houston en donde hasta lágrimas brotaban de sus ojos en los tonos altos y



conmovió a todos. El tema de cierre no podía ser otro que *I will survive*, esta vez, el cover de Selena Quintanilla en uno de sus últimos conciertos en Texas.

La audiencia estalló en aplausos y chiflidos para la desconocida estrella que hacía reverencias sobre el tapete de la sala. Con una salida magistral hacia el baño, se subió de nuevo el volumen de la música y esta vez... ¡Todos a bailar salsa!

El alcohol pasaba por la garganta de los invitados como si fuera gaseosa. Algunos ya mostraban signos de desubicación geográfica y al parecer el mundo estaba girando más rápido de lo normal. Uno de esos era Eduardo que movía las caderas como si fuera una bailarina exótica en el tubo. Bajaba sensualmente y volvía subir sacando el culo más de lo que todos hubiéramos deseado. Él estaba en su mundo apoyado en una de las columnas del departamento. Por su parte, la hermana de Marcos estaba un poco desconcertada. Ella no había tomado más que un vaso de cerveza y disfrutaba más del espectáculo de los demás que bailaban descontroladamente. Nunca había tenido la oportunidad de conversar bien con ella. Fui y me senté a su lado en el sillón desde donde se contemplaba a Rocío enseñándole salsa a Carlos, Sebastián haciendo de mujer mientras Wendy lo tomaba como si fuera el hombre de la pareja, Catalina entretenida en una conversación por chat con su novio que la había descubierto comiendo con uno de

sus mejores amigos, Marcos estaba sosteniéndole el cabello a Destella que vomitaba todo lo que se había comido y Eduardo con su show de burdel contra la pared.

-Gracias por haber venido hoy a cenar Susana- le dije sonando un poco casual.

-No lo digas Sergio. Gracias a ti. No había tenido la oportunidad de agradecerte por todo lo que has hecho- me respondió bajando la mirada.

-Ha sido todo un placer. Marcos me importa mucho y pienso hacer hasta lo imposible porque nunca vuelva a sufrir de nuevo. Lo malo hay que dejarlo en el pasado y abrir los ojos hacia el futuro-

-Eso no lo puedes asegurar. La vida está llena de dolores que no podemos evitar. Además, parte importante de vivir es sufrir. No hay bien sin mal. No hay placer sin dolor. No hay sufrimiento sin felicidad- me respondió. Estaba sorprendido con sus palabras. Era una chica bastante reflexiva e inteligente.

-Espero que no te moleste mi presencia. Yo sé cómo eran tus padres y la forma en que los criaron. Los gais no somos tan buenas personas- dije tratando de hablar del tema sin ofenderla o provocar una reacción agresiva.

-No lo digas como si te estuvieras excusando. No sé si lo sabías pero mi mamá tiene ocho hermanos y mi papá seis. Nosotros tenemos catorce tíos que no hicieron mucho

cuando Marcos y yo más los necesitábamos.- sus palabras me parecían muy sinceras.

-Tampoco había tenido yo la oportunidad de decirte que siento mucho lo de tus padres- era verdad. No me caían bien pero eso no quería decir que me alegrara su muerte.

-Yo sé que no sirve de nada, pero te voy a contar lo que pasó ese día. Cuando estábamos en Acapulco, la noche del ataque yo me quedé en el hotel porque ellos querían hacer un paseo romántico. Yo no tuve problemas con eso. Quería bajar al bar y ya sabes, conocer a algún chico lindo y hablar un rato. Ya eran como las tres de la mañana y yo subí a dormir. Pasé por la habitación de mis papás pero no pensé en tocarles porque suponía que estaban... bueno, tu sabes, haciendo cosas. Eran las cuatro de la mañana cuando sonó la puerta. Pensé que eran ellos que pasaban a buscarme a ver si todo estaba bien y decirme la hora para bajar a desayunar porque todos los días íbamos a visitar algún lugar turístico o a caminar por la calles para comprar recuerdos. Abrí la puerta todavía en pijama para hacerlos pasar y decirles que estaba bien y que la noche anterior no me había pasado nada pero no eran ellos. Era un hombre de traje, era bastante mayor con una mirada muy seria. Era el gerente del hotel. El corazón me palpitó y tuve una especie de presentimiento. Sabía que algo extraño estaba pasando. Me

saludó muy solemnemente y me dijo si podía pasar a charlar conmigo. Yo lo hice seguir y le dije que me esperara unos minutos mientras me ponía algo decente. Lo dejé en la sala y entré al baño con alguna ropa. Me puse un jean y una camisa de lino blanca. Me calcé unas sandalias y me hice una cola de caballo. Lavé mi cara y mientras hacía todo eso pensaba lo que podría haber pasado. No le había preguntado inmediatamente porque tenía la esperanza de calmarme y deducirlo antes que me lo dijera. Era como si yo supiera que les había ocurrido algo malo y ya no estaban. Necesitaba tiempo para pensar antes de recibir la noticia. ¿Te ha pasado que cuando crees saber algo que no quisieras saber, prolongas el tiempo para que lo que temes no lo sepas antes de estar preparado para escucharlo? Pues era eso precisamente lo que me estaba pasando en ese momento. Mi cuerpo y mi mente habían reaccionado para intentar protegerme. Creo que si no hubiera nacido en una casa de pastores evangélicos, probablemente hubiera sido bruja. Me podrías traer un vaso con agua, se me está secando la garganta y todavía me falta la mitad de la historia- me dijo.

Yo asentí y fui por a la cocina, pasé al baño a inspeccionar que todo estuviera en orden y encontré a Destella sentada en la taza del baño llorando porque el novio no le había contestado el teléfono en todo el día.

Marcos hacia su mayor esfuerzo por consolarla pero al parecer no había palabras para tal misión. Marcos me miró para que lo ayudara pero le dije que tenía que llevarle agua a su hermana, le guiñe el ojo y le mandé un beso. Él notó que lo que en realidad estaba haciendo era escapándome de la situación y me lanzó una mirada de esas que dicen "más tarde lo vas a pagar".

Volví hasta la sala y las parejitas de baile seguían en su trance dancístico, esta vez al ritmo de samba. Carlos seguía intentando aprender a bailar pero era Sebastián quien le estaba mostrando los pasos. Me senté de nuevo en el sillón y le di el vaso a Susana que se tomó su tiempo en tomar trago por trago hasta dejarlo por la mitad. Lo dejó en la mesa y me volvió a mirar con sus ojos miel algo húmedos.

-Ya vestida fui hasta la pequeña sala que había en la habitación y me senté en frente del gerente del hotel. Sin dejarlo que hablara le dije un momento después de acomodarme "por favor no vaya con rodeos. ¿Qué les pasó?". El me miró con una compasión infinita y me respondió que los habían atacado a mitad de la noche y habían muerto en el hospital. No me habían buscado antes de esa hora porque los ladrones se llevaron los documentos que tenían en sus bolsillos así que no tenían como identificarlos. Fue hasta muy temprano cuando el

personal del hospital había deducido que eran turistas por la ropa que tenían puesta y empezaron a llamar a los hoteles dando la descripción física y fue así como los que trabajaban en el hotel se enteraron. Me dijo que yo era la primera persona en saberlo y que el hotel estaba dispuesto a ayudar en todo lo que fuera posible. Llamadas internacionales, traslados y lo que necesitara. Sabía que debía llamar a mi familia pero no estaba segura de la forma en que debía hacerlo así que intenté llamar a Marcos pero no me contestó, supuse que estaba durmiendo y tenía el celular en vibrador. Colgué y le marqué a Wendy, ella es mi mejor amiga y tú ya la conoces, es muy madura y siempre tiene un plan para manejar las situaciones. Teníamos poco tiempo porque ya la prensa local se había enterado del ataque y sabía que pronto se iban a conocer las noticias aquí en Colombia. Yo iba a esperar para hablar con Marcos y contarle todo pero uno de los diarios se enteró por medio de uno de los recepcionistas quien les contó sobre nosotros y le dio la información necesaria para construir el relato. Ese diario llamó a la agencia de viajes quienes le dieron el teléfono de la iglesia y no sé cómo, pero lograron conseguir el teléfono de uno de mis tíos que inmediatamente llamó a Marcos. Él no sabía nada, me imagino que eso fue como a las ocho o nueve de la mañana. Supongo que fue ahí cuando entró en shock. Desde ese momento toda la familia empezó a

llamarme al hotel pero no quería responderle a nadie. Sin embargo debía hacer algo así que me puse al frente de la situación y fui hasta el hospital. Los vi por última vez, llamé al embajador de Colombia en México para comentarle y me dijo que dejara todo en sus manos que él se encargaba del retorno de los cuerpos. Estaba bastante impresionado. Antes de llegar a Acapulco habíamos pasado una noche en la casa del embajador que conocía a mi padre desde hace muchos años, es un hombre muy sabio que tiene siempre respuestas inteligentes e ingeniosas. Después de eso me fui hasta la playa y estuve tirada en la arena mirando el mar todo el día hasta que los últimos rayos de sol desaparecieron del agua. Mis papás nos enseñaron a no llorar, nos criaron como unas personas muy fuertes. Si te pones a analizar, la reacción de Marcos y la mía fueron muy parecidas. Con la diferencia que él sentía mucha culpa por todo el asunto gay que lo estaba matando desde adentro. Él se aisló en su propia mente mientras yo me fui a la playa y estuve mucho tiempo paralizada. Luego de eso volví al hotel y me dijeron que todo el mundo estaba como loco buscándome por cielo y tierra. Había en el lobby periodistas por montones como si yo fuera una estrella de rock. Me vieron y se abalanzaron sobre mí. Afortunadamente el gerente prometió lo que cumplió y me llevaron directo a mi habitación sin tener que responder ninguna pregunta. Estando allí comencé a contestar las



llamadas. La primera fue de una tía. Yo estaba preparada para aceptar con tranquilidad las condolencias y pasar al siguiente familiar que llamaba pero no fue así. Mi tía me dijo que lo sentía mucho e inmediatamente me dijo que ella quería ser la pastora de la iglesia de mis padres. Mi palabra iba a ser muy fuerte en las directivas y ella quería ser la que dirigiera la comunidad. Me ofendí tanto que le colgué el teléfono. Así uno tras otros mis tíos llamaban a preguntar por la elección del nuevo pastor o para saber si mis papás habían dejado algún testamento. Decidí no seguir respondiendo y fue cuando llegó a mi habitación el embajador de Colombia en persona que me abrazó y me preguntó qué necesitaba. Le dije que quería volver al país sin tener que responder nada a la prensa o que nadie se enterara que había vuelto. Quería estar sola y pensar. En ese momento ya era muy de noche-

Pensé que más o menos a esa hora fue cuando yo volví y encontré a Marcos en el departamento de Wendy tirado en el piso de la ducha.

-El embajador me prometió que así iba a hacer pero antes me llevó hasta una casa en Cancún que él usaba para vacacionar y desconectarse del mundo cuando necesitaba un respiro y me dijo que la usara hasta que me sintiera lista para volver. Estuve tres días alejada de todo. Solo



tomaba el teléfono para llamar a Wendy y preguntarle por mi hermano. Sabía que estaba muy mal. Pero también entendía que mi presencia no iba a hacerlo poner mejor, era un proceso que debía vivir solo, era también un trance que yo debía atravesar sola. A veces me arrepiento de no haber vuelto cuanto antes y no hay día en que no agradezca a Dios porque tú llegaste de Argentina aquella tarde. A los tres días estaba lista para enfrentar a todo el que se quisiera poner en mi contra y me vine a Colombia. Nadie sabía el vuelo en el que viajaba ni la hora. Lo primero que hice al bajarme del avión fue irme a la casa de Wendy donde te vi con mi hermano. No pensé que fuera tan grave su aislamiento. Después de despedirme de ti me fui donde el abogado de mis papás y me dijo que habían ido uno por uno todos mis tíos a preguntarle por el futuro de las casas, de la iglesia, de los carros y de todo lo que teníamos. Eran todos ellos unas sabandijas. Me dijo que en efecto, sí había un testamento en el que nos heredaban todo por mitad a mi hermano y a mí. No fui a la casa. Quería evitar a mis tíos así que fui a un hotel a pasar la noche. Al día siguiente fue el entierro al que tú fuiste. Cada uno de ellos no perdía la oportunidad para acercarme y tratarme como si fuera una mina de oro.-

Es cierto, yo fui a ese entierro al que decidimos que Marcos no podía ir por su estado. Susana siempre estaba rodeada por alguien. Nunca la dejaban sola y todos le hablaban mucho, había hombres con cara de depravados y ambiciosos y las mujeres se reñían entre ellas. Yo pensaba que estaban peleando cada tanto entre ellos pero no lo creía, después de todo era un entierro, pensaba en cambio que era la forma en que se trataban habitualmente unos a otros, cada familia tiene sus propias costumbres. Había uno en particular que susurraba con su esposa justo detrás de mí y le decía que él estaba dispuesto a quedarse por lo menos con el departamento en Cartagena.

-Lo que vino después ya más o menos lo debes saber. Todas las propiedades están en venta excepto la casa grande que se la alquilamos al nuevo pastor de la iglesia que es un amigo de mi papá en el que confiaba mucho. Es un buen hombre. Hasta que se venda todo lo demás solo recibimos por mitad el dinero del alquiler-

Eso ya lo sabía, Marcos me lo había dicho e incluso me prometió que me iba a dar la mitad de ese dinero que era increíblemente mucho, decía que me lo merecía por lo que yo había hecho por él. Yo no lo creía necesario, no lo había hecho por interés y no pensaba recibirle nada, me sentiría comprado. Admiraba mucho la poca ambición

económica de Susana y Marcos. Eran felices con muy poco. Eran ellos dos los únicos evangélicos a los que les creía. Los demás eran una partida de arpías.

-Ahora solo nos queda esperar hasta que el tiempo sane las heridas. Yo quiero mucho a Marcos y sé que él también a mí, es lo único que me queda y él sabe... bueno, y ustedes dos saben que pueden contar conmigo para lo que necesiten.-

Esas palabras significaban mucho. Era una mujer extraordinaria y empecé a quererla desde el día en que supe que fue ella quien habló con Wendy para que le diera un lugar en su casa a Marcos cuando sus padres lo habían echado.

-Gracias a ti por contarme todo esto. No era necesario pero me alegra la confianza- le dije con una media sonrisa.

-Tú ya eres parte de nuestra familia Sergio. Además somos cuñados- me dijo devolviéndome una amplia sonrisa. -Y ahora te pido que me llames un taxi porque Wendy ya está un poco tomada y no quiero que vomite por toda la casa cuando regresemos- me guiñó un ojo.

Fui hasta la cocina y marqué el número de la empresa de taxis. Destella estaba mucho mejor y me dijo también que le pidiera un carro para irse porque había tomado la decisión de perseguir a su novio. Ella tenía la hipótesis que él estaba con otra (no me atreví a preguntar si otra mujer u otra transformista) en la discoteca de siempre a pocas cuadras de La galaxia, así que pedí dos. Catalina estaba encantada con la presentación y el maquillaje y le pidió a Destella que la dejara acompañarla y esta acepto con todo el gusto. Yo la miré con desaprobación pero ella me hizo cara de perro regañado y le dije que se cuidara. Llamé los dos carros y se fue la mitad de la población de nuestro departamento. Eduardo compartió con ellas el mismo taxi. Los otros dos chicos de la escuela que habían venido habían desaparecido antes de la película porque querían irse de farra.

Ahora que todo se había reducido a pocos sobrevivientes del alcohol, comencé a recoger de la mesa algunos platos y vasos para llevarlos hasta la cocina. Carlos, Rocío y Sebastián estaban exhaustos en el sofá mientras Marcos en uno de los sillones los miraba y les decía lo borracho que estaban. Habían tomado mucho y mezclado de todo en esos vasos plásticos de colores que eran los únicos que no habíamos partido. Sebastián no era capaz de sostenerse sobre un pie y Rocío no daba dos

pasos sin tambalear. En ese estado nadie creería que esos dos eran bailarines profesionales.

Yo volví a la sala y me senté entre las piernas de Marcos. Sus brazos me rodearon y me dio un beso en el cuello. Giré mi cabeza y mis labios se unieron a los suyos.

-¡Uy! Esto se puso caliente- dijo Sebastián con su tono burlón -ahora que los veo besuqueándose me acordé que traje un disco que me encanta para que lo escuchemos-

Antes que pudiéramos responderle fue hasta su morral y sacó un compacto. Se dirigió al computador que estaba conectado a los parlantes y esperamos algunos minutos hasta que pudo presionar el botón correcto y hacerlo andar. Los tragos habían hecho de Sebastián un descoordinado monumental. Al rato de poder introducir el cd y oprimir el botón de play, comenzó a sonar la primera canción. Era muy sensual, muy diva, muy pop, muy sugestiva. Era Madonna.

-Es el disco Erótica de la reina- dijo Sebastián en sus pasos de equilibrista hasta llegar nuevamente al sofá y sentarse. Rocío dijo que no le gustaba mucho esa canción y entraron en una discusión musical bastante absurda. Carlos estaba sentado en la mitad de ellos dos y su

cabeza parecía la de un asistente a algún torneo de tenis. Iba y venía de Sebastián a Rocío cuando cada uno de ellos empezaba a argumentar por la legitimidad y el poder de la chica material.

Yo estaba disfrutando mucho esa escena cuando sentí los labios de Marcos en mi cuello. Me besaba despacio y con cada beso la música se me hacía más erótica. Cerré los ojos para disfrutar de cada uno de los contactos de ese chico que me hacía morir de amor. Sus brazos acariciaban mi pecho y sus piernas apretaban mi tronco. No podía evitar sentir que mi cuerpo comenzaba a elevar su temperatura y mi corazón a bombardear más sangre de lo normal.

Se había disipado en lo lejos las voces de los animados argumentadores y entendí que Marcos había activado la estrategia de la noche. Su lengua repasaba el espacio entre mi cuello y mi oreja hasta que empezó a hacer unos gemidos cortos y contundentes en mi oído que me encendieron como un volcán a punto de erosionar.

Tenía la piel de gallina. Sentía como mis piernas se erizaban con esas manos encima de mí. Me abrió el primer botón de la camisa y con sus dedos acariciaba uno de mis pectorales teniendo cuidado de pasar por encima de la tetilla y erotizarme al máximo.

-Estoy listo- me dijo mientras sus labios continuaban en mi oído.

Esas palabras me hicieron estallar. La fuerza de mi erección amenazaba con romper el pantalón. Me puse quieto pensando en el significado de esas palabras. Hasta ese día nunca había tenido sexo con Marcos. Por extraño que parezca, habíamos decidido que esperaríamos para no correr el riesgo que al empezar con las relaciones dañáramos otros aspectos de nuestra vida juntos que disfrutábamos hasta el cansancio. Por otro lado, no queríamos hacerlo con tantos conflictos emocionales que rondaban nuestra cabeza y corazón. Pero me había dicho "estoy listo". Eso significaba solo una cosa.

Di media vuelta y me arrodillé para quedar a su altura. Le di un beso largo y controlado. Nuestras lenguas se juntaban y mientras una de mis manos estaba en su cara la otra se posaba cálida en su cintura debajo de su camisa. Me separé de él y lo miré fijo a los ojos. Su expresión completa emanaba lujuria. Pasé mi mano distraídamente por encima de su pantalón y estaba duro. Muy duro.

-¿En dónde quieres que lo hagamos?- le pregunté en un susurro.

-Aquí mismo- me respondió.

No encontraba la manera de reaccionar. Marcos era una persona reservada y bastante correcta en la forma en que actuaba en público. Daba siempre la impresión de ser un chico con muy buenos modales. Esa respuesta me había conmocionado un poco. Pensé por un momento que era producto del alcohol pero no había tomado más de dos vasos de cerveza. Opté por creer que lo decía en serio.

Me abrazó y quedamos los dos acostados en el piso mientras Madonna cantaba en el fondo. Marcos me besó como si fuera el fin del mundo y bajó de mi boca al mentón. Pasó por mi garganta y llegó al inicio de mi pecho. Con sus manos iba desabrochando cada botón de mi camisa lentamente. Me rozaba la piel y cada lugar que tocaba se erizaba instantáneamente. Mientras me besaba, al tiempo que estaba ocupado de mi camisa, yo crucé la cabeza y vi en dirección al sofá. Allí estaban los tres mirándonos fijamente, no hacían ni el mínimo ruido y yo me empezaba a poner tan rojo como la salsa de tomate. Estaban muy quietos, de repente Rocío se acercó al cuello de Carlos y comenzó a besarlo. Este se sorprendió un poco pero entrecerró los ojos en señal de placer. Carlos miró a Sebastián y este también fue directo al cuello y ahí estaba Carlos, con dos bailarines con cuerpos duros como la piedra besándole el cuello. Estaba perdido en la sensación.



Marcos había terminado con todos los botones de mi camisa y se disponía a quitarme la correa y a bajarme el pantalón. Sus manos estaban temblando y se le hizo muy difícil cumplir su tarea, era como si abrir el botón de mi jean era lo más complicado a lo que se hubiera enfrentado en la vida. Yo giré bruscamente y quedé encima de él antes que pudiera llevar a cabo su misión. Lo miré a los ojos y me acerqué a su oído.

-Te amo- le dije.

Tomé con mis manos su camisa y con fuerza las separé abriéndola completamente. Con mi dedo índice lo toqué desde los labios en línea recta hasta su ombligo. Bajé directo a su entrepierna y con una mano abrí su correa. Saqué el botón del pantalón y lo bajé hasta sus rodillas junto con el bóxer blanco que tenía puesto. Estaba mojado, empapado, eso me encantaba. Acaricié suavemente sus muslos. Su pene no podía estar más duro.

Con mis labios comencé a masajear la punta de su miembro y Marcos gimió fuerte mientras arqueaba su espalda. Una de sus manos estaba envuelta con fuerza en el tapete y la otra puesta en mi hombro. Seguía con movimientos suaves en la puta de su pene y con mis ojos busqué a los demás. En el sofá la cosa también iba andando sobre ruedas. La camiseta de Sebastián había

volado lejos y mientras Carlos chupaba una de las tetillas de Sebastián, una de sus manos acariciaba un seno de Rocío. Ella besaba a Sebastián mientras una de sus manos masajeaba su pantalón al tiempo en que Sebastián había metido la suya por debajo de la falda de ella. Por la cara que tenía Rocío, sabía que le encantaba.

Pasé una de mis manos por el pecho de Marcos y en un movimiento rápido metí todo su pene en mi boca. Él gritó y enterró sus dedos en mi hombro mientras su espalda sus músculos se contrajeron. Comencé con movimientos grandes adentro y afuera. Aumenté la velocidad y comencé muy rápido. Sabía que solo podía hacerlo unas cuantas veces más porque corría el peligro de que se corriera y todo acabara muy rápido. Era poco experimentado y quería que su primera vez durara mucho y lo disfrutara al extremo.

Cuando supe que estaba a punto de correrse paré de repente y dejé su pene libre de contacto. El me miró furioso y yo subí hasta poner mi cabeza en frente de la suya.

-¿Por qué paraste?- me preguntó.

-No quiero que termines aún. Esta va a ser la mejor experiencia de tu vida.- respondí.

Me arrodillé encima de él y le saqué los zapatos lo más rápido que pude junto a sus medias. Jalé el pantalón y lo tiré contra la pared. Mis manos que estaban en sus pies, hicieron el recorrido hasta sus brazos pasando por sus piernas, su pene, su abdomen y su pecho.

Antes de acostarme encima de él me quité también mis zapatos, pantalones y camisa. Estábamos los dos desnudos. Apoyé todo mi cuerpo contra el suyo y puso sus manos en mi espalda.

A menos de tres metros de distancia Carlos estaba sin pantalón parado en frente del sofá y Sebastián chupaba su miembro. Los pezones de Rocío eran lamidos por la lengua de Carlos mientras las manos de Rocío estaban incrustadas en el cabello de Carlos. Los tres gemían en los momentos en que podían respirar.

Puse a Marcos boca abajo y me senté arriba de él. Mis manos paseaban por su espalda como si estuviera haciendo un masaje. Acerqué mi cara y se turnaban mis manos con mis labios. Le daba besos mientras le acariciaba la piel casi sin tocarlo. Sus vellos se erizaban al paso de la punta de mis dedos. Eso lo hice desde el cuello hasta llegar a su cola. Llevé mi dedo a la boca y lo llene de saliva. Comencé a acariciar la zona entre sus dos nalgas y su espalda se tensaba junto a todo su tronco. Empezaba con gemidos cortos que se hacían cada vez más fuertes con la intensidad de mi dedo

introduciéndose cuidadosamente. Así estuve dos minutos y le di media vuelta para quedar nuevamente encima de él. Lo besé y con su fuerza giramos hasta yo quedar debajo. Él intentó acariciarme pero sus manos temblaban. Paseó con su boca mi cuello y mi pecho y se dirigía a mi miembro. Yo lo detuve y lo traje hasta tener su cara de nuevo junto a la mía.

-Yo también quiero chupártela- protesto haciendo un gesto de enfado.

-No, hoy solo vas a sentir. Ya habrá tiempo. Además me da miedo que por la falta de experiencia me la arranques de un mordisco- sonreí esperando que le hubiera parecido gracioso el comentario.

-También esta me la vas a pagar. Ya van dos- me dijo antes de enterrar su lengua en mi boca y besarme apasionadamente.

Cuando nuestras bocas se separaron le dije que iba a la habitación por un condón. Me levanté rápido y fui directo a la gaveta junto a la cama y tomé el preservativo con el sobrecito de lubricante. Volví y seguía el sofá muy caliente. Me divertía pensando que luego nos tocaría quemar ese mueble después del uso que le estaban dando esos tres.

Para ese punto el trío estaba completamente desnudo. La ropa adornaba el piso. Esperaba que después de esa noche, Carlos estuviera más claro respecto a sus gustos y se decidiera por alguno de los bandos, o al menos que aceptara que los dos le gustaban por igual porque se veía muy cómodo entre Rocío y Sebastián. La escena era más o menos así: Rocío estaba boca arriba con las piernas abiertas acostada en el sofá mientras Carlos la estaba penetrando y la besaba suavemente. Los movimientos eran muy delicados. Justo detrás de Carlos estaba Sebastián sosteniendo con una de sus manos la pierna de Rocío mientras con la otra intentaba ubicar su pene para penetrar a Carlos. Eso sí que era un trío. Lo intentaba despacio y poco a poco iba cediendo. Rocío hacía todo lo posible por reprimir sus quejidos y Carlos respiraba muy rápido. Estaba en la mitad de los dos disfrutando de todo lo que pasaba por su cuerpo. Sebastián besaba la espalda de Carlos. Me acerqué un poco como papá responsable a verificar que estaban protegiéndose y en efecto dos penes tenían condón. O al menos eso se veía desde lejos.

Volví al piso donde estaba Marcos, mi Marcos y comencé a besarlo de nuevo. Su erección estaba tan dura como desde el primer momento y no quitaba su mirada de las maniobras que se estaban desarrollando en el sofá.

-Por favor vuelve aquí Marcos, ya luego habrá tiempo para lo del sofá- le dije

Me devolvió una mirada de interrogación y me negó con la cabeza. Yo volví al encuentro con sus labios y me acerqué a su oído.

-¿Quieres metérmela o que yo lo haga?- le pregunté.

-No sé-

-Esa no es una respuesta válida-

-Quiero que te guste a ti-

-Solo me va a gustar a mí si te gusta a ti-

-¿Qué me recomiendas?-

-Yo disfruto de las dos por igual-

-¿Cuál crees que me vaya a gustar a mí?-

-Espero que las dos-

-Decide tú-

-Voy a empezar yo-

-Bueno-

Abrí el condón y me lo puse. Luego destapé el sobre del lubricante y lo llevé hasta el lugar exacto de Marcos. Hacía trabajo con los dedos entrando y saliendo mientras acostado como estaba se retorció su cuerpo entero. Me acordaba muy bien de esa sensación. Era un dolor que se confundía en puntos con el placer hasta que

el cuerpo se dejaba llevar por esa intensa llama que invadía la mente e impedía pensar. Era todo piel en ese instante.

Con mi mano llena de lubricante froté mi pene. Hice que las piernas de Marcos me rodearan para tener mejor acceso.

-Aquí vamos. Debes relajarte, de lo contrario te va a doler y no vamos a poder hacer nada- le dije.

Me asintió con la cabeza y sentí como sus músculos se aflojaban un poco. En ese instante empecé a entrar poco a poco. Su cara me indicaba que le dolía pero también que le gustaba.

-Si te duele solamente dime y paro-

-No te detengas, por favor, no te detengas- me respondió.

Seguí con movimientos suaves adentro y afuera. Puso una de sus manos alrededor de mi nuca y me apretaba con fuerza. Con la otra pasaba de mi abdomen a mi pecho y volvía de nuevo a mi abdomen. El espacio que nos separaba era suficiente para ver su cara gesticular y recibir el aire que exhalaba al chocar contra mi cara. Era muy sensual. Lo besaba y entraba cada vez más. El gemía en mi boca y me parecía lo más excitante del mundo entero. Nunca antes había tenido sexo con alguien virgen. Tampoco

había tenido sexo con alguien que me gustara tanto. Mi único deseo era que él la pasara bien.

Continué los movimientos hasta que todo mi miembro estuvo dentro. El tenía sus ojos cerrados, estaba concentrado y perdido en el placer. Esperé un momento antes de empezar a moverme rápido, rápido y más rápido. Sentí los dedos de Marcos enterrados en mi nuca y gemía cada vez más alto. No iba a parar por nada del mundo a menos que él me lo pidiera. Se ponía cada vez más rudo, salvaje, como debía ser el sexo entre hombres. Sus gemidos habían pasado a ser gritos. Estaba disfrutándolo. Lo sabía. Intenté disminuir la velocidad para que no se corriera pero recibí un -¡NO!- por respuesta. Fue allí cuando aceleré. Me movía adentro y afuera tan rápido como podía, más rápido que con nadie, tan rápido como la velocidad que debía tener el mismo amor.

Sabía que ya venía y no me detuve ni un solo instante. En un momento Marcos me abrazó con los brazos uniéndome a él completamente y emitió un sonido entre gemido y grito que acompañó la culminación de su éxtasis. Sentí su semen llenando el espacio entre su estómago y el mío y la forma en que entregó su cuerpo a la gravedad desplomándose en el suelo.

-¿Te gustó?- le pregunté.



El abrió los ojos y se quedó fijo en mi mirada por unos instantes hasta que la comisura de sus labios comenzó a articular. Estaba completamente rojo, no sabía si era por la vergüenza o por el tránsito de la sangre por su cuerpo.

-Hemos perdido muchos meses de sexo- dijo. Yo me reí y lo besaba en cada parte de la cara. Lo abracé muy fuerte y me levanté para traer una toalla con la que limpié su abdomen y el mío.

En el sofá la actividad no paraba. Ahora Sebastián estaba apoyado sobre sus dos manos y sus rodillas mientras lo penetraba Carlos. Mientras tanto Rocío estaba tirada en el sofá recibiendo sexo oral de Sebastián.

-¿Te corriste?- me preguntó Marcos haciendo que pasara mi mirada del sofá a su cara.

-No-

-¿Porqué?-

-Estaba disfrutando mucho viéndote- de repente me dio una mirada de preocupación.

-Tienes que venirte, quiero que te corras...- en ese momento las palabras de Marcos fueron interrumpidas por un grito agudo de Rocío que marcaba su clímax junto con el gemido de macho que emitió Carlos al mismo tiempo. Los

dos habían llegado juntos a disfrutar del orgasmo. Carlos siguió moviéndose adentro y afuera de Sebastián y en menos de 30 segundos se corrió Sebastián derramando todo su semen encima del sofá. Definitivamente teníamos que quemar el mueble.

-Tienes que venirte. Si no, entonces no vale- me dijo Marcos con su cara de "no estoy jugando"

-Si quieres puedes ayudarme entonces- le respondí con una media sonrisa.

Su cara se iluminó y me puso en una posición en la que estaba mi espalda apoyada contra el sillón. Se sentó en frente, escupió saliva en su mano y empezó a masturbarme. Su mano en mi pene me producía una sensación sobrenatural. Me encantaba su frote, era perfecto. Se veía que había estado practicando mucho. Su cara estaba encendida en picardía. Vi el sofá y estaba Sebastián sentado en una de las puntas. Carlos permanecía acostado en el resto del sofá con la cabeza apoyada en las piernas de Sebastián mientras Rocío posaba encima de Carlos acostada con su cabeza en el pecho de Carlos. Curiosamente los tres estaban mirándome. Sus ojos estaban fijos en mis expresiones y en los movimientos que hacía Marcos con mi pene.

Me sentí algo avergonzado con lo que estaba ocurriendo, no era de esos que sentía pena por el cuerpo o por la sexualidad, pero ser el único disfrutando y ser el centro de atención de cuatro personas más desnudas me causaba algo de terror.

-Si quieres mírame solo a mí- me dijo Marcos notando mi leve sonrojo.

Enterré mis ojos en los suyos y continuó su técnica de masturbación perfectamente. Aumentó la velocidad gradualmente hasta que llegué al punto máximo y me vine descargando todo mi semen en mi pecho, estómago y en las manos de Marcos.

Él tomó la toalla y me secó. Se levantó y fue hasta la habitación. Volvió con dos almohadas y una cobija. Y se paró justo en la mitad de la sala.

-Chicos, ustedes son más que nosotros, si quieren usen la cama. Nosotros nos quedamos aquí- les dijo a los del show del sofá. Los tres como siguiendo órdenes militares se levantaron y en fila entraron al cuarto. Marcos se paró enfrente de mí.

-Ni loco voy a tocar ese sofá- me dijo sonriendo.

Extendí mis brazos y vino a acurrucarse a mi lado. Quedamos los dos cabezas con cabeza viéndonos uno al otro como perdidos en el tiempo y el espacio. Su cara era divina, sus ojos y nariz perfectos. Me causaba la misma loca sensación del primer día en que nos vimos en la escuela de baile. Estaba fascinado como nunca antes.

-¿Lo podemos repetir?- Me dijo como un niño pidiendo otra vuelta en la montaña rusa. Yo sonreí, me quedé un momento viendo su cara y me abalancé a cumplir su petición.